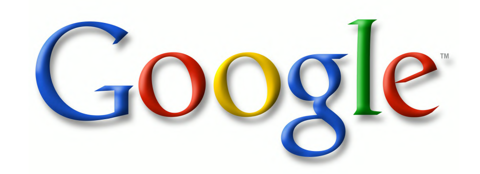
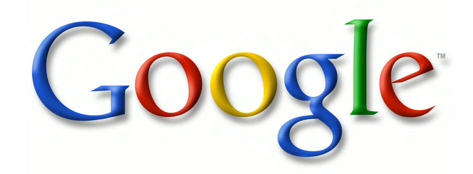
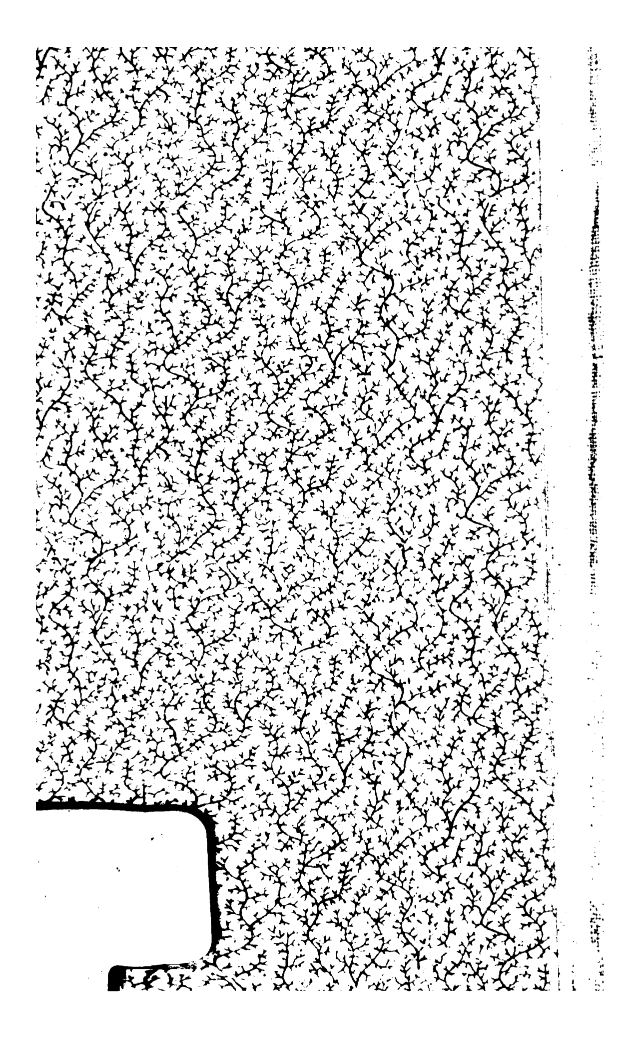
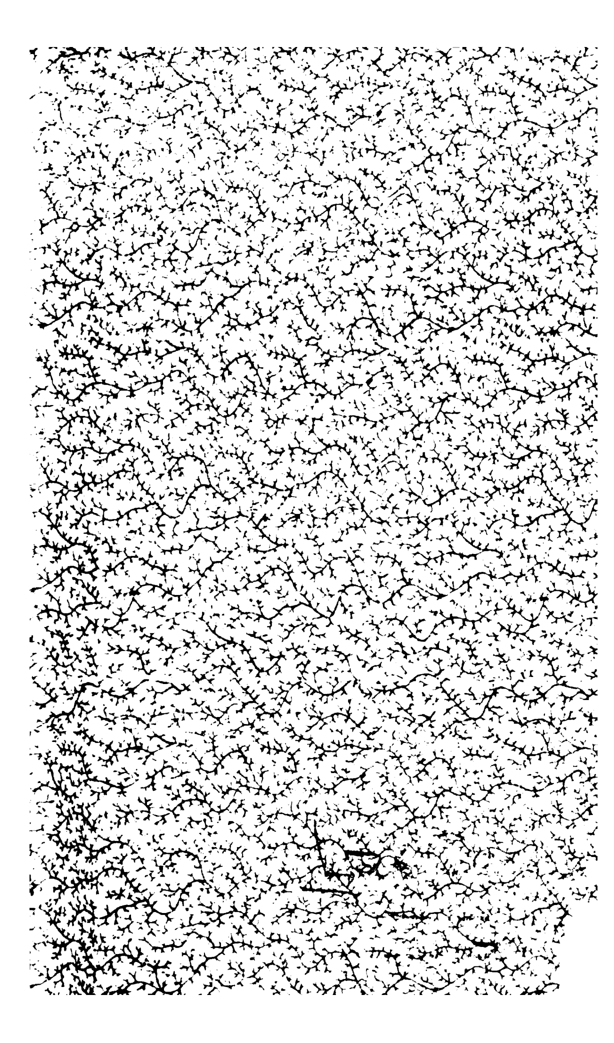








DIARIO

DE

SANTA HELENA.

(Las Casas)
DGW

Hállase tambien en Paris, en casa de LECOINTE y DUREY, libreros, *Quai des Augustins* nº 49.

IMPRENTA DE DAVID,
FAUBOURG POISSONNIÈRE, Nº 1, EN PARIS.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA HELENA,

QUE CONTIENE CUANTO DIJO É HIZO NAPOLEON EN EL ESPACIO DE DIEZ Y OCHO MESES;

POR EL CONDE DE LAS CASAS,

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. J. C. PAGÈS,
Intérprete real.

TOMO SEPTIMO.

Hállase en Paris, en la Libreria de la viuda de WINCOP, *rue St.-Louis*, nº 48.

1825.

INDICE.

FIN DEL INDICE.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA HELENA.

Un sueño del Emperador.

11 y 12. — Se recibieron seis mil francos de la vajilla de plata quebrada; cantidad que el Emperador creyó mensualmente indispensable para suplir á nuestros gastos diarios, y me mandó que en consecuencia repitiese esta operacion.

Seguia muy doliente y abatido: no se dejó ver hasta la hora de comer; habló poco y no trabajó. Yo estuve una gran parte del dia con él en su cuarto; ha-

bló varias veces de nuestra situacion con respecto al gobernador, y me dijo sobre este particular varias cosas muy notables....

Despues de comer le vino á la memoria un sueño que dijo haber tenido la noche precedente. Una señora con la cual habia tenido pocas relaciones (Madama Clarke, duquesa de Feltre), se le habia aparecido diciéndole que habia muerto, y añadiendo muchas particularidades bien seguidas y razonables. «Habian sido tan claras y positivas, que »me causaron novedad, en términos que »si ahora acabase de saber que en efecto »aquella señora há muerto, mis ideas »naturales se encontrarian tergiversa»das, me veria precisado á ceder y á »hacer (dijo, riendo y mirando á uno de »nosotros), como los que creen á los »sueños y á las almas aparecidas.»

Como habia comido poco, estaba dé-

bil y visiblemente enfermo, se retiró casi al instante : esta accion nos afligió mucho; no podiamos menos de notar con sentimiento el cambiamiento que se hacia en su físico.

Necesidades del Emperador. — Sus recursos en el príncipe Eugenio.

13. — A las diez vino el Emperador á mi cuarto, entreabrió la puerta de mi alcoba ponderando mi pereza, me encontró tomando un baño de pies, porque me sentia algo incomodado. Me dí prisa á irle á encontrar debajo de la tienda, en donde quiso almorzar. Díjome que habia mandado extender unas notas relativas á las nuevas restricciones, á fin de no dejarnos condenar sin crear, al menos, una especie de responsabilidad sobre los egecutores. De ahí pasó á calcular los picos de plata labrada que todavía le que-

daba para vender, y cuanto tiempo podia durar para suministrarnos lo preciso para vivir: y como yo le repetia mis ofrecimientos, diciéndole que era muy duro que se privase de su plata, me dijo: «Amigo mio, en cualquiera posicion que »me halle, estos obgetos de lujo nunca »serán nada á mis ojos; y en cuanto á »los demas y al público, la sencillez será »siempre mi mas bello adorno.» Y de ahí pasó á decir que de otra parte tenia el recurso del príncipe Eugenio, que aun tenia gana de hacer escribirle una nota para pedirle el crédito necesario para su subsistencia, cuando la plata se hubiese acabado, y encargarle desde luego que le remitiese á Santa Helena algunos libros esenciales que habian omitido enviarle de Londres, y algun poco de vino bueno que necesitaba como remedio. «Aunque en cuanto al vino los que no nos quieren en Europa, no dejarian

»de decir que aqui no pensamos mas que
»en comer y beber » Y sobre este particular repitió que no le daba ningun empacho dirigirse á su hijo Eugenio, que le debia todo, habiéndole dado su estado y todas sus riquezas; que seria hacerle una injuria dudar un instante de su buena voluntad, pudiendo de otra parte reclamar de él quizás diez ó doce millones.

Durante el almuerzo hizo venir al polaco que en breve debia dejarnos, y al levantarse de la mesa quiso ponerse á trabajar, pero tenia la cabeza algo cargada, y se durmió repetidas veces. Fuese á su cuarto para entregarse enteramente al sueño, dándome cita una hora despues para trabajar en el ingles; pero continuó en el mismo estado de adormecimiento que solo consiguió interrumpir con un baño muy dilatado, segun su costumbre, y como los toma muy calientes causa admiracion que no le sean muy perjudiciales.

Comió poco, se quejaba de envejecer mucho, de dormir mal y con mucha irregularidad. Habló bastante sobre los globos aereostáticos, rióse de todas las biografías que se obstinaban á hacerles calar espada en mano, el globo de la escuela militar, y citó como un verdadero prodigio la singularidad del que se hechó en la fiesta de su consagracion, que en pocas horas fué á caer en las inmediaciones de Roma, y llevó á los habitantes de aquella gran ciudad noticias de su soberano, y de la ceremonia que acababa de celebrarse.

Quiso leernos un trozo del Quijote, pero lo suspendió al cabo de media hora; ya no podia leer mucho tiempo. Su salud se alteraba visiblemente; me decia muy á menudo que nos ibamos haciendo viejos, y él mucho mas que yo; palabras que para él querian decir mucho.

Declaracion que se mandó al Gobernador. — Libros modernos. — Retratos falsos creados por el espíritu de partido, etc. —general Maison.

14. —El gran mariscal envió al gobernador las nuevas declaraciones que se nos habian exigido; todas eran uniformes y del tenor siguiente.

» El infrascrito, declaro por la pre»sente que mis deseos son de permane»cer en la isla de Santa Helena, y de »conformarme á las restricciones im»puestas personalmente al Emperador »Napoleon. »

A la una fui á ver á este en su cuarto, y le dí cuenta de algunos encargos particulares..... Estaba trabajando sobre un libro de administracion de la Francia: lo encontraba muy malo, y se quejaba de que desde que estaba examinando seme-

jantes libros modernos, no veía en ellos mas que obgetos de especulacion, escritos á estajo por encargo de los libreros. El mundo estaba amenazado, decia, de una inundacion de libros malos, sin poder conocer un remedio á semejante mal.

Vistiose y pasó al Salon, en donde leyó las gacetas ingleses y algunas páginas del Telémaco : quiso trabajar, pero muy pronto lo suspendió con fastidio, y habló muy particularmente de algunos asuntos personales, y aqui acabó diciendo varias veces *¡miserable raza humana...!*

Mas tarde, en otro rato de conversacion, recorriendo muchas personas conocidas sobre las cuales emitia su opinion, y se detuvo particularmente en cierto individuo que pintó como uno de los mas inmorales y abyectos : como precisamente este individuo era conocido mio, exclamé diciéndole que era enteramente

lo contrario ; pero comó yo le defendia con mucho calor, el Emperador me interrumpió diciéndome : « creo lo que »Vm. me dice, pero asi me lo habian »pintado : y aunque en general me hu»biese hecho la ley con desconfianza, »con todo Vm. vé que siempre se gra»va algo en el espiritu ; ¿ puede acaso »dárseme la culpa ? No teniendo ningun »motivo particular para verificarlo, ¿ qué »recurso me quedaba para conocer la »verdad ? Hé aqui, continuó, el resul»tado de las conmociones civiles : siempre »hay dos reputaciones consecuentes á »los dos colores que estan en la lid. »¡Cuantos absurdos, cuantos cuentos »ridículos se achacan á los hombres que »han figurado en nuestra revolucion ! »¿En los salones se oye acaso otra cosa ? »Yo mismo, ¿ no soy un egemplo palpa»ble de esta asercion ? Y al cabo despues »de mí quien tiene mas derecho de que-

»jarse ? Sin embargo, juro que sea por »naturaleza ó por reflexion, nunca nada »de todo esto tuvo la menor influencia »en mi humor, ni alteró ninguna de mis »determinaciones, etc. »

Luego pasando en revista muchísimos generales, se detuvo sobre el general Maison, diciendo : « Sus operaciones en »las inmediaciones de Lila, cuando la »crísis de 1814, me habian llamado la »atencion y lo imprimieron en mi espí- »ritu : pero en 1815 no estaba con no- »sotros. ? Qué se hizo de él ? que hizo en ¿aquella época ? me preguntó. » Pero yo nada pude responderle por que no le conocia, etc.

Dificultades del gobernador sobre nuestras declaraciones.—Opinion del Emperador. —Conversaciones del gobernador con cada uno de nosotros. — Observaciones del Emperador. — Nuestra esclavitud.

15.—Ya habia algun tiempo que pasaba las mas de las noches en claro sin poder pegar los ojos : á las ocho de la mañana entró el gran mariscal en mi cuarto para decirme que el gobernador habia devuelto nuestras declaraciones, añadiendo que vendria en el mismo dia, para hacernos firmar la que habia enviado por modelo, que en nada se diferenciaba de la nuestra sino por la calificacion que dábamos al Emperador, al paso que queria le llamásemos simplemente *Bonaparte.*

Luego pasó el gran mariscal al cuarto del Emperador, que me mandó llamar

inmediatemante; estaba paseándose aceleradamente, exprimiéndose con mucha vehemencia : todos estábamos reunidos.

« Los ultrages, decia, con que ordi-»nariamente atosigan á los que se han »sacrificado por mí siguiéndome en este »destierro ; ultrages que parece que quie-»ren aumentar mas y mas, forma un es-»pectáculo que ya no debo ni puedo »aguantar mas. Señores, es preciso »abandonarme : váyanse Vms. ; yo no »podria verles someter á las restriccio-»nes que quieren imponerles que aun »cuando se suscribiera á ellas, mañana »exigirian otras mayores ; quiero que-»darme solo : váyanse Vms. á Europa, y »allí publicarán los manejos odiosos que »se usan conmigo ; dirán que me han »visto bajar vivo á la tumba ; no quiero »que ninguno de Vms. firme esta decla-»racion en los términos que la exigen ;

»lo prohibo absolutamente : no quiero »que se diga que se han servido de mis »manos para degradarme. Si les echan »á Vms. de aqui por su resistencia á una »mera é indiscreta formalidad, es porque »han resuelto tenerme solo y aislado, y »por lo mismo otro dia despedirian á »Vms. bajo cualquier pretexto, el uno »despues del otro. Por lo mismo prefiero »que se marchen Vms. juntos; quizás »en este último sacrificio podré experi- »mentar algun resultado. » Y asi nos despidió, dejándonos á todos en la mayor consternacion.

Poco rato despues me mandó llamar: le encontré paseándose en su cuarto, el tono de su voz era sumamente afectuoso; nunca le habia visto tan resignado, en términos que me enterneció. «Y bien, »querido amigo, me dijo, voy pues á »hacerme ermitaño. —¡ Ah! ¡ Señor! le »respondi con alguna vehemencia, ¿no

»lo es ya V. M. ? ¿ Pues de qué utili-
»dad ó auxilio le servimos ? Aqui solo
»alimentamos deseos que si contribuyen
»poco al consuelo de V. M., son de mu-
»cho valor para nuestra felicidad. En
»este momento nuestra situacion es la
»mas cruel que se pueda concebir, por-
»que en la cuestion que se trata es qui-
»zás la primera vez que no tenemos una
»opinion igual : V. M. nos habla con ra-
»zon, y nosotros no podemos sofocar los
»afectos del corazon, vuestro raciocinio
»no tiene réplica, vuestra determina-
»cion nos parece muy justa y nadie la
»estrañará ; pero la egecucion es supe-
»rior á nuestras fuerzas. La idea de de-
»jaros aqui, de saberos solo y aislado en
»la naturaleza, excede en dolor á todos
»los límites de nuestra imaginacion. —
»Con todo, tal es mi destino ; respondió
»tranquilamente : debo esperarme á
»todo, pero mi alma es bastante fuerte

»para resistir... me causarán la muerte, »es cierto. —Señor, el acto que V. M. »nos manda no puede entrar en la ima»ginacion de ninguno de nosotros. Por »ello, en cuanto á mí, sé decir que ha»blaré, hasta el fin como lo ha hecho »V. M.; me defenderé en este punto »hasta mas no poder, pero obraré dife»rentemente.»

El Emperador se sentó y me hizo sentar á su lado, se sentia algo cansado: pidió su almuerzo y lo partió conmigo. Ya habia mucho tiempo que yo no comia casi nunca con él, habíame dicho el motivo cuya confianza fué un favor mucho mas grande. En el momento de servir el café, no encontrándose una taza para mí Marchant iba á salir á buscarla. «Tome Vm. sobre la chimenea, dijo, »beberá en mi hermosa taza de oro. (1)»

(1) Era la taza de su necesario que estaba

Cuando acabábamos de almorzar entró el gran mariscal diciendo que el gobernador habia llegado y le hacia llamar á su nueva habitacion, que se estaba acabando de construir á unos cincuenta pasos de la nuestra. El Emperador le dijo que fuese, y como el gran mariscal con sus gestos y palabras parecia preguntar si persistia siempre en la misma

encima de la chimenea como adorno.

Tengo la dicha de poseer el platito. Mr. de Marchant, este digno criado que Napoleon declaró querer tanto, despues de su regreso de Santa Helena me lo regaló con una gentileza encantadora, que afectó vivamente mi reconocimiento y sensibilidad. « La hermosa taza en » la cual Vm. ha bebido algunas veces, me di» jo, pertenecia al necesario del Emperador, y » debió colocarse allí; pero el platito se encon» tró en mi partija, y se lo traigo á Vm., persua» dido que le servirá de mucho placer : no es » menos el mio en tener el gusto de poder » regalárselo. »

orden que nos habia dado por la mañana. «Yo no soy un niño, dijo vivamente; »cuando he discutido á fondo una cues- »tion ya no me queda la idea en la cabeza »bajo otros aspectos. He mandado ba- »tallas que han decidido de la suerte de »los imperios, y la orden no salia nunca »sin que mi voluntad fuese fija y bien »meditada. Aqui solo se trata de un ne- »gocio que me es puramente personal: »vaya Vmd.»

El gran mariscal volvió pronto dando cuenta de su conversacion, que habia finalizado con su negativa absoluta. El gobernador mandaba llamar los otros tres juntos; pero á nosotros nos pareció mas acertado presentarnos el uno despues del otro.

Salí con este obgeto y le vi al extremo del jardin, junto á la casa del gran mariscal; estaba rodeado de sus oficiales, metióse dentro en cuanto me descubrió, y le alcanzé en medio del patio.

Su semblante manifestaba estar muy irritado; yo me habia preparado para el choque; pero con todo me acompañó con mucha cortesía á lo interior de la casa, haciendo quedar fuera á todos los oficiales de su séquito, y habiéndome dicho que estaba esperando los señores de Montholon y Gourgaud, para tratar el asunto, le pregunté si tendria algun inconveniente á hablar desde luego conmigo: dijome que estaba corriente y haciendo entrar á sus oficiales, me dijo en su presencia, que seguramente el gran mariscal me habia hecho saber lo que queria decirme con respecto á mi declaracion. Respondile que sí, y que siendo el gran mariscal, tanto por su rango como por la estimacion y respeto que me merecia, mi modelo y guia, debia esperar la misma respuesta de mí; que de otra parte no entendia como una cosa puramente de forma, se empeñaba en darla la

importancia que debia tener resultados tan temibles para nosotros, al paso que no eran de ningun provecho á los que los dirigian. « No depende de mí, observó »el gobernador, hacer la alteracion que »Vm. desea... se me manda presentarle »á firmar la declaracion escrita de mi »mano; luego yo siendo ingles no puedo »escribir la calificacion que Vm. quiere. »— Ygnoraba esta circunstancia, le res»pondí, contra la cual nada tengo que »alegar. Vm. ingles debe escribir asi; »pero yo frances debo firmar en mi len»gua, es decir con la traduccion de la de »Vm.; asi permítame Vm. añadir á mi fir»ma la frase que Vm. guste dictarme, en »la cual pueda yo exprimirme en mi len»gua. Ya vé Vm. añadí, toda la fran»queza de mis intenciones y que no quie»ro crear dificultades. » La proposicion le llamó mucho la atencion. « Todo esto, »añadí, es una disputa sobre simples pa-

»labras, que en circunstancias tan gran-
»des como las nuestras puede parecer
»muy mezquina. ¿Pero quien de noso-
»tros ha creado estas dificultades? ¿Quien
»es víctima de ellas? La negativa de Vm.
»nos pondria en una posicion la mas
»cruel ¡Vm. me vé en un verdadero es-
»tado de desesperacion! ¡alejarme del
»Emperador seria peor que la muerte!
»Pero con todo debiera hácerlo antes que
»degradarle con mi propia mano. El Em-
»perador ha reunido en su persona todo
»cuanto de parte de los hombres y del
»cielo confiere á un carácter augusto;
»quererlo negar seria desconocer la luz
»del sol.

»Nuestra situacion aqui, continué, es
»tan terrible que ya excede las fuerzas
»humanas; Vm. lo sabe: y bien todavía
»esto no es nada en comparacion del su-
»plicio que Vm. nos reserva. Lo que yo
»pido es facil y nos pone á todos acordes;

»Vm. me vé ante si solicitando, cosa que »seguramente es muy violenta para mí, »porque no estoy acostumbrado á importunarle. Ceda Vm. y con esto hará al»guna cosa por nosotros, de la cual le »estaré eternamente agradecido; y ade»más tenga Vm. presente que todavía »existe una responsabilidad, una opinion »pública en Europa, que Vm. podria »chocar sin ninguna ventaja. Los senti»mientos que me animan no pueden serle »á Vm. indiferentes, pues deben llegar »hasta el corazon de cuantos me escu»chan.»

Aqui el gobernador parecia conmoverse, por lo menos los oficiales lo estaban; guardó silencio algunos instantes, me saludó y nos separamos.

Los señores Montholon y Gourgaud, tuvieron su turno, y luego despues nos reunimos los cuatro en el cuarto del Emperador, mientras se estaba vistiendo,

sin que pudiésemos informarle si se habia decidido algo positivamente contra nosotros. Luego quiso salir para tomar un poco el aire, á pesar del viento recio que estaba haciendo, y fuimos paseando hasta el fondo del bosque. Durante la conversacion, iba pasando en revista todas las convinaciones del gobernador con aquella rapidez y fecundidad que le es propia, y siempre concluia diciendo; que si hoy concediamos una firma, para evitar que nos echasen de la isla, mañana encontrarian otro motivo de expulsion y que por lo mismo preferia acabar de una vez sin dar estallido. Luego tomando repentinamente la cosa por mi estilo chistoso, decia, que en último resultado no era probable que el gobernador quisiera reducir el número de su acompañamiento á un solo individuo; el cual, añadia, era un verdadero puerco espin que no habria por donde tomarle.

En la mesa comió poco el Emperador; á uno de nosotros que estaba hablando, le hacia repetir, como le sucedió con frecuencia; y el narrador tomando un tono un poco mas alto, le dijo este. «Decididamente ya veo que »soy sordo, pues no oygo lo que dicen y »me dan intenciones de enfadarme cuan»do quieren hablar mas alto.» Luego nos leyó un pedazo del don Quijote y en un capítulo bastante chistoso, dejó el libro diciendo, que seguramente era menester mucho valor para reirse con semejantes tonterias, en un momento tan crítico. Estuvo un rato muy pensativo y luego se levantó y nos dejó, diciendo. «*Adios, amigos mios.*»

Durante la comida me habia entregado una carta del gran mariscal, que habia tenido oculta, bien persuadido que no traeria nada de bueno: pero en cuanto nos quedamòs solos la abri y vi que era

del gobernador, anunciando que en vista de nuestra resistencia, iba á dar las órdenes convenientes para que inmediatamente nos condujesen al cabo de Buena Esperanza. No consultamos mas que á nuestros corazones, porque separarnos del Emperador, nos parecia una cosa superior á nuestras fuerzas, á los deseos de aquel y aun á las mismas órdenes: á una voz unánime firmamos inmediatamente las declaraciones, tales cuales nos las habian pedido, y las entregamos al oficial ingles que estaba de servicio en Longwood, con una carta para el gran mariscal, en la cual le dábamos cuenta de lo que acabábamos de hacer sin darle parte: solo el corazon nos habia guiado, y si el Emperador debia enfadarse, nuestra conciencia nos servia de consuelo.

De esta manera se consumó el acto de nuestra verdadera esclavitud, de nuestra entera dependencia á la voluntad ó

caprichos de Sir Hudson Lowe, no tanto por la firma que acabábamos de darle, como porque le habiamos descubierto nuestro secreto, mediante lo cual en adelante sabia lo que debia hacer para salirse con cuanto se le antojara.

Expulsion de cuatro de nuestros compañeros. — Primeros años del Emperador.

18. y 19 — No ví al Emperador hasta las cinco que me hizo llamar al salon: á pesar de que continuaba algo indispuesto, toda la mañana habia trabajado con el gran mariscal. Como estaba displicente, con la cabeza muy pesada y bastante agitado, buscando modos de distraerse, nos mandó llamar á todos, unos tras otros; tanteó sucesivamente el aljedrez, el domino y otra vez el aljedrez, pero al cabo no pudiendo resistir se retiró á

su cuarto. Es muy cierto que el tiempo y las circunstancias concurrian indudablemente á crear una especie de tormento nuevo, dificil de resistir: la estacion era infame, el aire atacaba á los nervios y las vejaciones que se amontonaban contra nosotros todavía peores : cada palabra del gobernador nos causaba un nuevo dolor y desolacion. En este dia nos significó la expulsion de cuatro individuos de la familia, con cuya noticia el llanto fué general, los unos por el dolor de separarse y los otros por el sentimiento de que en breve les tocara la misma suerte. Era la escena de la espantosa Syla, llevándose cuatro individuos del barco de Ulíses para devorarlos.

El gobernador tambien me mandó decir que se me llevaria mi criado, habitante de la isla, del cual estaba yo muy contento: tenia sin duda miedo que me profesase demasiado afecto; se propuso

darme otro él mismo, por lo cual le dí gracias guardándome bien de aceptarlo.

El Emperador comió poco, pero de sobre mesa se animó y se puso á hablar de su juventud, que para él era un asunto que tenia mucho atractivo, y un manantial siempre nuevo, del mas vivo interes; repitió varias cosas que ya he dicho en otra parte, se constituia á aquella edad feliz en que todo es alegria, deseos y placeres; á aquellas dichosas épocas de la esperanza y de la ambicion naciente en las cuales el mundo entero se abre delante de nosotros, y todos los delirios de la imaginacion nos son permitidos. Hablaba del tiempo que estuvo en su regimiento, de los placeres de la sociedad, de los bailes y fiestas, de la suntuosidad de una de ellas que levantaba hasta las nubes; «Al cabo, decia, no sé en »que lugar podria colocarla; pues es de

»creer que mis ideas de suntuosidad de »entonces son algo diferentes de las del »dia, etc.»

Examinando ciertos detalles, nos decia, que le seria muy difícil señalar su vida año por año. Nosotros le contestábamos que si pudiese solamente acordarse de cuatro ó cinco, nosotros nos encargábamos del resto. De aqui pasó á su primera expedicion en Tolon, las causas que motivaron su nombramiento, las circuustancias que habian dado impulso á sus conocimientos, el ascendiente súbito que le habian dado sus primeros sucesos felices, la ambicion que habian hecho nacer y todo esto, decia, no ibá muy alto. «Pues estaba todavía muy »distante de considerarme como un hom»bre superior.» Y repitió que solo despues de la batalla de Lody, le habian venido los primeros humos de la alta ambicion, lá cual se declaró enteramente en el sue-

lo egipcio, despues de la victoria de las pirámides y la posesion del Cairo, etc. «Entonces, decia, creí verdaderamente »poder abandonar á las mas brillantes »empresas, etc. etc.

Esta conversacion le habia puesto de buen humor, de manera que eran las doce de la noche cuando se retiró: esto podia llamarse una especie de resurreccion.

El dia siguiente á las doce de la mañana salieron los cuatro proscriptos, que eran el polaco, Santini, Archebeau y Rousseau. Una hora despues ya se habian hecho á la vela para el cabo de Buena Esperanza en un barco pequeño y con viento bastante recio.

Expedicion de San Luis en Egipto. — Nuestras mugeres actuales. — Madama de Staël. — Los escritores enemigos de Napoleon.

21. — Despues de almorzar fuí á ver á Madama Bertrand; estaba tan retirada en Huitt's-Gate, poco podia perder en encerrarse en nuestro recinto; pero nosotros ganábamos mucho: por mi parte creí que se aumentaba la familia.

Nuestro recinto cada dia se iba estrechando, porque las centinelas iban en aumento, recordándonos á cada instante nuestro horroroso encierro.

Mientras se estaba vistiendo el Emperador, me decia que queria ponerse de nuevo al trabajo, interrumpido con las últimas vejaciones del gobernador: yo le instè cuanto pude á que lo verificase, para él mismo, por nosotros, por la Francia y la historia.

Como el tiempo estaba demasiado malo para salir á tomar el aire, se fué á la biblioteca y estuvo ojeando las *Cruzadas* de Michaud y las memorias de Joinville: de allí pasó al salon, y estuvo hablando particularmente sobre el criado que querian quitarme y el otro que me ofrecian para remplazarle, etc. etc.

El gobernador no queria pagar la plata labrada del Emperador á mas de un quinto menos del precio á que se estima en Paris, y al mismo tiempo no queria permitir concurrencia, ni menos que se llevase á Londres.....

Los infelices que habian embarcado, para ir al cabo de Buena Esperanza, no debian tener mas racion que la de los marineros: con este motivo supe que lo mismo habia sucedido á bordo del *Northumberland*, en donde los criados del Emperador no habian tenido mas alivio que los marineros, sino le hubiesen procurado con su dinero.

Despues de comer leyó el Emperador en Joinville la expedicion de San Luis en el Egipto: al paso que la analizaba, hacia observar los errores cometidos, comparaba los movimientos, el plan de entonces con el que él mismo habia adoptado, y concluia, que si hubiese obrado como San Luis, infaliblemente hubiera tenido la misma suerte.

Habiéndose retirado temprano y mandádome llamar á su cuarto, volvió á tomar la conversacion sobre sus correrias en Egipto y Siria. Habló de la *Matilde* de madama *Cottin* y esto le condujo á pasar en revista nuestras mugeres escritoras: habló de madama *Roland* y de sus memorias, de madama *Genlis*, de la misma madama Cottin, cuya novela de *Clara de Alba* acababa de leer, y de madama de *Staël*: detúvose mucho sobre esta última, repitiendo en parte lo que ya se ha visto; y hablando de su

destierro, decia: « Su domicilio se ha-
»bia constituido un verdadero arsenal
»contra mí: allí concurrian para hacer-
»se armar caballeros. Su ocupacion con-
»sistia en suscitarme enemigos y com-
»batirme ella misma, siendo al mismo
»tiempo Armida y Clorinda. »

Luego resumiendo como tenia por costumbre dijo: « Ademas se puede de-
»cir con certeza que al cabo nadie podria
»negar que Madama de Staël es una mu-
»ger de un gran talento, de mucho espí-
»ritu y muy distinguida: su memoria
»será perene.

» Varias veces al rededor mio y con el
»deseo de reducirle, intentaron hacerme
»entender que era un adversario temible
»y podia ser un aliado útil. Es muy cierto
»que si en vez de denigrarme como lo
»ha hecho, hubiese adoptado un sistema
»opuesto, yo hubiera podido ganar mu-
»cho; pues su posicion y talento la po-

»nian en el caso de dirigirlas sociedades,
»y nadie ignora cuanto influyen estas en
»Paris. Ademas á pesar de todo el mal
»que ha dicho de mí sin contar lo que
»todavía dirá seguramente, estoy muy
»distante de creerla una mala muger;
»sino que buenamente me hacia una
»guerra sorda : hé aqui todo el enigma.»

Pasando luego al enjambre de escritores que han declamado contra él, dijo. « El
»destino me ha condenado á ser su pas-
»to; pero no temo ser su víctima, por-
»que estan royendo un mármol. Mi vida
»toda se compone de hechos que las sim-
»ples palabras no pueden destruirlos, y
»para combatirme con buen éxito, seria
»necesario presentarse con el peso y la
»autoridad de otros hechos suyos. Si el
»gran Federico ó cualquier otro de un
»mérito igual, se pusiese á escribir con-
»tra mí, entonces seria muy diférente,
»y tal vez deberia empezar á conmover;

»me : pero todos los demas, aun cuando »empleen un estilo satírico y lleno de »agudezas, nunca harán mas que gastar »pólvora en salva. Yo sobreviviré...., »y cuando querrán lucirse me ensalza»rán...... »

Esmero con los heridos en los egércitos. — El baron Larrey. — Circunstancia característica.

22 y 23. — El tiempo estuvo constantemente malo. El Emperador no pudo salir en aquellos dos dias á causa de un violento dolor de muelas que le causó una grande inchazon en un carrillo : Yo pasé la mayor parte del tiempo haciéndole compañía, y entre las largas conversaciones que tuvimos, me dijo ciertas cosas que le venian á la memoria, y me causaba un placer infinito; prueba cierta de lo desagradable de nuestra situacion, pues

daba importancia á semejantes frioleras, pero todas las cosas estan en proporcion al círculo en que los hallamos limitados.

En otro momento tenia un cierto sentimiento de ser tan perezoso en el estudio del ingles; yo le decia que ya sabia lo bastante para satisfacer su curiosidad: en efecto, leia todas las obras y solo le faltaba regularizar; pero, ¿la regla y el compas se hicieron para él?

Despues de varios obgetos se detuvo hablando del cirujano baron Larrey, de quien hacia el mayor elogio, diciendo que le habia dejado en el espíritu la idea de un verdadero hombre de bien, que á la ciencia añadia toda la virtud de una filantropia real, y verdadera en supremo grado, mirando á todos los heridos como á hermanos suyos, en términos que no habia ninguna consideracion que pudiese detenerle cuando se trataba de sus hospitales. «En nuestras primeras campañas»

»republicanas, que tanto se han calum-
»niado, decia, el cuerpo de cirugía ex-
»perimentó una revolucion la mas feliz,
»que posteriormente se ha extendido en
»todos los demas egércitos de Europa; y
»ciertamente la humanidad es en gran
»parte deudora á Larrey de este benefi-
»cio. En el dia los cirujanos corren los
»mismos peligros que los soldados, pues
»prodigan sus auxilios á los heridos en
»medio del fuego de las batallas. Larrey
»conserva toda mi estimacion y recono-
»cimiento, etc.» (1).

(1) Parece que esta impresion tan favorable se presentó vivamente en el espíritu de Napoleon, en los últimos instantes de su vida, pues consagró á Mr. Larrey un recuerdo de su mano con esta nota honorífica. *El hombre mas virtuoso que he conocido.* Al ver estas palabras creí que alguna circunstancia particular habia dado motivo á un testimonio tan patente, y hé aqui lo que he averiguado.

Despues de las batallas de Lutzen, Wurchen

El Emperador accepta mis cuatro mil luises. — Tragedia de Euripides en su integridad, ordenada para el teatro de San Cloud. — Mariscal Jourdan.

24. — El Emperador no salió, no

y Bautzen, Napoleon, victorioso, mandó llamár al cirujano Larrey, para conocer el estado y número de los heridos, segun tenia por costumbre; y como en aquel instante en una proporcion extraordinariamente superior á otros tiempos y acciones, se sorprendió y quiso indagar la causa. Mr. Larrey era de opinion, que independientemente de las circunstancias locales, podia consistir en la masa de los soldados que, hallándose al fuego por primera vez, eran mas pesados en sus movimientos, y menos diestros para evitar el peligro. El Emperador, poco satisfecho y muy preocupado de esta circunstancia, preguntó á otros; y como en aquel momento habia muchos individuos muy cansados de la guerra, que hubieran deseado la paz á cualquier precio, no les hubiera disgustado que el Empe-

mandó llamar á ninguno de nosotros, ni vino á comer, lo que nos hizo temer que estuviese enfermo. A las diez de la no-

radorhubiese adherido á ella, por cálculo ó conviccion; por lo mismo le dijeron que no debia extrañar el crecido número de heridos, pues la mayor parte lo estaban en la mano, habiéndoselo hecho ellos mismos para no batirse mas. Esta respuesta fué un rayo que hirió notablemente al Emperador; continuó sus informaciones, y obtuvo el mismo resultado: estaba desesperado: « Si asi fuese, decia, á pesar de nues» tras victorias, nuestra posicion no tendria reme» dio; pues nos entregaria atados de pies y manos » á los bárbaros. » Buscando en su imaginacion el modo de detener semejante contagio, hizo poner aparte todos los heridos de cierta especie, y nombró una comision de cirujanos, presidida por Larrey, para examinar y certificar sus heridas, bien resuelto de castigar de una manera egemplar á los que hubiesen tenido la bajeza de inutilizarse ellos mismos. Mr. Larrey, que siempre habia sido opuesto á la idea de mutilacion voluntaria, que, segun su modo de pensar, comprometia el honor del egército y el de

che, que casualmente no me habia aun acostado, me mandó llamar; acaba-ba de meterse en la cama: dijome que

la nacion, se presentó al Emperador para reiterar sus observaciones. Napoleon irritado de su obstinacion, que todavía habian procurado ponderarle mas, le dijo con un aire muy severo: «Vm. me hará oficialmente sus observaciones, »entretanto váyase á hacer su deber.

El baron Larrey emprendió su trabajo, pero con toda solemnidad, al paso que la dilacion impacientaba á algunos por motivos diversos; y ademas se sabia que el Emperador lo estaba mas que todos. No dejaron de hacer observar á Mr. Larrey que su posicion era muy delicada, pero él no se inmutó. Por fin, al cabo de algunos dias se presentó al Emperador, insistiendo en que queria presentarle él mismo su trabajo. «Y bien, señor mio, ¿insiste Vm. siempre en su opinion? Todavia hago mas, Señor, vengo á probarle á V. M. se ha calumniado indignamente á esta valiente juventud; he ocupado mucho tiempo á pasar un examen rigurosísimo, y no he encontrado ni un solo culpado. No hay uno solo entre todos los heridos que no tenga

en todo el dia se habia levantado del sofá, que habia estado leyendo cerca de diez y ocho horas seguidas, sin haber comido

su certificado individual; balas de ellos me siguen que V. M. puede mandar examinar. » Sin embargo el Emperador le estaba considerando con un aire taciturno y sombrio. « Está bien, » le dijo tomando su informe con una especie de » despecho; me ocuparé de examinarlo, » y hechó á andar á pasos descompasados de un lado á otro de la sala, con un aire violento y combatido; luego volviendo en si se acercó á Mr. Larrey con un aire risueño y tomándole afectuosamente la mano, le dijo con un tono de voz enteramente conmovido: « Adios, Mr. Larrey, » ¡feliz es un soberano de dar con un hombre » como Vm.! ya se le pasarán mis ordenes; » y la misma noche Mr. Larrey recibió de parte de Napoleon, su retrato guarnecido de brillantes, seis mil francos en oro, y una pension sobre el estado de tres mil francos anuales; independientemente, decia el decreto, de cualquier otra recompensa á que pueda ser acreedor por su grado, su antiguedad y sus servicios futuros.

Un rasgo semejante es muy precioso para la

mas que un poco de sopa, ni tener otra dolencia que sus muelas. Díjele que todos habíamos estado en la mayor inquietud, pues á la pena de no verle se juntaba siempre la mayor de creerle realmente enfermo.

Luego despues habló de nuestra situacion pecuniaria. Por la mañana habia tenido su consejo, decia, alegremente; se habia pesado la plata, calculado la parte que debia venderse, y cuanto tiempo podriamos vivir con su producto. Yo le renové el ofrecimiento de cuatro mil luises que tenia en el banco de Inglaterra, y se dignó aceptarlo. « Mi situacion es bien »singular, decia, no tengo la menor du-

historia, porque dá á conocer á un hombre de bien que no duda en defender la virtud contra un monarca prevenido en contra é irritado, y al mismo tiempo realza el alma grande de este último en la felicidad, y el reconocimiento que manifiesta de verse desengañado.

»da que si se nos permitiese tener co-
»municaciones, y cada uno de mis ami-
»gos, y aun de los extraños pudiesen
»sospecharse que yo tuviese necesidades,
»muy pronto estaria rico de cuanto pu-
»diese serme necesario; pero, ¿debo yo
»ser gravoso á mis amigos, exponién-
»doles á los abusos que podria hacer el
»ministerio ingles? he pedido algunos
»libros, y me los han mandado con toda
»la incuria y negligencia de un conoci-
»miento infiel. Me reclaman en el dia de
»mil quinientas á dos mil libras esterli-
»nas, es decir, cerca de cincuenta mil
»francos, por algunas frioleras que in-
»dudablemente yo mismo hubiera podi-
»do procurarme con diez ó doce mil.
»¿No sucederia lo mismo con cualquier
»otra cosa? Aceptando lo que Vm. me
»ofrece solo debe emplearse en cosas pu-
»ramente necesarias; pues al cabo es me-
»nester vivir y no vivimos con lo que se

»nos suministra. Cien luises al mes seria »un lijero suplemento, que á todo rigor »puede ser suficiente. Esta es la suma, y »sobre todo la exactitud, que Vm. debe »pedir.

Resumen de Julio, Agosto, Setiembre y Octubre.—De la obra del doctor O'Meara —Proceso que le intentó Sir Hudson Lowe. — Algunas palabras en defensa del Diario.

De ahí en adelante el resumen habitual no puede ser largo; pues en todo rigor podria reducirse á tres frases, á saber:

Tormentos hasta lo sumo;
Reclusion absoluta;
Destruccion infalible.

El resto de la vida de Napoleon ya no será mas que una agonía cruel y prolongada.

Se ha visto que la llegada del nuevo gobernador fué para nosotros señal de una existencia la mas infeliz. Pocos dias bastaron para desarrollar sus pésimas disposiciones; pronto llegaron á su colmo los tormentos y ultrages de los cuales se llamaba intermediario, cuando tal vez él mismo los creaba : amedrentó á los habitantes por causa nuestra y acumuló contra nosotros las mas ridículas vejaciones; nos prohibió escribir sin su propio permiso, aun á las mismas personas con las cuales nos permitia hablar libremente; convidó á comer al *general Bonaparte*, para hacerlo ver á una señora de distincion que estaba alli de paso ; prendió él mismo á uno de nuestros criados, etc.

Produjo una especie de orden, mediante la cual queria precisar al Emperador á humillarse (decia este) en el fango de sus necesidades, para discutirlas

con él; le atormenta para hacerle pagar una suma que no tiene, y á fuerza de reducciones en lo estrictamente necesario, le conduce á haçer pedazos y vender su plata, de la cual el mismo gobernador, de su propia autoridad fija el precio y el comprador. Nos impone la ridícula medida de una botella de vino por cabeza incluso el Emperador. « Re»gatea mi existencia, me envidia el aire »que respiro, decia este,» y lo que nos enviaba para nuestra subsistencia, algunas veces era de tan mala calidad que nos veíamos reducidos á pedir prestado al campamento inmediato.!!! etc.

Tendió un lazo á Napoleon, complaciéndose con la esperanza de trasmitirle personalmente y con ostentacion una comunicacion que él llamaba ministerial, indecente en tanto grado, que él mismo se negó á dejar una copia. Significó al Emperador los reglamentos mas extra-

vagantes; le estrechó caprichosa é irónicamente su circuito habitual; le prescribió los pasos que debia dar, y llegó hasta el extremo de querer fijarle la naturaleza de sus conversaciones, y la extension de sus palabras; habrió fosos al rededor de nuestra vivienda, nos rodeó de estacadas, y levantó fortificaciones; nos obligó para poder existir cerca del Emperador, que nos someteriamos á todas ignominias; se sirvió de nuestras propias manos para degradarle, precisándonos á nombrarle *Bonaparte*, bajo pena de arrebatarnos inmediatamente del lado de su persona, y deportarnos fuera de la isla!..., etc.

Impacientado el Emperador con tan viles tratamientos y tan gratuitas malignidades, se explicó sin rebozo y cara á cara con el mismo sir Hudson Lowe; sus palabras ya no tenian medida; se libertó para siempre de su odiosa vista, y juró

no volverle á ver jamas. « El peor pro»ceder de los ministros ingleses, le dijo, »no es ya de haberme enviado aqui, sino »de haberme puesto en manos de un »hombre como Vm.... : me quejaba del »almirante vuestro predecesor, pero al »menos tenia un corazon... ! ¡Vm. des»honra á su nacion, y quedará cubierto »de infamia!..... Este gobernador, nos »decia muchas veces, nada tiene de in»gles, no es mas que un esbirro de Sici»lia..... Quejábame en el principio de »que me hubiesen enviado un carcele»ro; pero ahora digo que es un verdu»go, etc.

He copiado estas palabras, y aun podria añadir muchas mas por muy indecorosas que parezcan. 1.° Porque yo mismo las oí; 2.° porque Napoleon se las dijo al mismo Sir Hudson Lowe ó se las mandó decir; 3.° y finalmente porque fueron bien merecidas, porque este

gobernador escandalizando á los mismos ingleses que se hallaban alli, como lo manifestaron bien claramente, abusó de una manera arbitraria, opresiva y brutal de un poder que debia egercer en nombre de una nacion tan eminentemente recomendable por todo el globo, en nombre de un príncipe tan generalmente considerado en Europa; en fin, en nombre de un ministerio en cuyo seno se encuentran todavía algunos hombres de honor, conocidos personalmente por su moderacion y bellos modales.

Los ataques dirigidos contra Napoleon eran continuos; los tormentos de todos los instantes. No se pasaba un dia sin que se le hicieran nuevos ultrages; y entonces puede decirse que se encontraba como realizado uno de los suplicios de la fábula.

¡Ah! si alguna vez en aquella época de luto para tantos corazones, el genio

de la Europa, el de la verdad y el de la historia, han vuelto los ojos, aun cuando fuese involuntariamente hácia Santa Helena, hácia el gran Napoleon; si le han buscado en aquella isla de la cual debian pensar que al menos se habrian hecho los esfuerzos posibles para presentársela como su Eliseo, ¡cual habrá sido su indignacion al verle en la aureola de tantos hechos inmortales, clavado en un peñasco, cual otro Prometeo, y bajo las garras de aquel carnívoro que se deleitaba despedazándose las entrañas! ¡Oh! ¡qué infamia! ¡qué vergüenza eterna!.. En este periodo de tiempo la salud del Emperador fue declinando constantemente; aquel cuerpo que tan robusto se habia creido, que habia resistido tantos trabajos y fatigas, que habia sostenido las victorias y la gloria, ya se doblaba á los achaques que la maldad de los hombres le acarreaba. Casi todos los dias

sentia una nueva incomodidad, ciertos ataques de calentura, fluxiones violentas, sintomas de escorbuto y continuos resfriados, sus facciones se alteraban, andaba cada dia mas pesado, las piernas se le hinchaban, etc. Se nos rasgaba el corazon al verle correr visiblemente á una destruccion infalible y próxima: todo nuestro esmero no podia darle remedio.

Mucho tiempo habia que no montaba á caballo, y poco á poco acabó por ni siquiera salir en coche; hasta el simple paseo á pié llegó á ser casi nulo y se vió reducido al estricto circuito de su aposento: ya no se ocupaba de ningun trabajo seguido y regular; solo nos dictaba á largos intervalos y sobre asuntos de puro capricho momentáneo; la mayor parte del dia lo pasaba solo en su cuarto entreteniéndose á ojear algunos libros, ó mas bien sin hacer nada. Solo los que

han juzgado dignamente de todo el poder de sus facultades intelectuales, podrán apreciar la fuerza de alma que necesitaria para devorar tranquilamente el peso insoportable de semejante fastidio, y una existencia tan odiosa; pues delante de nosotros siempre conservó la misma serenidad en sus facciones, la misma igualdad de carácter, la sátira, la libertad de espíritu, á veces alegría y chiste; pero en los detalles de intimidad, era fácil notar que en él ya no habia preocupacion por lo venidero, ni meditacion de lo pasado, ni cuidados por lo presente, obedecia pasivamente á la naturaleza física, con un disgusto completo de la vida, cuyo término tal vez deseaba secretamente. Tal era el estado de las cosas cuando me arrebataron de Longwood.

En mi coleccion de notas no he copiado todas las circunstancias minuciosas de

nuestras disputas con el gobernador, ni las muchísimas notas oficiales que nos pasamos recíprocamente. Tambien he omitido las innobles miserias acumuladas sobre nuestra existencia animal: mi obgeto no ha sido escribir la historia de Longwood y de nuestros sufrimientos, sino solo de patentizar las diferencias características de Napoleon. Ademas el que quiera satisfacer su curiosidad encontrará todos estos detalles en la relacion del doctor O'Meara: en mí, una de las víctimas de que se trata, hubiera sido pequeñez detenerme en semejantes pormenores, pero el doctor que fué testigo, que un hombre estraño para nosotros, pudiendo aun llamársele de partido contrario, este cuidado de su parte y en su situacion, solo puede ser el resultado de una emocion profunda y de una indignacion generosa, que hace mucho honor á su buen corazon.

Acabo de saber en este momento que el ex gobernador de Santa Helena le ataca ante los tribunales en difamacion y calumnia; venero mucho los jueces de los grandes tribunales de Inglaterra, porque sé como estan organizados. Sin embargo ¿quien en el dia puede asegurar un resultado? Pues en la desgraciada crísis política de nuestros dias, en todas partes aparecen dos verdades á un mismo tiempo: lo cierto es, que para cada cual la buena es la que se trae en el corazon; pues digan lo que quieran, nadie se puede mentir á sí mismo, y á todo trance, este será seguramente el consuelo del doctor O'Meara; por mi parte declaro á la faz del universo, que cuanto he visto en su obra, de que he tenido conocimiento mientras he estado alli presente, es exactamente la verdad, de lo cual debo sacar por consecuencia, que indudablemente debe serlo tambien lo

que yo no he presenciado, que alcanza diez y ocho meses mas adelante. Por lo mismo no recelo en pronunciar, que lo tengo por cierto en mi alma y conciencia.

Precisamente en el momento en que escribo, recibo de Sir Hudson Lowe, varios extractos de cartas que me dice haber recibido confidencialmente en aquel tiempo del doctor O'Meara, el cual, dice, se exprimia muy indecorosamente con respecto á mí, y le pasaba avisos secretos sobre que me eran individuales. No sé cual podrá ser la intencion de Sir Hudson Lowe con semejante oficiosidad, pues en el punto en que estábamos él y yo, no puede persuadirme que sea un interes muy tierno. ¿Intentaba acaso probarme que O'Meara era su espia cerca de nosotros? ¿Creeria quizás indisponerme lo bastante para alterar la naturaleza y la fuerza de mis aseveracio-

nes á favor de su adversario? Pero en resumen ¿es cierto que las tales cartas son enteras y no truncadas ó adulteradas á la moda de Santa Helena? Y ademas, aun cuando su sentido fuese real y verdadero, ¿en qué podrian incomodarme? ¿Qué derecho ó título tenia yo en aquel tiempo á las atenciones de O'Meara? Es muy cierto que posteriormente, á su regreso á Europa, viéndole perseguido y castigado por la humanidad que habia usado con Napoleon, le he manifestado el mas vivo reconocimiento y le he escrito que si la injusticia le precisaba á expatriarse y le fuese grato retirarse en el seno de mi familia, era muy libre de hacerlo, pues con el mayor placer partiria con él mi buena ó mala suerte. Pero en Santa Helena apenas lo conocia, ni creo haberle hablado solamente diez veces en todo el tiempo que permaneci en Longwood. Yo le miraba como un hombre de

distinta nacion, opuesto en opinion é intereses: tales eran mis relaciones con O'Meara. Luego es claro que él estaba enteramente libre con respecto á mí, y era muy dueño de escribir entonces cuanto le diese la gana, sin que esto pueda influir en la opinion que posteriormente me ha inspirado. Que Sir Hudson Lowe pretenda insinuar ahora que el doctor era doble ó triple espia á la vez, á saber, para el gobierno, para Napoleon y para el mismo Lowe, ¿acaso esto destruiria la verdad, ni la autenticidad de los héchos que expone en su libro? Antes muy al contrario; y descubriendo aquellos secretos ¿de cual de los tres corruptores podia prometerse la indemnizacion? Napoleon ya no existe, luego nada podia esperar de él, y si por la publicacion con los otros dos se ha creado unos enemigos encarnizados que le han quitado sus empleos y amenazan su reposo, es

porque á la vista de estos, su verdadero crimen ha sido el zelo importuno de un amigo del decoro y de las leyes, que exaltado por tan indecentes y viles vejaciones, ha señalado al público los verdaderos autores de ellas, para disculpar á su pais: esta es la verdad del hecho. Luego no dudo en afirmar con toda sinceridad que en la comunicacion tardía de las cartas confidenciales que me ha dirigido Sir Hudson Lowe en el momento mismo en que está en proceso con el doctor, no he visto mas que una delatacion interesada, que cada cual podrá calificar como mejor le parezca. Yo ni tan siquiera le he acusado el recibo en prueba de cuan distante estoy de quejarme.

Pero ya que estoy hablando de Mr. O'Meara y de su obra, que precisamente ha seguido un diario en la misma época que yo, en el mismo parage y sobre el

propio obgeto, no puedo menos de observar que seguramente es una circunstancia muy feliz para poder comprobar la autenticidad de los hechos, el concurso singular de dos escritores que siendo de nacion y opinion diversas, relatan ambos, hechos que han tomado en la misma fuente; y puesto que la obra de O'Meara se ha traducido á nuestro idioma, será curioso poner en paralelo ambas producciones. Si se deja á un lado el estilo general de cada lengua, las recíprocas preocupaciones nacionales, y la diversa posicion de los dos escritores, ¿qué presenta el conjunto de las dos relaciones? una perfecta semejanza, pues hasta algunas pequeñas diferencias que se notan, son, en cierto modo la salvaguardia de cada uno, por cuanto son inevitables. ¿Se ha visto acaso nunca que dos hombres hayan escrito una misma cosa, que ambos han presenciado, sin diferir en nada en su

relacion? Ademas, no es posible dejar de cometer algunas inocentes inexactitudes, cuando se trata de escribir cosas tomadas en una mera conversacion y como quien dice al vuelo. Sin embargo, no dejaré de llamar la atencion del lector sobre una circunstancia que á mí mismo me ha hecho impresion leyendo O'Meara; y es que las conversaciones de Napoleon, tienen precisamente el carácter de la posicion de dos personas, con quienes hablaba, es á decir, que en O'Meara, todos los obgetos de importancia estan mas aclarados y seguidos, porque Napoleon hablaba con un hombre que suponia no estar instruido de lo que se trataba y queria hacerlo conocer: y conmigo sucede todo lo contrario, pues casi todo es laconismo; porque el Emperador me suponia al corriente de todo. Por último; la relacion del doctor ha tenido un éxito prodigioso en Inglaterra, porque el asunto era excelente, la intencion

laudable y el obgeto moral, que es cuanto se requiere para grangearse el aplauso general.

Por mi parte he creido cumplir un deber, escribiendo esta obra, y por lo mismo no le he hecho á medias, sino segun me ha dictado mi conciencia. Queriendo retratar al hombre prodigioso, no con mis débiles colores, sino con el auxilio de sus mismas palabras y de sus acciones, he debido esmerarme principalmente á ser minuciosamente verdadero y fiel con la mayor escrupulosidad, y espero que el que me lea, me hará la justicia de confesar, que para conseguirlo, he renunciado á todos los sistemas, opiniones, partidos y amistades; he chocado con varias pasiones individuales; no me han detenido las mayores consideraciones, ni la calidad y rango de los personages. De otra parte no se me oculta ninguno de los graves inconvenientes que

acarrea semejante sistema, ni las muchísimas desazones que puede acarrearme; debia temer, como sucede frecuentemente á la verdad imparçial, que disgustaria á muchos y me crearia un gran número de enemigos; hasta la misma autoridad, interpretando mal mis intenciones, sobre un asunto todavía tan reciente, y que tiene tanta relacion con nuestros grandes acontecimientos podia irritarse, y por lo mismo yo debí temer el ser llamado ante los magistrados; resultando por consecuencia una condena, multa, confiscacion, carcel, etc. Es cierto que yo hubiera podido alegar mis necesidades y desprenderme en cierto modo de toda responsabilidad, dando ó vendiendo mi manuscrito en Francia ó en pais extrangero: ¿pero hubiera conseguido con esto mi obgeto? Y á pesar de çuantas condiciones hubiese impuesto, ¿hubieran faltado al adquisidor realida-

des ó pretextos, para desnaturalizar ó mutilar esta coleccion, cuyo único mérito consiste en su integridad? Por ello, deseando que no padeciese ninguna alteracion, y queriendo ser dueño de ella hasta el último momento, he añadido á todos los inconvenientes ya citados, la exposicion de un descalabro en mi fortuna, publicándolo de mi cuenta y riesgo. De Inglaterra y Alemania se me han hecho ofertas considerables por las partes que, suponian que las circunstancias no me permitian publicar en Francia: he respondido que nada se habia reservado, pues no soy capaz de dejar publicar fuera del reino, con mi nombre, lo que no me hubiera atrevido á hacerlo bajo las leyes de mi pais, por muy difíciles y severas que pudieran parecerme. Ademas, á pesar de todas mis zozobras, hasta ahora solo tengo motivos de aplaudirme de la marcha que he creido deber seguir:

los testimonios mas lisongeros me llegan de todas partes, y la ley ha permanecido muda; tal vez esta deberia agradecerme hasta un cierto punto, el no haber tenido menos confianza en su integridad y tolerancia, tratando de un asunto tan delicado, en una época como la presente, y haberla puesto en el caso de dar una prueba tan decisiva. Por mi parte me envanezco por lo que he contribuido á realzar su moderacion, y la tributo el mas vivo agradecimiento.

No he tenido la pretension de ser panegirista ni apologista; pero he querido poner á todo el mundo en el caso de juzgar, segun su propia conviccion y sentimientos: y esta es la razon porque en el conjunto de estas memorias he conservado hasta las cosas mas minuciosas, para que cada cual pueda penetrarse del carácter de verdad que nace de la contextura misma de las cosas. Solo he

omitido las anécdotas personales, ó los epítetos, que siendo extraños de mi obgeto, hubieran sido gratuitamente desagradables, y desgraciadamente todavía se me han escapado muchas. No hallándome en estado de poderme ocupar con mucha reflexion, apresurándome con bastante precipitacion para poder llegar á ver el fin de mi tarea, y arrebatado por el obgeto principal, no me ha sido dable dar todo el esmero debido á los accesorios. Ahora, cuando me leen ciertos artículos de los volúmes ya publicados me admiro de ver cosas que hubiera querido y aun he creido haber borrado. Mi situacion puede esplicar estos descuidos, no menos que un crecido número de irregularidades tipográficas, y disculparme hasta un cierto punto; porque entre el público y yo, no ha habido mas intermediarios que el amanuense y el regente de la imprenta; este es pues el incon-

veniente de mi aislamiento absoluto, sin consejo, sin parecer y sin revision. Pero ¿diránme acaso por qué no he acudido á tantos sugetos distinguidos, cuya benevolencia, luces y conocimientos en la materia, me hubieran podido ser muy útiles? Hé aqui mi respuesta: ¿ Cuando se ha visto que se acorden dos testigos de un mismo hecho? No hubiera habido, pues, ni tan siquiera dos artículos mios, que cada uno no hubiese querido corregir con algo suyo. Luego es claro, que si yo hubiese cedido, las verdaderas palabras, las opiniones, las sentencias erróneas ó acertadas de Napoleon, pronto hubieran desaparecido enteramente, y entonces, ¿qué hubiera sido mi produccion? un libro fabricado en Paris. Si, al contrario, yo me hubiese obstinado á resistir, seria necesario desconocer enteramente las flaquezas del corazon humano, para dejar de ver, que me hubiera

creado enemigos, pues nunca me hubieran perdonado el haber pedido pareceres por conseguirlos.

Todavía podrá decírseme, porqué no esperaba, á imitacion de todos los autores de memorias que generalmente no las quieren dar á luz hasta despues de su muerte, para evitar los inconvenientes que pudieran resultar de su publicacion. ¡Cómo! ¡Qué aguardase! ¿Y la obligacion que yo habia contraido, como se hubiera cumplido? ¿Y mis deseos de procurar un placer legítimo á los que han amado, de precisar á una sincera estimacion los que han sido enemigos, hubieran quedado sin fruto? ¡Qué! una multitud de hombres de todos rangos, profesiones y empleos, yo el primero, que le hemos servido con orgullo y sinceridad; que le hemos amado con admiracion; que nos hemos enbriagado con la mayor franqueza, de la gloria, esplendor y prosperi-

dad con que ha colmado nuestro pais, hubiéramos indiferentemente oido calumniarle todos los dias; á cada momento nos hubiéramos visto injuriar en su persona! ¡Y poseyendo yo los medios victoriosos de responder, hubiera guardado el silencio! ¡Hubiera esperado!... ¡Y por algunas débiles consideraciones, yo hubiera defraudado mis contemporáneos ávidos! No. Y de todos modos el público se manifestaba muy impaciente; esperaba, ó por mejor decir, exigia de los compañeros de Napoleon, le hiciesen conocer lo que habian recogido de sus palabras y acciones ó leido en su pensamiento: y pues las notas de mi Diario me constituian en una situacion la mas favorable, me he apresurado, obedeciendo al deseo general, á cumplir este deber sagrado. Ademas los testimonios, los agradecimientos, la dulce simpatía, que se me han trasmitido en la especie de

reconocimiento, con que los corazones generosos han venido á hablarme, manifestándome su admiracion, me recompensan de cualquiera desgracia que en lo succesivo pudiera sucederme. Entre las personas que me han hablado, ha habido algunos que han llegado á confesar que habian esperado que se les tratase con mas indulgencia; otros simplemente, que tenian motivos de quejarse, pero, decian, Napoleon ha debido tambien quejarse de tanta gente: ¡ debia ser tan desgraciado en aquel peñasco! ¿ No puede ser que se haya agriado con su misma desgracia? Pues Vm. no afirma que lo que él dijo es verdadero, sino solo que él lo ha dicho. Si la alegacion lo mereciese, disputariamos, y si fuese falsa la desmentiriamos; y al cabo concluian que abandonaban de todo corazon su mortificacion personal, por la satisfaccion mucho mas general, que debia causar todo

lo que yo publicaba, concerniente al hombre de cuyas victorias habian participado, y á quien debian su fortuna y su gloria, etc. etc.

Sin embargo, esto no podria consolarme enteramente del disgusto que involuntariamente hubiera podido causar; pues mi carácter no es de ofender á nadie gratuitamente con pleno conocimiento; por ello, para remediar en cuanto sea posible tan graves inconvenientes, en la próxima reimpresion de la obra, que la opinion pública, cualquiera que sea, ya se habrá fijado sobre este particular, he tomado las medidas oportunas, para suprimir todos los accesorios inútiles, que en un principio creí deber conservar, para hacer tanto mas sensible toda la autenticidad y escrupulosa exactitud.

Sobre la guerra de Prusia ; intenciones de Napoleon. — Instrucciones oficiales.

25. — Fuí á encontrar al Emperador á su cuarto : como el tiempo estaba regular salió á pasear hácia el bosque : estaba muy débil, pues hacia diez dias que no habia salido ; dijo que las rodillas se le doblaban y que en breve se veria precisado á apoyarse en mi brazo.

El coche nos estaba aguardando ; Archambaud solo, guiaba los caballos, á falta de otro, desde que su hermano se habia marchado. El Emperador no queria subir, no creyendo prudente fiarse de un solo conductor, en medio de tantos troncos de árboles : citaba su famosa caida de Saint Cloud, y por lo mismo queria que uno de los criados ingleses montase un caballo delantero ; pero Archambaud protestó que tendria menos

seguridad que guiando solo, pues desde que su hermano se habia ido, continuamente se habia estado egercitando entre los árboles para asegurarse de que se podia contar con su destreza. Entónces el Emperador subió al coche y dimos dos vueltas: al retirarnos se paró á visitar la casa del gran mariscal, que todavía no la habia visto.

Por la noche se leyeron algunos pasos de la *Medea de Longepierre*, que interrumpió para compararla con la de Eurípides y dijo: que en otro tiempo habia mandado que se representase en el teatro de la corte una pieza dramática griega, en toda su integridad, escogiendo la mejor traduccion, y acercándose en todo lo demas, en cuanto fuese posible del original, en los modales, vestuario, formas y decoraciones, pero no se acordaba qué circunstancia ú obstáculo habia impedido la egecucion.

Despues de haberse retirado á su cuarto, hallándose en disposicion de dormir, se paseó un rato y luego se recostó sobre el canapé: abrió una coleccion ó especie de almanaque político que le vino á la mano; precisamente vió la lista de nuestros mariscales que pasó en revista uno tras otro, acompañándolo de citaciones y anécdotas ya conocidas y dichas precedentemente. Cuando llegó al mariscal Jourdan se detuvo hablando largamente de él, y concluyó diciendo: »Hé aqui uno que ciertamente lo he tratado muy mal, y por consiguiente era »muy natural el pensar que hubiera sido »mi enemigo. Pues bien, he sabido con »un verdadero placer, que despues de »mi caida, constantemente se ha conducido bien. Ha manifestado la elevacion »de alma que honra y distingue á los »hombres de bien: por lo demas, era

»un verdadero patriota; y esta solo pa-
»labra responde á muchas otras.

Pasando luego á varios otros asuntos se detuvo sobre la guerra de Rusia.

»Ademas, dijo despues de varios an-
»tecedentes; esta guerra debió ser la mas
»popular de los tiempos modernos, por-
»que era la del buen sentido y de los
»verdaderos intereses del reposo y de la
»seguridad de todos: era puramente pa-
»cífica y conservadora enteramente eu-
»ropea y continental. Su buen éxito iba
»á establecer un equilibrio y nuevas com-
»binaciones, que hubieran hecho desa-
»parecer los peligros del tiempo, para
»reemplazarlos con un porvenir tranqui-
»lo; y bien ciertamente que la ambicion
»no tenia la mas mínima parte en mis
»medidas, levantando la Polonia, aque-
»lla verdadera llave de toda la bóveda,
»poco me importaba que fuese un rey de
»Prusia, un archiduque de Austria ó

»cualquiera otro el que ocupase el trono;
»yo no queria adquirir, solo me reser-
»vaba la gloria de haber hecho un bien y
»las bendiciones de los siglos venideros.
»¿Y se podrá creer que precisamente
»allí fui á pique y hallé mi perdicion?
»Nunca habia obrado mejor ni habia he-
»cho accion mas meritoria; pero, como
»si la opinion estuviese tambien sujeta
»á una epidemia, en un solo instante no
»hubo mas que un grito, un modo de
»pensar únicamente contra mí: me pro-
»clamaron el tirano de los reyes, á mí
»que habia realzado su existencia, y no
»fui mas que el destructor de los dere-
»chos de los pueblos, yo que tanto habia
»hecho y tanto iba á emprender por ellos.
»Y los reyes y los pueblos, estos dos
»enemigos irreconciliables se aliaron y
»conspiraron de un comun acuerdo con-
»tra mí. ¡Nadie se acordó de todos los
»actos de mi vida! Ya sabia yo qué con

»la victoria hubiera recobrado el espíri-
»de los pueblos; pero no la conseguí, y
»todo me faltó á un mismo tiempo. ¡Hé
»aqui los hombres y mi historia! ¡Pero
»los pueblos ó los reyes, y acaso los unos
»y los otros algun dia me hecharán á
»menos! y mi memoria estará suficien-
»temente vengada de la injusticia que se
»ha cometido en mi persona: este es un
»hecho indudable.»

Continuacion de los dolores. — Inmoralidad, vicio el mas funesto en los soberanos.

26 y 27. — El Emperador pasó estos dos dias en su silla de brazos, cerca de la lumbre; habia dormido muy poco, y comido nada; sentia unos dolores agudísimos en la cabeza y las muelas. En efecto, tenia una violenta fluxion, y su carrillo derecho estaba muy inchado. Estuve calentándole succesivamente un

paño de flanela y una servilleta que le aplicaba á la parte doliente: se manifestaba muy agradecido á mi esmero, y dejando caer su brazo sobre mis hombros me repetia muchas veces: ¡Ay amigo mio! ¡cuanto me alivia Vm.! Habiéndose calmado algun tanto el dolor, se durmió un rato; y luego abriendo los ojos, me dijo: «¿he dormido mucho? ¡Vm. se ha»brá fastidiado!» Entonces me llamaba *su hermano hospitalario, el caballero de Malta de Santa Helena*: y como el dolor volviese á atacarle con mas violencia que nunca, mandó llamar el doctor, que le encontró calentura, y se vió precisado á acercarse de la lumbre. Toda la tarde siguió con la misma dolencia. A eso de las siete trató de acostarse, y como no queria comer, él mismo se hizo agua panada, con azucar, flor de naranja y el pan que le tostaba su ayuda de cámara.

Entre varias cosas insignificantes que

dijo, hé aqui lo que pude recoger sobre la inmoralidad. « La inmoralidad, decia, » es indudablemente, la mas mala dis» posicion que puede hallarse en un sobe» rano, porque desde luego la pone á la » moda, se hacen un humor de ella para » lisongearle, fortifica todos los vicios, » ataca todas las virtudes, infecta la so» ciedad entera como una verdadera pes» te, y por decirlo en una palabra, es » el azote de una nacion. La moral pú» blica, al contrario, es el complemento » de todas las leyes, pues por sí sola es » todo un código. » Y no dudaba en afirmar que la revolucion, apesar de todos sus horrores, habia sido la verdadera causa de la regeneracion de nuestras costumbres. « Bien asi como los mas » asquerosos esterqueros producen la » mas noble vegetacion. » Y decia sin titubear que su administracion seria una época memorable del restablecimiento de

la moral : « corríamos á velas desplega-
»das, y es indudable que las catástrofes
»que han seguido, todo lo harán retro-
»gradar, pues en medio de tantas vici-
»situdes y desorden, no hay medio de
»resistir á las tentaciones de todo géne-
»ro, á los alicientes de la intriga, á la
»codicia y á las instigaciones de la ve-
»nalidad. Sin embargo, el movimiento
»ascendiente de mejora, podrá muy bien
»detenerse ó comprimirse, pero no des-
»truirse enteramente; pues la moral
»pública pertenece al dominio especial
»de la razon y de las luces, porque es su
»resultado natural, y ya nadie puede ha-
»cer retroceder estas últimas. Para re-
»producir los escándalos y obscenidades
»de los tiempos pasados, la autorizacion
»de los dobles adulterios, la relajacion
»de la regencia y la disolucion del reina-
»do que la siguió, seria necesario que
»se reprodujesen tambien todas lás cir-

»cunstancias de entonces, cosa que ya
»está fuera de toda posibilidad; para ello
»menester seria restablecer la ociosidad
»absoluta de la clase elevada que no podia
»tener mas ocupacion que las relaciones
»licenciosas de los dos sexos; menester
»seria destruir en la clase media esta
»fermentacion industriosa que en el dia
»agita todas las imaginaciones, ensan-
»cha todas las ideas, y eleva las almas;
»menester seria, en fin, sumergir de
»nuevo lás últimas clases en el envileci-
»miento de esta degradacion que las
»reduce á no ser mas que unas misera-
»bles acémilas; pero todo esto ya es
»imposible. Las costumbres públicas se
»han puesto en aumento, y osadamente
»se puede vaticinar que irán mejorando
»gradualmente por todo el globo, etc.»

A eso de las nueve, estando ya en la cama, quiso que toda la colonia entrase á su cuarto, incluso el gran mariscal

y su muger. Nos dió conversacion durante media hora con las cortinas cerradas, y despues todos nos retiramos.

El Emperador viola las reglas de la medicina. — Ha mandado toda su vida. — El fué el primero que nos apellidó la gran nacion.

31. — El tiempo se habia serenado, y la temperatura estaba deliciosa: como habia seis dias que el Emperador no habia salido de su cuerto, cansado de la monotonía de su mal, resolvió violar, como él decia, la ley del doctor. Salió, pero se encontraba tan débil que apenas podia andar: mandó pedir el coche, y dimos un paseo: estaba triste y silencioso, porque sufria mucho.

A poco rato de haberse retirado me mandó llamar á su cuarto. El paseo todavía le habia abatido mas: se encontraba

muy débil y propenso á adormecerse. Al cabo le decidí á comer un bocado, y luegó bebió un vaso de vino generoso, que en efecto confesó le habia sentado bien, y entabló la conversacion.

»En cuanto pisamos el suelo italiano, »dijo, cambié las costumbres, los sen»timientos y el idioma de nuestra revo»lucion. No hice arcabucear á los emi»grados, dí socorros á los sacerdotes, y »anulé las instituciones y fiestas que nos »deshonraban. Es muy cierto que al »tomar estas medidas no me guié por »capricho, sino por la razon y equidad, »que son las dos primeras bases de la »alta política. Entre otras cosas dijo uno, »que si siempre se hubiese continuado »la fiesta de la muerte del Rey, nunca »nos hubiéramos podido reunir, etc.»

Decia el Emperador que el fué el primero que saludó á la Francia con el nombre de *gran nacion*. «Y ciertamente,

»observaba, tal la he presentado al mun-
»do abatido ante ella.» Y despues de un corto intervalo continuó: «y lo será to-
»davía y siempre, si su carácter nacional
»vuelve á ponerse en armonía con todas
»sus ventajas físicas y sus medios mo-
»rales, etc., etc.»

En otro momento, hablando de cierto sugeto que amaba mucho, decia: «es el carácter *de la vaca*: suave y tran-
»quilo para todo, excepto en el artículo
»de sus hijos; en cuanto la tocan á estos,
»al momento hecha los cuernos delante;
»podria volverse furioso, etc., etc.»

Hablando de otro que tenia mas de treinta años y le llamaba demasiado jóven, decia: «á esta edad ya habia hecho yo
»todas mis conquistas, y gobernaba el
»mundo; habia calmado la tempestad,
»reunido una nacion, creado un gobier-
»no y un imperio, no faltándome mas
»que el título de Emperador.» Y sobre

este asunto continuaba diciendo. «Es »menester confesar que la fortuna me ha »echado á perder; siempre he mandado; »desde que principié la carrera de la »vida, ya me hallé revestido del poder, »y las circunstancias y mi fuerza ha sido »tal, que en cuanto tuve el mando, ya »no reconocí superiores ni leyes.»

Debilitacion del Emperador. — Su salud continua alterándose sensiblemente. — Inquietudes del médico. -- Nuestros prisioneros en Inglaterra. — Los pontones, etc.

1.° de noviembre. — El tiempo era hermoso: el Emperador quiso aprovecharlo, y salió á eso de las dos. En cuanto dió algunos pasos en el jardin, le vino la idea de irse á descansar en casa de Madama Bertrand, en donde estuvo mas de una hora sentado sin despegar los labios, y muy abatido; y luego despues se retiró á su cuarto y se recostó en su

canapé dormitando como la víspera : este descaecimiento me afectaba mucho. Bien queria él de cuando en cuando vencer esta apatia, peró las palabras le faltaban ; queria leer, y al instante se disgustaba : al cabo le dejé para que procurase descansar.

Una fragata llegó del cabo de Buena Esperanza, de paso para Europa : esta era una excelente ocasion para escribir á nuestros amigos ; pero las quejas continuas del gobernador habian dado margen á que me impusiese la dura ley de no aprovechar de semejantes ocasiones, por la naturaleza de las consecuencias con que me amenazaba ; me consolé con la esperanza de un momento venidero menos aciago.

El doctor O'Meára fué á visitar á mi hijo, cuyo estado no dejaba de darme alguna inquietud ; la víspera le habian

sangrado de nuevo, y durante el dia se desmayó tres ó cuatro veces.

El doctor se aprovechó de esta ocasion para hablarme detenidamente de la salud del Emperador, diciéndome en confianza, que no dejaba de inquietarle mucho su extremada reclusion; continuamente le estaba predicando, decia, para que hiciese mas egercicio, y me suplicaba que aprovechase yo las frecuentes ocasiones que tenia de hablarle, para inclinarle á salir mas amenudo; pues tanto el doctor como yo conociamos que iba cambiando de una manera espantosa; y aquel no dudaba en asegurar que tan poco egercicio, despues de tanta agitacion, podia tener fatales consecuencias; que cualquier especie de enfermedad, que tan facilmente podia acarrearle la influencia del clima ó cualquier otro accidente natural, seria indudablemente mortal. Las palabras del doctor y su congoja me conmo-

vieron vivamente: desde entonces hubiera debido conocer en él este interes, real y verdadero, que posteriormente ha dado pruebas tan irrefragables.

A eso de las seis me mandó llamar el Emperador; estaba en su baño, quizás mas doliente de lo acostumbrado, que lo atribuia á su salida de la víspera; el baño le probó muy bien, pues al salir estaba mucho mejor: se puso á leer la embajada del lord Macarteney en China, que prolongó durante largo rato, disertando sobre varios obgetos que le llamaban la atencion.

Luego dejando el libro trabó conversacion, durante la cual se habló accidentalmente de la situacion de nuestros prisioneros en Inglaterra. Voy á reunir aqui lo que dijo en varias ocasiones sobre este particular.

El súbito rompimiento del tratado de Amiens bajo tan falsos pretextos y de tan

mala fé de parte del ministerio ingles, habia irritado altamente al primer Consul, que se conoció burlado; y el apresamiento de varios buques de nuestro comercio aun antes de declararnos la guerra, acabaron de llenar la medida. « Para acallar mis vivas aclamaciones, » decia el Emperador, se contentaron con » responderme friamente, que tal era su » costumbre, que siempre lo habian he» cho asi, y en esto decian la verdad; » pero los tiempos habian cambiado para » que la Francia tolerase con paciencia » semejante injusticia y humillacion. Yo » me habia constituido el defensor de sus » derechos y de su gloria, y estaba ente» ramente dispuesto á probar á nuestros » enemigos, que en adelante no lidiarian » con un hombre de paja. Desgraciada» mente en este caso por nuestra posicion » recíproca, no podia vengar una violen» cia, sino con otra violencia todavía

»mas fuerte. Las represalias que pesan
»sobre individuos inocentes en el fondo
»de la disputa, son un triste recurso; pe-
»ro no habia eleccion.

» En cuanto leí la irónica é insolente
»respuesta á mis quejas, expedí la mis-
»ma noche una orden de prender á todos
»los ingleses, de cualquier clase y con-
»dicion, que se hallasen en toda la Fran-
»cia y en todos los territorios ocupados
»por nuestros egércitos, y retenerlos
»prisioneros en represalia de nuestros
»buques tan injustamente apresados. La
»mayor parte de los ingleses eran hom-
»bres de consideracion, ricos y titulados
»que viajaban para divertirse. Cuanto
»mas nuevo era el acto, cuanto mas fra-
»gante era la injusticia tanto mas se
»adaptaba á mis miras. El grito fué uni-
»versal; todos estos ingleses se dirigieron
»á mí; yo les respondí que se dirigiesen
»á su gobierno de quien dependia única-

»mente su suerte futura. Varios de ellos, »para conseguir su libertad, llegaron »hasta proponer de entrar á escote para »pagar ellos mismos el valor de los bu- »ques apresados: no era el dinero lo que »yo buscaba, les decia, sino la obser- »vancia de la simple moral, el endere- »zamiento de una falta odiosa; y ¿podrá »creerse? La administracion inglesa, tan »astuta, tan tenaz en sus derechos ma- »rítimos, como la corte de Roma en sus »pretensiones religiosas, ha preferido »dejar injustamente en la esclavitud du- »rante diez años, á una masa muy dis- »tinguida de sus compatriotas, que »renunciar auténticamente para lo suce- »sivo, á un miserable uso de rapiñas ma- »rítimas.

»Cuando entré en el gobierno consu- »lar ya tuve una reyerta con el gabinete »ingles con respecto á los prisioneros; »pero aquella vez salí victorioso. El Di-

»rectorio habia cometido la necedad de »prestarse á un arreglo que nos era exce- »sivamente perjudicial y muy ventajoso »á los ingleses.

»Estos mantenian sus prisioneros en »Francia y nosotros haciamos otro tanto »con los nuestros en Inglaterra: noso- »tros teníamos muy pocos ingleses y »ellos tenian muchos franceses; los ví- »veres en Francia estaban baratisimos y »en Inglaterra costaban á un precio »exorbitante; por consiguiente los ingle- »ses pagaban una friolera, al paso que »nosotros debiamos enviar sumas in- »mensas á pais enemigo, y estábamos »muy escasos de numerario. Añádase á »esto que todos estos detalles exigian »agentes cruzados en los paises respecti- »vos, y el señor comisario ingles no era »mas que un èspia de nuestros nego- »cios, un zurcidor ó maquinador de las »conspiraciones del interior urdidas con

»los emigrados del exterior. Apenas to-
»mé conocimiento de semejante estado
»de cosas, que al instante corregí el
»abuso: se notificó al gobierno ingles,
»que desde aquel dia en adelante cada
»nacion respectiva mantendria los pri-
»sioneros que hubiere hecho, sino pre-
»feria cangearlos. Se clamó altamente,
»se amenazó que se les dejaria perecer
»de hambre: bien sospeché que los mi-
»nistros ingleses tendrian bastante dure-
»za y egoismo para egecutarlo, pero es-
»taba muy cierto que la humanidad de
»la nacion no lo hubiera permitido. Al
»cabo cedieron; nuestros desgraciados
»franceses no estuvieron mejor ni peor,
»lo cierto es que ganaron muchas venta-
»jas y nos libertamos de un convenio,
»que era una especie de yugo y tri-
»buto.

»Mientras duró la guerra, no dejé de
»ofrecer el cambio de los prisioneros;

»pero el gobierno ingles juzgando que
»me séria ventajoso, se negó constante-
»mente á ello, bajo diversos pretextos.
»Nada tenia que contestar; en la guerra,
»la política pasa antes que el sentimien-
»to: pero, ¿á qué fin manifestarse bár-
»baro sin necesidad? y esto es precisa-
»mente lo que hicieron, cuando se
»aumentó el número de nuestros prisio-
»neros: entonces empezó para nuestros
»infelices compatriotas el horroroso su-
»plicio de los pontones, con el cual in-
»dudablemente hubieran enriquecido
»los antiguos su infierno, si su imagina-
»cion hubiese podido concebirla. No de-
»jaré de creer que habia exageracion de
»parte de los acusadores, pero tampoco
»dudo que los defensores faltaron á la
»verdad. Sabemos por experiencia que
»cosa es un informe al parlamento; aqui
»lo estamos palpando cuando leemos las
»calumnias é imposturas que vierten en

Luego habló el Emperador detenidamente del buen trato que haciamos á nuestros prisioneros; no podia ser mas generoso y liberal, y estaba muy persuadido de que ninguna nacion ni aun remotamente podia tener la menor queja. « Hubiéramos tenido á nuestro favor, » decia, el testimonio de los mismos pri» sioneros, pues á excepcion de los que » estaban ardientemente unidos á sus leyes » locales, ó en otros términos, al senti» miento de la libertad, los cuales se re» ducian á los ingleses y españoles, todos » los demas, austriacos, prusianos y ru» sos, estaban en Francia muy gustosos, » nos dejaban con sentimiento y volvian » con placer. Esta disposicion mas de una » vez ha influido en la obstinacion de sus » esfuerzos ó resistencia, etc. etc. »

Añadia aun : « Yo habia formado el » proyecto de introducir en Europa un

»cambiamento en el derecho y la cos-
»tumbre pública con respecto á los pri-
»sioneros. Hubiera querido organizarlos
»en regimientos y hacerles trabajar mili-
»tarmente en monumentos ó empresas
»grandes; hubieran recibido su suel-
»do que habrian ganado; se hubiera
»evitado la holgazanería y todos los de-
»sórdenes que muy comunmente entre
»ellos acarrea su completa ociosidad;
»hubieran estado bien mantenidos, bien
»vestidos, y no les habria faltado nada,
»sin gravamen del estado, que en cambio
»hubiera recibido su trabajo: todos hu-
»bieran ganado. Pero mi idea no pros-
»peró en el consejo de estado: me deja-
»ron entrever esta falsa filantropía que
»desvanece á tantos hombres, y sobre
»todo el temor de las represalias. Un
»prisionero, decian, ya es bastante in-
»feliz por haber perdido su libertad, y
»creian que seria una injusticia el preten-

»der irrogarse derechos sobre el empleo »de su tiempo y una parte de sus acciones.— Pero este abuso es el que dá motivo á mi queja, decia yo, y quisiera »corregirlo. Un prisionero puede y debe »esperarse á sufrir algunas incomodidades »legítimas, y las que yo pretendo imponerle redundan en su beneficio á la par »del ageno. Yo no exijo de él mas pena »ni cansancio, sino menos peligro que en »su estado habitual y diario. Vms. temen las represalias. ¡Ojala que los enemigos tratasen de esta suerte á nuestros »franceses! pues yo lo consideraria como »una gran felicidad. Veria mis marineros »y soldados ocupados en los campos y »las plazas públicas, en vez de saber que »estan sepultados en vida al fondo de sus »horrorosos pontones. Me los volverian »sanos, laboriosos, endurecidos al trabajo, y cada uno en cada pais dejaria »tras sí alguna sobras que indemnizarian

»en algo de los funestos estragos de la »guerra, etc. Para transigir se acordó la »organizacion de algunos cuerpos de pri- »sioneros, como trabajadores voluntarios »ó algo por este estilo; pero no es esta »toda mi idea, etc.

Anveres. — Grandes intenciones de Napoleon. — Una de las causas de su caida. — Sus generosos sentimientos negándose al tratado de Chatillon. — Obras marítimas.

2. — El Emperador no salió de su cuarto, cuando entré á verle se quejaba mucho de una especie de transpiracion detenida, y ademas una fluxion muy fuerte: estuve con él la mayor parte del dia que lo pasó en un continuo desasosiego sin poder estar un instante parado en un mismo sitio; evidentemente tenia calentura.

Entre las muchas conversaciones interrumpidas se detuvo con alguna continuacion sobre Anveres, su arsenal, sus fortificaciones é importancia, y las grandes miras políticas y militares que habia formado sobre aquel punto tan felizmente situado, etc.

Dijo que habia hecho mucho por Anveres, pero que todavía no era nada en comparacion de lo proyectado. Por mar queria hacerle un punto de ataque local para el enemigo; y por tierra un recurso cierto en caso de grandes desastres; un verdadero punto de salvacion nacional; queria hacerle susceptible de dar acogida á todo un egército en caso de derrota, y resistir un año entero á todos los ataques, durante cuyo tiempo, decia, una nacion tenia tiempo suficiente para ir en masa a ponerla en libertad. Cinco ó seis plazas semejantes, añadia, eran el nuevo sistema de defensa que habia proyectado in-

troducir con el tiempo. Muchas obras egecutadas en Anveres en tan poco tiempo ya causaban la admiracion general; sus numerosos astilleros, almacenes, y grandiosas balsas; pero todo esto, decia, aun no era mas que la ciudad comerciante; la plaza militar debia construirse en la ribera opuesta. Ya se habia comprado el terreno á un precio muy barato que por una diestra especulacion se hubiera vuelto á vender con un beneficio muy considerable, á proporcion que la ciudad se habia ido construyendo, lo que hubiera contribuido á disminuir los gastos totales. Los navios de tres puentes hubieran entrado enteramente armados en las balsas de invierno, y se hubieran construido una especie de reductos cubiertos para tenerlos al seco en tiempo de paz, etc.

Decia el Emperador que el plan que habia formado se dirigia á que todo fuese gigantesco y colosal. Anveres hubiera

sido para él una provincia, y notaba de paso que esta plaza era una de las grandes causas de que él estuviera en Santa Helena; que la cesion de Anveres era uno de los motivos que le habian determinado á no firmar la paz de Chatillon. Si le hubiesen dejado esta plaza tal vez hubiera concluido; y sobre esto presentaba la cuestion de si habia hecho mal negándose á firmar el *ultimatum.* « Entonces se» guramente habia aun muchos recur» sos, y se podia muy bien correr la suer» te, pero al mismo tiempo se podia dar » mucho pábulo á la murmuracion, » » y concluyó diciendo : » Debí resistir» me y asi lo hice con conocimiento de » causa; por ello ahora en este instante en » medio de estos horrorosos peñascos y » sumergido en la mayor miseria, no me » arrepiento de ello. Pocos me entende» rán, lo sé; pero para el mismo vulgo » y á pesar del rumbo fatal que han to» mado los acontecimientos, debe ser

»mas claro que el sol, que el deber y el »honor no me permitian tomar otro par»tido. Si yo hubiese consentido á que se »me empezase á cercenar, ¿hubiera sa»tisfecho la ambicion de los aliados? »¿su paz hubiera sido de buena fé y su »reconciliacion sincera? Esto hubiera »sido conocer muy poco el corazon hu»mano, y una verdadera necedad dar »crédito á sus tratados. y á abandonarse »á la buena fé. ¿No es claro que se hubie»ran aprovechado de la ventaja inmensa, »que el tratado les hubiese concedido »para acabar con la intriga lo que habian »comenzado con las armas? ¿Y á donde »hubiera ido á parar la independencia y »el destino futuro de la Francia? ¿Quien »hubiera cumplido con mis obligaciones, »mis juramentos y mi honor? ¿Acaso los »aliados no se hubieran valido de todos »los medios imaginables para perderme »en lo moral, como acababan de hacerlo

» en el campo de batalla? La opinion es-
» taba demasiado preparada para ello!
» ¡Cuantos reproches me hubiera hecho
» la Francia, por haber dejado cercenar
» el territorio que se me habia confiado!
» ¡Cuantas faltas la injusticia y la desgra-
» cia me hubieran acumulado! ¡Con cuan-
» ta impaciencia los franceses ensoberbe-
» cidos con la memoria de su poder y de
» su gloria, hubieran soportado en aque-
» llos dias de luto los pechos inevitables
» con que hubiera sido preciso abrumar-
» los! : y de ahi nuevas conmociones,
» la anarquía, la disolucion y la muerte.
» Preferí, pues, correr hasta el cabo to-
» dos los azares de la guerra, y abdicar
» en caso necesario. »

No podia menos de confesar que el Emperador tenia razon. Es cierto que habia perdido el trono, pero voluntariamente y prefiriéndole nuestra salvacion y nuestro honor. La historia apreciará

dignamente este sublime sacrificio : el poder y la vida son pasageros, la gloria es perenne é inmortal.

Pero, preguntaba el Emperador, la historia, ¿será justa? ¿podrá acaso serlo? ¡El mundo está inundado de tantos libelos y embustes, sus acciones tan desfiguradas, su carácter tan ofuscado, tan desconocido! Se le respondia que el tiempo de su vida seria precisamente el mas incierto, que solo sus contemporáneos pódrian ser injustos; que como ya él mismo lo habia dicho, desaparecerian las nubes á medida que se iria adelantando en la posteridad; que diariamente iba adquiriendo mas lustre, que el hombre de ingenio lo tomaria como el asunto mas bello de la historia; que la primera catástrofe sola, acaso hubiera podido ser fatal á su memoria, pues entonces levantaron muchos gritos contra él; pero qúe su regreso prodigioso, los actos

de su corta administracion y su destierro á Santa Helena, le dejaban en el dia radios de gloria á los ojos de los pueblos y al pincel de los siglos futuros. «Es »cierto, dijo con una especie de satis»faccion, que mi destino se manifiesta al »reves de los demas; ordinariamente la »caida les humilla y la mia me realza in»finitamente: cada dia me despoja de mi »*piel de tirano*, de homicida, de feroz....» Despues de algunos minutos de silencio, volvió á hablar sobre Anveres y la expedicion inglesa. «El gobierno ingles, »dijo, y su general lucharon de imperi»cia. Si milord Chatam, que nuestros »soldados solo llamaban, milord *J'at»tends* (yo espero), se hubiese precipi»tado vigorosamente, es cierto que con »un ataque repentino, acaso hubiera po»dido destruir nuestro bello y precioso »establecimiento; pero perdido el pri»mer momento y nuestra flota en el

»puerto, la plaza estaba al abrigo: hi»cieron demasiado boato de los esfuer»zos y medidas que tomaron para su sal»vacion, y solo bien excitado el zelo de »los ciudadanos por intenciones miste»riosas y culpables.» Y como yo le daba algunos varios detalles que habia presenciado, y entre otras cosas, le decia, que comunmente los mariscales pasan la revista de los egércitos, alli parece que el egército pasaba la revista á los mariscales, pues en poco tiempo tuvo tres, uno despues de otro: «Porque las circuns»tancias políticas, lo querian asi, dijo »Napoleon. Mandé á Bessieres, porque »la crísis exigia un hombre de confianza »y enteramente seguro; pero en cuanto »esta pasó, al instante le hice reem»plazar, para tenerle otra vez cerca »de mí.»

La salud del Emperador se iba agrabando; melancolia. — Anécdotas joviales. — Dos ayudantes de campo. — Cascabelada del general Mallet.

3. — El Emperador continuó encerrado en su cuarto y al anochecer me mandó llamar; díjome que se sentia algo aliviado de su fluxion, pero no de todo el resto, en suma se hallaba muy débil y con una gran dósis de tristeza y melancolía; por ello dijo, habia querido pasar todo el dia en sus *ideas lúgubres*. Estaba en su baño, y despues de algunos momentos de silencio, como si saliera de un profundo letargo, haciendo un esfuerzo para distraerse, dijo: «Vamos mi »querida *Dinarzade* si no duermes, cuén»tame una de las muchas historias que »sabes: hace ya mucho tiempo, querido »mio, que Vm. no me ha hablado de sus

»amigos del arrabal de san German; va-
»mos, cuente Vm. — Pero Señor, hace
»ya tanto tiempo que cuento, que sea go-
»tan los materiales: ya he dado fin con
»cuantas historias verdaderas ó falsas se
»contaban alli, de modo que solo queda
»el escándalo, y V. M. sabe ó debe sa-
»ber que nunca lo hubo: sin embargo,
»todavía me acuerdo de una anécdota;
»un dia Mr. de T...., saliendo para ir á
»su ministerio, dijo á su muger que trae-
»ria á comer consigo Mr. Denon, y que
»por lo mismo la rogaba se esmerase en
»obsequiarle; que el mejor medio de
»conseguirlo era el de examinar su obra
»y hablarle de ella; que la encontraria
»en su biblioteca en tal y tal parte. Ma-
»dama de T..... fué al instante á tomar
»el libro que leyó con mucho placer,
»celebrando de antemano el que tendria
»muy luego hablando con el héroe. Ape-
»nas se sentaron á la mesa, dijo á Mr.

»Denon, que estaba sentado á su lado, »que acababa de leer su libro, que le ha»bia causado muchísimo placer: Mr. De»non le hizo una profunda reverencia: »que habia recorrido mucho pais y ha»bria sufrido mucho; y Mr. Denon hizo »otra reverencia: que ella habia sentido »sinceramente sus penas y trabajos: has»ta aqui todo iba perfectamente. Pero »mi admiracion, dijo, ha llegado á su »colmo, cuando en la soledad en que »Vm. se hallaba, he visto llegarle el fiel »*Viernes*; ¿lo tiene Vm. siempre con»sigo? A estas últimas palabras Mr. De»non despavorido, inclinándose hácia su »vecino, le dijo. — ¿Qué acaso me to»maria por Robinson? Y en efecto la »inocencia de Madama de T..., ó la ma»licia de la sociedad de Paris, queria que »en vez del *viage de Egipto*, hubiese to»mado las *Aventuras de Robinson*.» El Emperador reventaba de risa, tanto le

chocó esta anécdota, en términos, que él mismo la ha vuelto á contar mas de una vez.

Esto le condujo á extenderse sobre la malicia inventiva de las sociedades de Paris, que habia urdido el mas bello cuento, entre otros, sobre la sandez de aquel ebanista descubriendo sin quererlo á B....., el secreto de una oficina que encerraba tambien los de su familia, la excesiva cólera de B... contra *Ventre-de-Biche*, (vientre de cierva) su compasion acerca de madama V..., el singular consuelo que esta le dió, etc. El Emperador que se divertia mucho con esto, ignoraba, decia, la mayor parte de estos detalles, que encontraba muy chistosos, añadiendo sin embargo que á él le parecia que no todo era invencion. Con todo renovaba su desagrado contra nuestros salones, calificándolos de reuniones infernales que estaban en un estado de

murmuracion y calumnia permanente, y que bajo este título hubieran merecido ocupar tambien en permanencia todos los tribunales de policía correccional de la capital, etc.

Luego el Emperador habiendo tomado ánimo entró en conversacion muy animada. Hablando de un cierto oficial en términos no muy lisongeros, y tomándome yo la libertad de decirle que me parecia que habia sido edecan de un general distinguido. «¿y esto qué importa?» decia sonriéndose: «Ya veo amigo mio, que Vm. no sabe que á veces se tienen dos edecanes, el del campo de batalla y el de cocina ó de la alcoba, etc.

Luego habló detenidamente de nuestra poca aptitud nacional para terminar una revolucion y establecer una estabilidad fija, citando en prueba la célebre cascabelada de Mallet, que, decia chisto-

samente, haber sido su regreso de la isla de Elba en miniatura, ó por mejor decir su caricatura. « Esta extravagancia, añadió, en el fondo no fué mas que una »verdadera burla : un preso de estado, »hombre oscuro, que se escapa para »prender á su vez el prefecto, el mismo »ministro de la policía, los carceleros »y los descubridores de conspiraciones, »los cuales unos y otros se dejan maniatar como una manada de carneros. Un »prefecto de Paris, fiador nato de su »departamento, y de otra parte muy »adicto, pero que se allana sin oponer la »menor resistencia á los arreglos de »reunion de un nuevo gobierno, que no »existe; unos ministros, nombrados por »los conspiradores, ocupándose de buena »fé á ordenar su uniforme, haciendo las »visitas acostumbradas en semejantes »casos, precisamente cuando los que les »habian nombrado ya estaban todos pre-

»sos. En fin, toda una capital que al ama»necer oye contar la especie de revolu»cion política de la noche, sin que mani»fieste la menor conmocion. Semejante »extravagancia, ciertamente no podia »producir ningun resultado: y aun cuan»do la cosa hubiese salido á medida de »los deseos de sus autores, pocas horas »despues hubiera caido de sí misma, y »el mayor afan de los conspiradores vic»toriosos habria sido el de buscar un »asilo seguro donde esconderse ellos y »sus laureles. Por lo mismo, menos me »ofendió la empresa del culpable, que la »facilidad con que se dejaron seducir los »que me eran mas adictos. Cuando llegué, »cada cual me contaba con la mayor in»genuidad todos los detalles que le con»cernian y que hasta un cierto punto »les hacian á todos cómplices: confesa»ban francamente que todos habian caido »en la red; que creyeron haberme per-

»dido. No disimulaban que con la sor-
»presa que se les habia cogido habian
»obrado en el mismo sentido de los cons-
»piradores, y se regocijaban conmigo de
»la felicidad con que la cosa se habia
»salvado. No hubo ni uno solo que men-
»tase la menor resistencia, el mas mini-
»mo esfuerzo para defender y perpetuar
»el sistema de gobierno establecido. Ni
»tan siquiera daban muestras de haberlo
»soñado, tan acostumbrados estaban á
»las mudanzas y revoluciones; es decir
»que cada cual se encontró pronto y
»resignado á dejar formar una nueva.
»Por lo mismo todos los semblantes
»cambiaron, y muchos de ellos se vieron
»en la mayor confusion, cuando con un
»acento severo les dije: muy bien, Se-
»ñores, ¿y Vms. pretenden haber ter-
»minado la revolucion? Vms. me creian
»muerto, dicen; nada me queda que
»contestar... Pero ¿y el Rey de Roma?

»sus juramentos, sus principios y sus »doctrinas?.... ¡Me estremezco para lo »venidero!... Y entonces quise hacer un »egemplo que al menos sirviese para »ilustrar: la suerte cayó sobre el des- »graciado Frochot, prefecto de París que »seguramente me era muy adicto: pero »á la primera instancia de uno de aquellos »saltimbancos, en vez de oponer la re- »sistencia que le imponian los deberes de »su empleo, en vez de haberse defen- »dido desesperadamente hasta morir, an- »tes de abandonar el puesto, confesaba »que habia mandado sencillamente que »se preparase un alojamiento para el »nuevo gobierno!.... Y ved ahi la prue- »va de que somos el pueblo de Europa »mas apropósito para prolongar nuestras »variaciones: semejante estado, nadie »podria ni aun soportarlo, sino solos »nosotros: en prueba de esta verdad, »vea Vm. como cada cual, cualquiera que

»sea su opinion, está íntimamente con-
»vencido de que aun todo está en el aire,
»y toda la Europa sigue esta misma opi-
»nion, fundándola tanto en nuestra in-
»constancia y veleidad natural, como en
»los mas de los acontecimientos que
»han ocurrido de treinta años á esta
»parte, etc., etc.»

Continuacion de las dolencias y reclusion del Emperador. — Hubiera debido morir en Moscow ó en Waterloo.—Elogio de su familia.

4. — Tampoco quiso el Emperador recibir á nadie en toda la mañana: me hizo llamar cuando entró en el baño, y estuvimos hablando muy largamente sobre nuestros conocimientos antiguos, los historiadores que nos los han trasmitido, la serie de los acontecimientos, etc. Y al cabo sacábamos por consecuencia

»petí, si se me ha concedido gracia por »Moscow, no veo una razon para que no »se me permita igual reconvencion por »Waterloo. Lo futuro está fuera del po»der y voluntad de los hombres, y solo »Dios puede juzgarlo.»

En otro momento el Emperador habló nuevamente de su familia; los pocos auxilios que le habian prestado, los estorbos y el mal que le habian causado. Se detenia particularmente en aquella falsa idea de que una vez puestos á la cabeza de un pueblo habian debido identificarse con él, de manera que prefiriesen los intereses de este á los de la patria comun, sentimiento cuyo origen podia tener alguna sublimidad, pero del cual habian hecho una falsa aplicacion, perjudicial en cuanto que en sus desvarios de independencia absoluta, se consideraban aisladamente, olvidándose que no eran mas que una parte de un todo, á cuyo mo-

vimiento debian cooperar en vez de entorpecerlo. Pero al cabo, concluia, eran muy nuevos jóvenes, rodeados de lazos y aduladores, de intrigantes de todas cláses, de miras secretas y mal intencionadas; y pasando repentinamente de las faltas á las buenas cualidades, añadió: «Ademas, en definitiva, debemos juzgar »proporcionalmente: ¿qué familia se »hubiera conducido mejor en iguales cir»cunstancias! No es dado á todos el ser »hombres de estado; esta ciencia requie»re una contextura particular, que rara»mente se encuentra; y sobre este pun»to todos mis hermanos se han encontra»do en una situacion particular; á todos »les ha sucedido la desgracia de tener »*demasiado ó muy poco*: han sido dema»siado fuertes para abandonarse ciega»mente á un consejero motor, y no lo »han sido bastante para poderse pasar »enteramente sin él. Al cabo una familia

»tan numerosa presenta un conjunto,
»del cual ciertamente puedo honrarme.»
»*Josef* en cualquier pais seria el ador-
»no de la sociedad; *Luciano* el de cual-
»quier asamblea politica, *Gerónimo* con
»el tiempo hubiera sido apto para gober-
»nar, pues me habia hecho concebir es-
»peranzas muy fundadas; *Luis* hubiera
»agradado y se habria hecho notar en
»todas partes; mi hermana *Elisa* tenia
»una cabeza varonil, una alma fuerte:
»habrá manifestado mucha filosofía en
»la adversidad; *Carolina* es muy hábil y
»capaz; *Paulina* quizás la muger mas her-
»mosa de su tiempo, ha tenido y tendrá
»mientras viva el mejor corazon que se
»ha conocido. En cuanto á mi madre es
»digna de toda suerte de veneracion.
»¡Qué familia tan numerosa podria pre-
»sentar un conjunto mas admirable!
»Añádase que dejando aparte todas las
»oscilaciones políticas, nós queríamos

»entrañablemente. En cuanto á mí, puedo »asegurar que nunca he dejado de sen»tirme un corazon de hermano : les he »amado á todos, y estoy persuadido que »en caso necesario todos me darian prue»bas de una buena correspondencia, etc.»

Despues de comer nos recibió á todos juntos en su cuarto, cosa de media hora: estaba en su cama pero hablaba con mucha mas facilidad, y se encontraba notablemente aliviado. Nos retiramos con la esperanza de verle pronto restablecido: le observamos que se habian pasado doce dias sin haber comido con nosotros; que sin él estabamos enteramente desorientados; que nuestros dias, nuestra vida y nuestros momentos sin él nos parecian eternidades.

La geografía, pasion momentánea. — Mi atlas. — Cama de parada que llegó de Londres; verdadera ratonera.

5. — El Emperador continuaba encerrado en su cuarto; á la hora del baño me mandó llamar como los dias precedentes: el mal de la boca se iba mejorando, pero las muelas siempre estaban muy sensibles. Volvió á tomar la conversacion de la víspera, sobre la contextura de las partes del globo; el ahinco con que en aquel momento tomó la geografía, podia llamarse una verdadera pasion; tomó mi *mapamundi* y recorriendo la distribucion irregular de las tierras y los mares se paraba sobre la gran mesa del Asia, pasaba á la extension del mar Pacífico, á la angostura del Atlántico y se proponia problemas sobre los vientos variables y los alisios, las monzones de

la India, la calma del mar Pacífico, los uracanes de las Antillas, etc., y encontraba en el mapa, en los mismos parages, las soluciones físicas y especulativas que la ciencia dá en el dia sobre estos obgetos. Estas definiciones tan apropósito le encantaban; comparaba, meditaba, hacia objecciones, y acababa diciendo: «Realmente solo con estados semejantes »se pueden hacer comparaciones, porque »despiertan las ideas y las provocan. »¡Qué bien ha hecho Vm. de poner en »estados la historia, la geografía, sus cir- »cunstancias notables, sus dificultades, »sus fenómenos, etc., su libro de Vm. »cada dia aumenta mi admiracion. (1)»

(1) En efecto, no tenia mas que un solo egemplar en Santa Helena, el cual estaba constantemente en su cuarto: si alguna vez me lo llevaba para servirme de él ó hacer algunas correcciones, casi al instante me lo mandaba pedir de nuevo. El dia de mi marcha, el conde

El Emperador concluyó su discurso mandando pedir algunos viageros. Le trageron el frayle Rubriquis y el italiano Marco Polo : los recorrió quejándose que apenas se encontraba nada en ellos, y decia que no tenian otra estimacion que la que podia darles su antigüedad.

Al salir del baño pasó á su alcoba á ver la gran cama que le habian enviado de Londres. Era una especie de palio sostenido por cuatro grandes columnas, tan altas que habia sido preciso cortar

Bertrand me suplicó que se lo dejase para la instruccion de sus hijos, pero despues me ha dicho que no habia podido servirse de él, porque el Emperador se lo apropió enteramente; y cuando en sus últimos momentos hizo una eleccion de libros para la biblioteca particular de su hijo, el atlas se halló comprendido. Perdóneseme si no he podido resistir el hacer semejante mencion, que tanto honra mi obra.

los pies de la cama para que pudiese caber en la limitada alcoba del Emperador; y ademas olia muy mal; todo el armatoste era maciso y no obstante tan poco sólido que parecia una hámaca. El Emperador le llamó una verdadera ratonera y aseguró que no se expondria á que le cogiesen en ella: por lo mismo mandó que desde luego le desocupasen de semejante mueble; en efecto lo demontaron para volver á colocar la cama de campaña acostumbrada: estas entradas y salidas le contrariaron mucho.

Situacion fisica de la Rusia.; su poder político; palabras notables. — Noticias sobre la India inglesa. — Pitt y Fox. — Ideas de la economia politica; compañias ó comercio libre. — Almenas contra los oficios, etc. — Mr. de Suffren. — Opiniones del Emperador sobre la marina.

6. — La salud del Emperador iba mejorando. A las doce, estando yo en su cuarto con Madama de Montholon, recibió algunas visitas; habló largamente de las tertulias de Paris, y sobre diversas anécdotas de las Tuilerias.

Por la noche siguió la misma pasion de geografía, deteniéndose especialmente sobre el Asia, la situacion política de la Rusia, la facilidad con que esta potencia podria formar una empresa contra la India y aun contra la China; las

inquietudes que debian concebir los ingleses, de semejante proyecto; el número de tropas que la Rusia debia emplear, su punto de reunion, el camino que debian seguir, las riquezas metálicas que podrian traer á su regreso, etc., dando detalles muy preciosos sobre la mayor parte de estos objetos. Siento no encontrar en estos apuntes mas que la indicacion, y no me atrevo á fiarme de mi memoria para reproducirlos.

De aí pasó á lo que él llamaba la situacion admirable de la Rusia, contra el resto de la Europa., y á la inmensidad de su masa de invasion. Pintaba esta potencia, sentada bajo el Polo; amurallada con yelos eternos, que en caso necesario la hacen inaccesible; no se la puede atacar, decia, sino tres ó cuatro meses ó una cuarta parte del año; al paso que ella puede hacerlo cuando le diere la gana á las demas potencias europeas; solo

presenta á los acometedores los rigores, sufrimientos y privaciones de un suelo desierto y árido, de una naturaleza muerta ó entorpecida, mientras que sus pueblos se arrojan con gusto al atractivo de las delicias de nuestros climas meridionales.

Añádase á estas circunstancias físicas, decia, la ventaja de una inmensa poblacion, valiente, endurecida, afecta, pasiva, é inumerables pueblos cuyo estado natural es la miseria y la holgazanería. « Es imposible dejar de estremecerse, »añadia, á la idea de semejante masa, »que no podria atacarse por los flan»cos ni por la retaguardia, que se arroja »impunemente sobre una nacion, si es »triunfante, ó se retira en medio de los »yelos, en el seno de la desolacion y de »la muerte, que son sus recursos natu»rales si se vé batida; y todo con la faci»lidad de aparecer de nuevo al instante,

»si el caso lo exige. No se la podria lla-
»mar la cabeza de la Hidra ó el Anteo
»de la fábula, con la cual no se podria
»acabar, sino agarrándola cuerpo á cuer-
»po, y ahogándola entre los brazos? Pe-
»ro, ¿donde podria encontrarse el Hér-
»cules? Solo nosotros podíamos atrever-
»nos á intentarlo, pero es menester
»convenir, que lo ensayamos necia-
»mente.»

Decia tambien, que en la nueva combinaoion política de la Europa, la suerte de aquella parte del mundo no dependia sino de la capacidad y disposicion de un solo hombre. «Que se encuentre un em-
»perador de Rusia valiente, impetuoso,
»capaz en una palabra, un Czar que ten-
»ga los vigotes bien puestos (lo decia con
»palabras mas enérgicas), y toda la Eu-
»ropa es suya. Puede comenzar sus ope-
»raciones en el mismo suelo aleman, á
»cien leguas de las dos capitales Berlin

»y Viena, cuyos soberanos san los únicos »obstáculos que podria encontrar, con »la fuerza arrebata la alianza del uno; »con la ayuda de este abate al otro en »un momento, y en aquel instante ya se »encuentra en el centro de la Alemania, »en medio de los príncipes de segundo »orden, cuya mayor parte son sus pa- »rientes ó protegidos. En caso necesario, »pasando por los Alpes, arroja algunas »centellas en el suelo italiano, ya prepa- »rado para la explosion, y marcha triun- »fante hácia la Francia, proclamándose de »nuevo por su libertador. Seguramente »que yo en semejante situacion, llegaria »á Calais el mismo dia que hubiera fija- »do por mis etapas regulares, y me en- »contraria alli siendo dueño y árbitro de »la Europa......» Y despues de algunos instantes de silencio, añadió: «Quizás, »amigo mio, tendrá Vm. tentacion de »decirme lo que el ministro de Pirro á su

»soberano: *¿y despues de todo esto qué »haria.* A esto respondo: fundar una so»ciedad nueva y evitar grandes desgra»cias. La Europa está esperando con án»sia este beneficio; el antiguo sistema está »ya á sus últimos vales, y el nuevo no se »ha consolidado, ni se consolidará todavía »sin que haya terribles convulsiones.»

El Emperador calló, y al cabo de un rato midiendo con un compas algunas distancias sobre el mapa, dijo que la situacion de Constantinopla era la mas apropósito para formar el centro de la dominacion universal, etc. etc. Luego volvió á hablar de la India inglesa, y me preguntó si estaba al corriente de su historia. Díjele lo poco que sabia en los términos siguientes.

En 1773 los negocios de la compañía de las Indias, hallándose en muy mal estado, se dirigió al parlamento el cual aprovechó de su situacion para consagrar su

dependencia. Estableció reglamentos políticos, judiciales y de hacienda, á los cuales sometió todas las posesiones de aquella compañía; pero estos primeros planes no tuvieron un feliz resultado, porque acarrearon un desorden completo en la Península de la India, particularmente introduciendo en ella el tribunal supremo de justicia, que se manifestó rival del consejo soberano, y que teniendo el encargo de introducir las leyes inglesas en el pais, acarreó la subversion y el espanto entre los naturales. El furor de los partidos, sus denunciaciones recíprocas, sus quejas y declamaciones, nos han trasmitido unos actos odiosos, una rapacidad sin freno y una tiranía atroz. Esta época es la mas borrascosa y la que hace menos honor á la historia de la compañía.

Para curar radicalmente estos males, en 1783, Mr. Fox entonces ministro, propuso su famoso bill, cuyo mal éxito le

hizo salir del ministerio. El año siguiente, Mr. Pitt, que habia sido su antagonista, presentó otro con que dió principio á su grande reputacion, el cual aun en el dia gobierna la compañía de la India. El bill de Mr. Fox era un verdadero secuestro judicial; quitaba á la compañía todas sus propiedades, poniéndolas en administracion en manos de una junta encargada de regir por aquella, liquidar sus deudas, y disponer de todos los empleos. Los miembros de esta junta nombrados por el rey ó por el parlamento, debian ser inamovibles y conservar su administracion, hasta poner los negocios en mejor estado. Se levantó un grito general contra un orden de cosas que, decian, iba á poner en manos de algunos individuos unos intereses tan colosales y de tan enorme influencia: y aun añadian que esto era introducir un cuarto poder en el estado, y crear un rival de la misma corona.

Llegaron hasta el extremo de acusar á Mr. Fox de querer perpetuarse en el ministerio, y conservarse una especie de soberanía oculta superior á la del rey, pues como era ministro, y gobernaba en aquel entonces el parlamento, él solo hubiera nombrado y dirigido aquella junta, con el apoyo de la influencia de esta hubiera compuesto y gobernado el parlamento, y con el auxilio de este último hubiera consagrado y perpetuado la junta: era una cadena sin fin. El grito fué extraordinario, en términos que el rey tomó la cosa como un negocio personal. Pidió el parecer, y se dirigió á sus propios amigos que en la cámara de los Pares le eran adictos de todo corazon, presentando el negocio como un obgeto que atacaba su propia existencia. Mr. Fox zozobró y se vió precisado á dejar el ministerio.

Mr. Pitt manifestó en apariencia mas moderacion, y fué mas astuto; contentóse

con su bill, de poner la compañía en tutela, sometió todas sus operaciones á una junta encargada de revisarlas y poner el Vº. Bº.; dejó á la compañía el nombramiento de todos los empleados, pero reservó á la corona el del gobernador general y el *veto* en todas las demas. Esta junta nombrada por el rey, formaba un nuevo ramo en el ministerio. Todavía hubo muchas reclamaciones contra la influencia inmensa que esta medida iba á añadir á la autoridad real; y que, decian, debia infaliblemente trastornar el equilibrio constitucional. Se habia reprochado á Fox de haber querido conservar esta influencia enteramente separada del rey, y luego se acusaba á Pitt de haberle puesto enteramente en manos de este: todo lo que el uno habia querido hacer por el pueblo, el otro lo hizo por el monarca; y en efecto estos dos carácteres distintos, estos dos inconve-

nientes opuestos formaban toda la diferencia entre ambos *bills* : en la realidad fué una batalla decisiva entre los Torys y los Wights ; Pitt venció y los Torys triunfaron.

Los vicios del *bill* de Fox todavía son hipotéticos pues no se ha puesto en egecucion ; pero los inconvenientes previstos del de Pitt se han cumplido exactamente : se ha roto el equilibrio de los poderes, y la verdadera constitucion inglesa há dejado de existir ; la autoridad real, diariamente aumentada todo, lo ha invadido, y hoy en dia marcha sin el menor obstáculo por la gran senda de la arbitrariedad y absolutismo.

Los ministros con una mayoría que han creádo, disponen del parlamento, el cual perpetua sus poderes y legalizá sus violencias. ¡ Asi la libertad inglésa diariamente se vé mas esclavizada en el nombre y por las mismas formas que de-

berian defenderla ; y los tiempos venideros se presentan sin remedio ó amenazados de las mayores desgracias ! ¿ Acaso el plan de Fox hubiera podido producir resultados mas funestos ? pues en efecto las alteraciones de la constitucion inglesa han venido de la India ¿ Acaso el peso que Fox queria poner del lado popular hubiera podido ser tan infausto para la libertad , como el con que Pitt ha sobrecargado la prerrogativa real ?

Por ello, en el dia muchos hombres dicen osadamente, que Fox tenia razon, que era mucho mas prudente y no podia ser tan perjudicial como su rival.

Al hablar de Pitt y Fox, el Emperador se detuvo largamente sobre su carácter su sistema y sus acciones ; y concluyó repitiendo lo que ha dicho mas de una vez : « M. Pitt ha sido el amo de toda la »política Europea ; tuvo en sus manos la

»suerte moral de los pueblos, pero hizo
»mal uso de su influencia; incendió el
»universo, y se escribirá en la historia co-
»mo Erostrates entre llamas, sentimien-
»tos y lágrimas!.... Desde luego las pri-
»meras chispas de nuestra revolucion,
»despues todas las resistencias á la vo-
»luntad nacional, y al último todos los
»crímenes horrorosos que se siguieron,
»son obra suya. Todo el incendio uni-
»versal de veinte y cinco años; estas
»numerosas coaliciones que lo han ali-
»mentado; el trastorno y devastacion de
»la Europa; los torrentes de sangre de
»los pueblos que han sido su consecuen-
»cia; la espantosa deuda de la Inglater-
»ra que ha pagado todos estos horrores;
»el sistema pestilencial de los empréssti-
»tos, bajo el cual los pueblos gimen
»oprimidos, y la estrechez universal del
»dia, todo, todo es obra suya. La posteridad
»le reconocerá; le señalará como un

»verdadero azote de la humanidad : este »hombre tan preconizado por sus con»temporáneos, algun dia solo se le con»siderará como el genio del mal; no di»go esto porque yo le crea un hombre »atroz, ni tampoco dudo que abrase con »un pleno convencimiento de que hacia »un bien : pero *la Saint Barthelemi* tam»bien tuvo sus convencidos; el Papa y »los cardenales cantaron un *Te Deum* »para celebrarla, y seguramente que en»tre toda aquella buena gente habia al»gunos de buena fé. ¡ Hé aqui los hom»bres, su razon y sus juicios! Pero lo »que principalmente la posteridad repro»chará á Pitt, será la horrorosa escuela »que ha dejado á sus succesores; el ma»quiavelismo insolente de sus principios, »su profunda inmoralidad su frio egois»mo y su desprecio por la suerte de los »hombres y la justicia de las cosas.

»Como quiera que sea, por admiracion

»real ó puro reconocimiento, ó aun aca-
»so por simple instinto y simpatía, Mr.
»Pitt ha sido y es el hombre de la aris-
»tocrácia europea; efectivamente, se vió
»en él un Syla. Su sistema poporcionó
»la esclavitud de la causa popular y el
»triunfo de los patricios. En cuanto á
»Fox, no tiene modelo entre los antiguos;
»solo él podrá servir de tal, y su esçue-
»la tarde ó temprano gobernará el mun-
»do.»

El Emperador, se extendió mucho sobre Fox, no cansándose de repetir que estaba prendado de su sistema, y que lo habia apreciado mucho; antes de conocerle personalmente habia colocado su busto en la Malmaison; y concluyó repitiendo lo que varias veces ha dicho: «Seguramente la muerte de Fox fué una
»de las fatalidades de mi carrera; si hu-
»biese vivido, los negocios hubieran to-
»mado un sesgo muy diferentes, la cau-

»sa de los pueblos habria triunfado, y
»hubiéramos establecido un nuevo orden
»de cosas en Europa.

Volviendo luego á la compañía de Indias, dijo, que era un gran problema, el monopolio de una compañía ó la libertad del comercio para todos. «Una »compañía, añadia, ponia ventajas in»mensas en manos de algunos individuos »que pueden muy bien hacer su negocio »privativo sin acordarse siquiera de los »de la masa; por ello, toda compañía »pronto degenerará en oligárquia, sien»do amiga del poder y pronta á prestarle »socorros; bajo este aspecto, todas las »compañías estan fundadas bajo el siste»ma de los tiempos antiguos. El comer»cio libre muy al contrario corresponde »á todas las clases, agita todas las ima»ginaciones y pone en movimiento un »pueblo entero; es enteramente idéntico »con la igualdad, conduciendo natural-

»mente á la independencia; y por consi-
»guiente es mas adaptado á nuestro sis-
»tema moderno.

»Despues del tratado de Amiens, que »volvia á la Francia sus posesiones de la »India, he hecho discutir, ante mí, larga- »mente y á fondo este gran problema; »escuché hombres de comercio y hom- »bres de estado, y me decidí por el »comercio libre desechando las compa- »ñías.»

De ai pasó á varios puntos de economía política consagrados por Smith en su *riqueza de las naciones*. Reconocia los verdaderos principios, pero probaba su falsedad en la aplicacion y concluia, diciendo: «En otro tiempo no se conocia »mas que una propiedad que era la tier- »ra; en el dia se ha presentado otra nue- »va, cual es la industria, rival de la pri- »mera; y luego una tercera que proce- »diendo de las enormes contribuciones

»que se perciben del pueblo, las cuales
»distribuidas por las manos neutras é
»imparciales del gobierno, puedeu precaver
»ver el monopolio de las otras dos, servirles
»virles de equilibrio. é impedirlas de
»hostilizarse.» Esta grande lucha de nuestros dias la llamaba la guerra de los *eampos* contra los *escritorios*, de las *Almenas* contra los *Talleres*.

»Si se busea la causa de las grandes
»necedades que se cometen en el dia,
»exponiéndose á tantos trastornos, decia,
»se verá que proviene de no haber que-
»rido reconocer esta grande revolucion
»en la propiedad, y obstinádose en tener
»los ojos cerrados á la luz de semejantes
»verdades. El mundo ha experimentado
»una gran mudanza, y procura fijarse
»de una manera estable; hé aqui en dos
»palabras toda la clase de agitacion uni-
»versal que nos atormenta. Se ha sacado
»el navio del puerto, se ha removido el

»lastre que lo mantenia en equilibrio, y »de ahí han dimanado estas furiosas os»cilaciones, que á la primera tempestad »pueden acarrear un naufragio si se obs»tinan á querer navegar sin haber obte»nido un nuevo equilibrio.»

Este dia fué muy apreciable para mi Diario, pues ademas de los obgetos que acabo de transcribir, se habló de muchos mas. Hablando de las Indias y de la compañía inglesa se mentó á Mr. Suffren. El Emperador no le conocia exactamente, solo sabia de una manera confusa que habia hecho servicios muy distinguidos, y por este solo sentimiento Napoleon habia hecho muchas concesiones á su familia. Me preguntó sobre este particular. Como yo no le habia conocido, solo podia darle tradiciones del cuerpo. La voz general entre nosotros en la marina, preconizaba que Mr. Suffren era el único hombre que desde Luis XIV

pudiese compararse á los grandes marinos de nuestra bella época naval.

Mr. de Suffren tenia ingenio, creacion, mucho ardor, una noble ambicion, y un carácter de bronce; en una palabra, era uno de aquellos hombres que la naturaleza produce aptos para todo. He oido decir á algunos hombres sensatos y muy hábiles, que su muerte en 1789 podia considerarse como una calamidad nacional; que admitido en el consejo del rey en la crísis de aquel momento, era hombre capaz de dar un nuevo sesgo á los negocios públicos. Mr. de Suffren, muy duro y extravagante, egoista hasta el extremo y mal compañero, nadie le queria, pero era generalmente apreciado y admirado.

Era un hombre con quien nadie podia vivir, y sobre todo muy dificil de mandar; obedecia poco, todo lo criticaba, declamaba sin cesar sobre la inutilidad

de la táctica, y en caso necesario se presentaba como el mejor táctico. Lo mismo era en todo, pudiendo decirse que en él se veia personificada la inquietud y el mal humor del ingenio y de la ambicion, que no puede obrar con toda libertad.

Habiéndosele dado el mando de la escuadra de la India, se presentó al rey para despedirse, y como un portero de cámara se esmerase en hacerle abrir el paso entre la mucha gente que habia, para que pudiese llegar hasta el soberano; «doy á Vm. gracias en este momen»to, dijo al portero, regruñendo como »acostumbraba; pero á mi regreso Vm. »verá que yo mismo sabré hacerme lu»gar, » y cumplió su palabra.

En cuanto llegó á la India abrió un nuevo teatro á nuestras armas; hizo prodigios que quizás no se han apreciado bastante en Europa; puso en práctica costumbres y actos de mandos descono-

cidos hasta entonces, tomándolo todo sobre sí, emprendia, imaginaba, preveia todo, degradaba sus capitanes en caso necesario, nombraba oficiales, equipaba y hacia combatir buques abandonados ya de mucho tiempo; encontraba un invernadero en los mismos puertos de la India, cuando la práctica habia establecido que fuesen á buscarse á la isla de Francia, que está distante de 1,200 á 1,500 leguas; en fin se le vió poniendo en práctica el sistema de nuestros dias, acercarse de la corte, embarcar los soldados que la víspera habian combatido al enemigo, ir con ellos á batir la escuadra inglesa, y volverlos al dia siguiente á su campamento para que pudiesen pelear de nuevo. Por ello nuestro pabellon tomó repentinamente una superioridad que derrotó al enemigo. «¡Ah! exclamó el Emperador, ¡por qué este hombre no vivió hasta mis dias, ó

»por qué no encontré otro de su caletre!
»¡Yo hubiera hecho de él nuestro Nel-
»son, y los negocios hubieran toma-
»do un rumbo diferente! Pero perdí
»mi tiempo inútilmente en busca del
»hombre de la marina, sin haber podido
»encontrarle. En esta carrera hay una
»especialidad, una ciencia técnica que
»paralizaba todos mis conceptos. En
»cuanto proponia una idea nueva, al ins-
»tante se me encajaba encima Gan-
»theaume y toda la seccion marina. —
»Señor, esto no puede ser.—¿Y por qué?
»— Senor, los vientos no lo permiten,
»y ademas las calmas, las corrientes...,
»y cáteme Vm. aqui sin tener que con-
»testar; pues es imposible continuar la
»discusion con unos hombres, cuyo idio-
»ma no entendemos. ¡Cuantas veces en
»el consejo de estado les he reprochado
»que abusaban de esta circunstancia!
»cualesquiera que les oiga creerá que

»para entender algo en la marina es ne-
»cesario haber nacido con el trasero en
»en el agua. Varias veces les dije que
»esto se equivocaban, pues solo con que
»yo hubiese hecho con ellos una sola vez
»el viage de la India, me hubiera obli-
»gado á ser tan familiar á mi regreso con
»su táctica como en mis campos de ba-
»talla, pero ellos no lo querian creer,
»repitiendo siempre que no se podia ser
»buen marino si no se empezaba la car-
»rera desde la cuna; y sobre este parti-
»cular me condujeron á hacer una ac-
»cion que todavía me pesa en el corazon:
»cual fué el alistamiento de varios milla-
»res de muchachos de seis á ocho años.

»Por mas que me resistí fué preciso
»ceder á su unanimidad; previniéndoles
»sin embargo que yo me lavaba las ma-
»nos, y lo dejaba el cargo de su concien-
»cia. ¿Qué resultó? Que el público mur-
»muró, declamó altamente, y nos ca hrió

»de ridículo, calificando la operacion de »un sacrificio de inocentes. Cata ahí que »posteriormente de Winter, Verhuel, »todos los marinos del norte y otros mu- »chos vinieron á decirme y sostuvieron »que diez y ocho ó veinte años, edad de »la conscripcion no son demasiados para »empezar á ser marinero; los dinamar- »queses y suecos emplean sus soldados »en la marina; entre los rusos la flota no »es mas que una porcion del egército »principal, lo que le dá la inapreciable »ventaja de tenerla permanente y á dos »obgetos.

»Yo mismo habia imaginado alguna »cosa semejante, creando mis tripula- »ciones de alto bordo; ¡pero cuantos »obstáculos encontré! ¡cuantas preocu- »paciones debí vencer! ¡cuanta energía »me ví en la precision de emplear para »llegar á dar un uniforme á aquellos po- »bres marineros, organizarlos en regi-

»mientos, y enseñarles el egercicio! To-»do lo hechaba á perder, decian, y con »todo, ¡de cuanta utilidad han sido! »¡Qué idea mas feliz que la de tener dos »servicios! con una sola paga han sido »excelentes marineros, y mejores solda-»dos: en caso necesario han hecho el »servicio de marineros, soldados, arti-»lleros, y en una palabra de todo. Si »en la marina en vez de encontrar obs-»táculos, hubiese dado con un hombre »capaz de seguir mi sistema y adelantar »mis ideas, ¿quien puede calcular los »resultados que hubiéramos obtenido? »Pero bajo mi reinado nunca ha podido »formarse un hombre, que desviándose »de la senda trillada, tuviese un ingenio »creador. Yo he amado particularmente »á los marinos, estimaba su valor y pa-»triotismo, pero nunca pude encontrar »entre ellos y yo un intermediario que »supiese ponerlos en movimiento y ha-»cerlos adelantar, etc. etc. »

Organizacion imperial; prefectos; auditores del consejo de estado; motivos de los grandes emolumentos; intenciones futuras, etc. etc.

7. — Hablando Napoleon de su organizaciòn imperial, decia que habia formado el gobierno mas compacto, mas rápido en su circulacion, mas nervioso que jamas hubiese existido: « Todo esto » se necesitaba para poder triunfar de las » inmensas dificultades que nos rodean y » producir todas las maravillas que he» mos egecutado: la organizacion de las » prefecturas, su accion y resultados eran » admirables y prodigiosos. Igual impul» so se habia dado al mismo tiempo á » cuarenta millones de hombres, y con el » apoyo de estos centros de equidad local, » el movimiento era tan rápido en to» dos los extremos como en el mismo » centro.

« Maravillábanse los extrangeros que »venian á visitarnos y sabian juzgar: y »todos estos prodigiosos esfuerzos é in- »mensos resultados, que confesaban no »haber podido comprender hasta enton- »ces, los atribuian principalmente á la »uniformidad de accion en un terreno »tan vasto.

» Los prefectos con toda la autoridad »y los recursos locales que tenian á su »disposicion, eran ellos mismos unos »*emperadores en miniatura*, y como no »tenian mas fuerza que la que les comu- »nicaba la impulsion primera que les era »extraña, que toda su influencia deriva- »ba solo de su empleo momentáneo, sin »tener ninguna personal, que no eran »naturales del suelo que gobernaban, »tenian todas las ventajas de los antiguos »grandes agentes absolutos, sin ninguno »de sus inconvenientes. Habia sido ne- »cesario crearles todo este poder, decia

»el Emperador; me hallé Dictador por-
»que la fuerza de las circunstancias así
»lo exigía; era pues necesario que todos
»los resortes que emanaban de mí se en-
»contrasen en armonía con la causa pri-
»mera, bajo pena de errar el resultado.
»La red gobernante con que yo cubria el
»suelo, requeria una extraordinaria ten-
»sion, una prodigiosa fuerza de elasti-
»cidad, si se queria poder rechazar á lo
»lejos los terribles golpes que nos ases-
»taban sin cesar. Por ello la mayor parte
»de estos resortes, en mi imaginacion no
»eran mas que unas instituciones de dic-
»tadura ó armas de guerra. Cuando hu-
»biese llegado la época para mi de aflo-
»jar las riendas de la máquina, todos mis
»resortes tambien se hubieran simpáti-
»camente aflojado, y entonces hubiéra-
»mos procedido á nuestro establecimien-
»to de paz y á nuestras instituciones lo-
»cales. Si no tuvimos ninguna, es porque

»la crisis no las permitia: desde luego hu-
»biéramos sucumbido infaliblemente si
»las hubiésemos tenido desde el princi-
»pio; y ademas debemos confesar que
»nuestras cabezas no estaban bastante
»maduras para hacer buen uso de seme-
»jantes instituciones. Seria un error el
»creer que la nacion estubiese ya en es-
»tado de manejar dignamente su liber-
»tad: la masa tenia todavía en la educa-
»cion y el carácter demasiadas preocu-
»paciones de los tiempos antiguos: esto
»hubiera venido con el tiempo, porque
»diariamente nos íbamos formando, pe-
»ro todavía estábamos muy atrasados.
»Cuando estalló la revolucion, los patrio-
»tas en general se hallaron serlo por
»naturaleza é instinto; este sentimiento
»era innato en su sangre; degeneró en
»pasion y frenesí, y de ahí dimanó la efer-
»vescencia, los excesos y la exageracion
»de aquella época. No se puede natura-

»lizar el sistema moderno á martillazos, »y por sorpresa es necesario inculcarlo »en la educacion y que sus raíces se en»trelacen con la razon y la conviccion »íntima, lo que infaliblemente debe su»ceder con el tiempo porque se apoya en »verdades naturales. ¡Pero los que com»ponian las generaciones de nuestros »dias eran naturalmente tan domina»dores, tan ávidos del poder, lo eger»cian con tanta importancia, para no »decir mas, y al mismo tiempo se halla»ban por otro lado tan prontos á prestarse »á la servidumbre!.... Siempre estába»mos entre estos dos vicios. En todos »mis viages continuamente me veia en »la precision de decir á mis oficiales que »estaban á mi lado: dejen Vms. hablar »al señor prefecto. Si iba á alguna sub»division del departamento, era al pre»fecto á quien debia reprimirle para que »dejara hablar al suprefecto, ó al alcalde;

»¡tal era el prurito que todos tenian de »oscurecer al vecino, haciéndose muy »poco cargo del bien que podia resultar »de una conversacion directa conmigo! »Si mandaba mis grandes oficiales ó mi- »nistros á presidir las juntas electorales, »encargándoles que no se hiciesen nom- »brar miembros del Senado, pues este »destino lo tenian seguro por otro cami- »no, y que era menester dejar esta satis- »faccion á los notables de las provincias, »no por esto dejaban de venir nombra- »dos.» Y esto me recuerda que en aquel tiempo un ministro (Decres) me contaba que habia tenido una pelotera con el Emperador, precisamente sobre este asunto. Le reñia por su nombramiento. «Pero, Señor, le respondia chistosa- »mente, vuestra influencia es mas pode- »rosa que vuestra voluntad; por mas que »yo diga que no quiero, que esto disgus- »ta á V. M.; que quereis que se reserven

»estos nombramientos entre ellos, no »conocen sino vuestra eleccion y me »nombrarán de nuevo cuantas veces me »mandeis allá.»

«Habia señalado unos sueldos enor»mes á los prefectos y otros funciona»rios, decia aun el Emperador; pero por »lo tocante á estas prodigalidades, seria »necesario saber distinguir lo que es sis»tema y circunstancias. Estas, me preci»saban á dar unos sueldos colosales, y el »otro me hubiera conducido á obtener»los gratuitamente. En el origen, cuan»do se trataba de atar los individuos, »componer de nuevo una sociedad y cos»tumbres á proporcion, eran indispensa»bles unos sueldos enormes, ó por mejor »decir, una verdadera riqueza; pero una »vez obtenido el resultado y cuando con »el tiempo hubiera todo vuelto á entrar »en el orden, mi intencion hubiera sido »que todas las altas funciones, hubiesen

»sido casi gratuitas. Hubiera separado »los indigentes, que nunca son dueños »de sí mismos, cuyas necesidades ur»gentes, crean la inmoralidad política, y »hubiera conducido gradualmente la »opinion á solicitar estos émpleos por »mera consideracion; hubieran llegado á »ser unas honrosas magistraturas, unos »tribunales de paz inmensos, desempe»ñados por hombres muy ricos, en quie»nes la vocacion, la filantropía y una »ambicion honrada, hubieran sido los »primeros móviles y la garantía de una »noble independencia. Y esto es lo que »compone real y verdadaramente la dig»nidad, la magestad de una nacion, lo »que realza su fama, y establece la mo»ral pública: y bajo este aspecto, nues»tra mudanza de costumbres era una ne»cesidad indispensable, y el desprecio »de los empleos hubiera sido la señal »evidente de nuestro restablecimiento á

»la sana moral. Aqui me han dicho que »esta ansia de empleos pasó el mar pa»ra corromper á nuestros vecinos, pues »entre los antiguos ingleses los despre»ciaban. Véase si nadie los anhela en los »Estados Unidos: esta pasion en un pue»blo es el mayor golpe que se puede dar »á la moralidad; porque cuando se quie»ren decididamente empleos, ya se ha »calculado de antémano el precio de la »corrupcion. En el dia los principales »personages de Inglaterra corren en pos »de ellos; las familias ilustres y todos los »pares los codician, y se excusan dicien»do, que la enormidad de las contribu»ciones ya no les permite vivir sin un »sueldo. ¡Excusa miserable! Digan que »la moral pública ha padecido mas des»calabro que su hacienda. Cuando cierta »clase de la nacion ha llegado al extremo »de solicitar empleos por el dinero, ya »no hay verdadera independencia, no-

»bleza ni dignidad de carácter. Nuestra »excusa en Francia, podia fundarse en »los trastornos y conmociones de nues- »tra revolucion; cada cual habia salido »de su esfera, cada cual sentia en sí la »necesidad de fijarse de nuevo; y para »ayudar á esta necesidad general y para »que los sentimientos delicados recibie- »sen la menor alteracion posible, creí »deber dar á todos los empleos tanto di- »nero, lustre y consideracion; pero con »el tiempo todo lo hubiera cambiado, »con solo la fuerza de la opinion. Y »que no se crea que la cosa es imposible, »porque todo es facil á la influencia del »poder, cuando dirige sus miras en un »sentido justo, honrado y bello, etc.

»Yo preparaba para mi hijo una si- »tuacion de las mas felices. Formaba »precisamente para él, en la escuela »moderna, la numerosa clase de los »auditores del consejo de estado. Aca-

»bada la educacion de estos, y llegados
»á una edad madura, hubieran ocupado
»todos los empleos del imperio; fuertes
»con nuestros principios y los egemplos
»de sus predecesores, todos se hubieran
»encontrado con doce ó quince años
»mas que mi hijo, lo que le hubiera
»colocado precisamente entre dos gene-
»raciones y todas sus ventajas: la madu-
»rez, la experiencia, y la sabiduría de
»un lado, y del otro la juventud, la ce-
»leridad y la sutileza.» Como yo me ad-
mirase de que no hubiese dado á conocer
nada de estas grandes y bellas instruc-
ciones: «¿De qué me hubiera servido
»el charlar sobre esto? me dijo; me
»hubieran tomado por un charlatan,
»sospechándome de insinuacion y artifi-
»cio; se hubieran familiarizado á dispu-
»tarme, y habria caido en un descrédito.
»Situado como me hallaba, sin la anti-
»güedad hereditaria de la antigua tradi-

»cion, privado del prestigio de lo que »llaman legitimidad, no debia permitir »una ocasion de entrar en disputa con»migo, debia ser lacónico, imperioso y »decisivo. Vm. me dice, que en su bar»rio decian de mí: *¡por qué no es legiti»mo!* Si lo hubiese sido seguramente »que no hubiera hecho mas, pero enton»ces me habria sido permitido ser mas »bondadoso, etc. etc.»

Guerra en los caminos reales. — Dumouriez mas audaz que Napoleon. — Detalles sobre la princesa Carlota de Gales; el principe Leopoldo de Sajonia Cobourg, etc.

10 — Desde algunos dias que el Emperador se ocupaba en sus lecturas de guerra, artillería, fortificaciones, etc. Recorrió Vauban, el diccionario de Gassendi, algunas campañas de la revolu-

cion y la táctica de Guibert, que le llamó mucho la atencion. Y volviendo sobre sus generales ya citados varias veces, en otras partes: «No sabian hacer la guer»ra, decia, sino en los caminos reales, »y á un tiro de bala, cuando su campo »de batalla hubiera debido ocupar todo »el pais.»

Durante la comida habló de la campaña de Dumouriez en Champaña, que acababa de leer. Hacia poco caso del duque de Brunswich, que con pretexto ofensivo no habia hecho mas que diez y ocho leguas en cuarenta dias: pero de otra parte criticaba mucho á Dumouriez, cuya posicion le parecia demasiado atrevida. «Y dicho esto por mí, debe estimarse »en mucho, añadió, pues en materia de »guerra me considero como el hombre »mas audaz que acaso haya existido; y »seguramente que no hubiera permane»cido en la posicion de Dumouriez, por

»lo mucho que me parece ariesgada. No
»puedo hacerme cargo de su evolucion
»sino creyendo que no se atreveria á re-
»tirarse, pues juzgaria aun mas peligros
»en la retirada que permaneciendo en su
»posicion. Welington el dia de Waterloo
»se habia puesto en el mismo caso con-
»migo.

»Los franceses son los mas valientes
»que se conocen; en cualquiera posicion
»que se les ataque, se batirán; pero no
»saben retirarse ante un enemigo victo-
»rioso: si experimentan la menor des-
»gracia, ya no tienen asiento ni discipli-
»na, se escurren sin sentirse. Hé aqui
»supongo el cálculo que haria Dumou-
»riez, etc.; ó acaso alguna negociacion
»secreta que ignoramos.»

Algunos papeles públicos que nos procuraron hablaban del casamiento del príncipe Leopoldo de Sajonia Cobourg con la princesa Carlota de Gales.

El Emperador dijo: « este príncipe »Leopoldo quiso ser mi edecan: me lo »pidió con mucho empeño, y yo no sé »qué motivo impediria su nombramien»to. Ha tenido una gran fortuna de no »haberlo conseguido: èste título indu»dablemente le habria costado el casa»miento que hace ahora; ¡ y luego què »vengan á decirnos lo que es felicidad ó »desgracia en la vida de los hombres!..»

La conversacion se entabló entonces sobre la princesa Carlota de Inglaterra. Uno decia que era muy popular en Londres, y daba señales nada equívocas de mucho carácter. Era un adagio entre muchos ingleses que esta princesa sería otra Elisabet, y aun se cree que ella misma no deja de tener algunas ideas sobre este particular. El narrador añadia haberse hablado en Londres en 1814, precisamente cuando esta princesa á consecuencia de los ultrages que se hicieron

á su madre en presencia de los soberanos aliados, se habia escapado de la casa del príncipe regente su padre, metídose en el primer coche público que encontró en la calle, y volado á la casa de su madre que idolatraba. La gravedad inglesa se mostró indulgente en aquella ocasion, escusando generalmente una inconsecuencia tan grave en la misma moralidad del efecto que la habia causado. La princesa no queria dejar á su madre; fué necesario que el duque de York ú otro tio suyo, y acaso tambien el gran canciller de Inglaterra, fuesen á decidirla para que volviese á la casa de su padre, manifestándola qne su obstinacion podia exponer á su madre hasta el punto de poner su vida en peligro.

La princesa Carlota ya habia dado pruebas de un carácter muy decidido, negándose á casarse con el príncipe de Orange, que desechó principalmente,

porque se habia visto precisado á vivir algunas veces fuera de Inglaterra: sentimiento nacional que aun aumentó el cariño que los ingleses la profesaban.

No se ha fijado en el príncipe Leopoldo de Sajonia Cobourg, nos decian los ingleses que se encontraban en Santa Helena, sino por su propia eleccion, y ha dicho públicamente, añadian, que se prometia una vida feliz, porque no habia tenido otra guia que su corazon. Este príncipe parece que la gustó mucho. «Yo »lo creo sin ninguna dificultad, dijo el »Emperador; pues si mal no me acuerdo »es el mejor mozo que he visto en Tui»lerias.» Nos contaron que los ingleses de Santa Helena dieron una prueba del carácter y dignidad de su futura soberana. Uno de los ministros habiendo ido á su aposento para arreglar ciertos detalles interiores, cuando se iba á verificar el casamiento la dió á entender ciertas

proposiciones que ella miró como poco dignas de su alto carácter. « Milord, le »dijo con arrogancia, soy la heredera »de la Gran Bretaña, sé que un dia debo »reinar, y mi alma se ha identificado »con este elevado destino; por ello no »creais poderme tratar diferentemente, »ni os imagineis que casándome con el »príncipe Leopoldo, que jamas pueda »ni quiera ser *Mistrip Cobourg* : borrad »esta idea de vuestra imaginacion, etc.»

Esta princesa, aunque jóven, es el ídolo de los ingleses que se deleitan en ver en ella la esperanza de un mejor porvenir.

Volviendo el Emperador á hablar del príncipe Leopoldo, que debió haber sido su edecan, dijo : « Una multitud de »príncipes alemanes solicitaban la mis»ma gracia. Cuando creé la confedera»cion del Rhin, los soberanos que ha»cian parte de ella se persuadieron que

»yo estaria pronto á renovar en mi per»sona la etiqueta y las formas del santo »imperio romano; y todos, hasta los »mismos reyes, se manifestaron muy »deseosos de formar mi séquito, siendo »el uno mi copero mayor, el otro mi »panetero mayor, etc. En aquel tiempo »los príncipes alemanes habian realmen»te invadido el palacio de Tuilerias; lle»nando los salones modestamente con»fundidos entre mis oficiales. Verdad es »que lo mismo sucedia con los italia»nos, españoles, portugueses, y que la »mayor parte de la Europa se encontra»ba reunida en las Tuilerias!... ¡Lo cierto »es, concluyó el Emperador, que bajo »mi reinado la ciudad de Paris ha sido »la reina de las naciones, y la Francia »el primer pueblo del universo!...

Varios obgetos muy importantes. — Negociacion de Amiens; primer acto diplomático del primer Consul. — De la reunion de los pueblos de Europa. — De la conquista de España. — Peligro de la Rusia. — Bernadotte.

11. — El Emperador no salió de su cuarto, y casi todo el dia estube con él hasta la hora de comer.

Las conversaciones fueron prolongadas y de las mas interesantes; estaba en disposicion de hablar mucho, y sus palabras eran fluidas y rápidas: tocó una multitud de obgetos, muchos de ellos muy extraños, bien que traidos naturalmente por la conversacion. Dijo muchas cosas y emitió nuevas ideas para mí, pero desgraciadamente fueron tantas y de tal importancia, que muchas de ellas se me han olvidado; y quisiera p-

afirmar que soy liberal en lo demas; pues mi grande ocupacion en conservar en la memoria lo que acababa de decir, muchas veces me distraia de lo que iba diciendo.

Hablando de los elementos de la sociedad, decia; « la *demorrácia* puede ser furiosa, pero tiene entrañas y se la con mueve; la *aristocrácia* siempre conserva su frialdad, y no perdona nunca. etc.»

En otro momento, despues de varios antecedentes, dijo: « Todas las instituciones de este mundo deben mirarse bajo dos puntos de vista: el de sus ventajas y el de sus inconvenientes; por egemplo se puede sostener y combatir la *monarquia* y la *república*. Es indudable que en teoria se puede probar facilmente que ambas son igualmente buenas y muy buenas; pero en la aplicacion no es tan facil. » Y esto le conducia á decir que la línea extrema del gobierno

de muchos, era la anarquía, y la del gobierno de uno solo el despotismo; que lo mejor seria indudablemente un justo medio si fuese dado á la sabiduria humana poder mantenerse en él: y notaba que estas verdades ya se habian hecho muy comunes sin acarrear ningun beneficio, pues se habian escrito sobre este particular un sin número de volúmenes, y aun se escribirian otros tantos sin encontrarse por esto mucho mejor, etc.

Despues dijo tambien: «No hay despotismo absoluto, y si solo relativo, un hombre no podria absolver impunemente las facultades de otro. Si un sultan manda cortar cabezas á su antojo, pierde facilmente la suya; de la misma manera es necesario que el exceso se perjudique de un lado á otro; lo que el Océano invade en una parte lo pierde en otra; y ademas las costumbres tienen ciertos usos contra los cuales viene

»á estallar todo el poder. Yo en Egipto, »conquistador, dueño absoluto, imponiendo leyes á la poblacion, con una »simple orden del dia no me hubiera »atrevido á hacer registrar las casas, ni »hubiera tenido bastante poder para im»pedir á los habitantes de hablar libre»mente en los cafés. En ellos eran mas »libres, mas habladores, mas indepen»dientes que en Paris: se sometian á »ser esclavos de todas partes, pero que»rian ser libres en los cafés. Estas reu»niones eran la ciudadela de sus franqui»cias, el mercado de sus opiniones: allí »declamaban y juzgaban con toda osadía, »y nadie hubiera podido conseguir cer»rarles la boca. Si alguna vez me suce»dia entrar en algun café, es cierto que »se inclinaban ante mí, pero esto era »únicamente un acto de estimacion per»sonal, pues yo era el único, y no lo »hubieran hecho por ninguno de mis »lugar tenientes etc.

»Como quiera que sea, decia en segui-
»da de varios objetos: hé aqui el poder
»de la ciudad y de la concentracion;
»estos son hechos capaces de llamar la
»atencion hasta del último hombre del
»vulgo. La Francia entregada á los vai-
»venes de muchos, iba á perecer bajo el
»peso de la Europa reunida; puso el
»timon en manos de uno solo, y al ins-
»tante, yo primer Consul, impuse la ley
»á toda la Europa.

»Fué un espectáculo muy singular el
»ver los antiguos gabinetes de Europa
»no saber apreciar la importancia de
»semejante mudanza, y continuar con-
»duciéndose con la unidad y la concen-
»tracion, como lo habian hecho con la
»multitud y el esparramamiento. No es
»menos notable que Paulo, que pasaba
»por un loco, fué el primero que desde
»el fondo de su Rusia supo apreciar esta
»diferencia; al paso que el ministerio

»ingles, reputado tan hábil y experimen-
»tado, fué el último. *Dejo á un lado las*
»*abstracciones de vuestra revolucion*, me
»escribia Paulo, *y me atengo á un solo*
»*hecho, que para mi basta; á mis ojos sois*
»*un gobernador y os hablo porque podemos*
»*entendernos y puedo tratar.*

»En cuanto al ministerio ingles, me
»fué necesario vencer y obligar á hacer
»la paz en todas partes, aislarlo absolu-
»tamente del resto de la Europa para
»conseguir que me escuchasen; y toda-
»vía no entró en conferencias conmigo,
»sino arrastrándose en los surcos del
»antiguo sistema. Trataba de entrete-
»nerme con dilaciones, protocolos, for-
»mas, etiquetas, antecedentes, inciden-
»tes, ¡ qué se yo! al cabo merecí; me
»hallaba con tanto poder !!!

»Un terreno nuevo exigia un modo de
»obrar enteramente nuevo; pero los ne-
»gociadores ingleses parecia que olvida-

»ban el tiempo, los hombres y las cosas:
»y por lo mismo mi carácter les descon-
»certó enteramente. Dí principio con
»ellos en diplomácia, de la misma ma-
»nera que lo habia hecho en otras partes
»con las armas. Desde luego les dije,
»hé aqui mis proposiciones; somos due-
»ños de la Holanda y de la Suiza, las
»abandono en cambio de las restitucio-
»nes que debereis hacernos á nosotros ó
»á nuestros aliados; somos tambien due-
»ños de la Italia, abandono una parte
»de ella, conservando la otra á fin de
»poder dirigir y asegurar la existencia y
»duracion de todo: estas son mis bases.
»Ahora edificad en torno cuanto os diere
»la gana, nada me importa; pero el pun-
»to de vista y el resultado deben quedar-
»se cual lo he propuesto, bien entendido
»que no quiero cambiar nada. No pre-
»tendo compraros concesiones, sino to-
»mar disposiciones razonables, honorí-

»ficas y duraderas; hé aqui mis límites.
»Vms. segun veo, no se hacen cargo de
»nuestra situacion, ni de nuestros me-
»dios respectivos; yo no temo su nega-
»tiva, ni sus esfuerzos ni todos los estor-
»bos que pudiera crearme; tengo los
»brazos fuertes y no me pesa servir-
»me de ellos.

«Este idioma inusitado, continuaba el
»Emperador, produjo su efecto; su ob-
»geto no habia sido otro que contenernos
»en Amiens, pero trataron sériamente.
»No sabiendo por donde cogerme me
»ofrecieron hacerme rey de Francia. Me
»encogí de hombros, de lástima, ¡pobre
»gente! Se dirigian á buena parte.....,
»rey, por la gracia del extrangero.....
»¡Yo que ya era soberano por la voluntad
»del pueblo!.....

»Tal era el ascendiente que habia ad-
»quirido durante las mismas negociacio-
»nes, que hice que los italianos me nom-

»brasen presidente de su república, y que »este acto que en la diplomácia ordinaria »de Europa hubiera procurado tantos »incidentes, no interrumpió ni detuvo »nada; no por esto dejó de concluirse: »tan bien me habia servido mi adusta »franqueza, y mucho mejor que hubie- »ran podido hacerlo todas las tacañerías »acostumbradas. Muchos libelos y ótros »tantos manifiestos nada mejores me han »acusado de perfidia, de falta de fé y »palabra en mis negociaciones: nunca lo »merecí y si siempre los demas gabinetes.

»Ademas en Amiens creí buenamen- »te ver fijada la suerte de la Francia, la »de la Europa y la mia, y acabada la »guerra. El gabinete ingles es él que »volvió á encender la hoguera, á él solo »debe la Europa todos los desastres que »han sucedido; solo él es el responsable; »yo iba á dedicarme únicamente á la ad- »ministracion interior de la Francia, y

»creo firmemente que hubiera procreado
»prodigios. Nada hubiera perdido del la-
»do de la gloria, y hubiera ganado mucho
»en gozes sólidos; hubiera hecho la con-
»quista moral de la Europa, como he
»estado en vísperas de hacerla con las
»armas. ¡Cuanto lustre me han qui-
»tado!

»Nó han dejado de hablar de mi pasion
»á la guerra. ¿Pero no me he visto cons-
»tantemente precisado á defenderme?
»¿Hé conseguido una sola victoria en que
»no haya propuesto la paz? Lo cierto es
»que nunca he sido dueño de mis movi-
»mientos, ni he podido obrar con toda
»libertad.

»Yo podré haber formado muchos, pe-
»ro nunca he tenido la libertad de ege-
»cutar ninguno. Por mas que me esfor-
»zase á tener el timon, por muy fuerte
»que fuese la mano, las olas súbitas y
»numerosas, y por lo mismo yo tenia la

»prudencia de ceder á su impulso antes
»que zozobrar, queriéndoles resistir obs-
»tinadamente. Nunca he sido pues ver-
»dadero dueño de mis acciones, pero
»siempre he cedido á las circunstancias:
»en términos que al principio de mi ele-
»vacion bajo el Consulado, algunos ami-
»gos verdaderos, mis partidarios acalora-
»dos, me preguntaban algunas veces con
»las mejores intenciones y para su go-
»bierno *á donde pretendia llegar*; yo les
»respondí siempre que no lo sabia. Esta
»contestacion les causaba admiracion ó
»tal vez descontento, y sin embargo yo
»les decia la verdad. Posteriormente ba-
»jo el imperio, cuando habia menos fa-
»miliaridad, muchas caras parecian hacer
»la misma pregunta, y yo hubiera podi-
»do darles la misma respuesta; por la
»razon de que yo no era dueño de mis
»actos, porque no tenia la locura de que-
»rer acomodar los acontecimientos á mi

»sistema, sino que muy al contrario aco-
»modaba este á la contextura imprevista
»de aquellos; y esto es lo que á menudo
»me ha dado las apariencias de mobilidad
»é inconsecuencia de que algunas veces
»me han acusado. ¿Pero esta ocasion era
»justa?» Y despues de haber hablado de varios asuntos indiferentes, prosiguió diciendo: «Una de las ideas que mas
»me ocuparon, habia sido la reunion, la
»concentracion de los mismos pueblos
»geográficos, que las revoluciones y la
»política han disuelto y dividido: de ma-
»nera que contándose en la Europa, bien
»que diseminados, mas de treinta mi-
»llones de franceses, quince de españo-
»les, quince de italianos y treinta de
»alemanes, hubiera querido hacer de ca-
»da uno de estos pueblos un solo cuerpo
»de nacion. Con un séquito semejante,
»hubiera sido hermoso presentarse á la
»posteridad y á la bendicion de los siglos:

»¡yo me juzgaba digno de tamaña glo-»ria!

»Despues de esta simplificacion sumá-»ria, hubiera sido posible entregarse á »la imaginacion vana de una perfecta ci-»vilizacion: en este estado de cosas po-»dia haber mas probabilidades de conse-»guir en todas partes la unidad de códigos, »de principios, opiniones, sentimientos, »ideas é intereses: acaso entonces con »el apoyo de las luces universalmente »extendidas, hubiera sido permitido so-»ñar por la grande familia europea, la »aplicacion del congreso americano, ó »la de los anfitriones de la Grecia; y en-»tonces, ¡qué perspectiva de fuerza, »de grandeza, de gocès, de prosperi-»dad! ¡Qué grande y magnífico espectá-»culo!.....

»La reunion de veinte y cuatro millo-»nes de franceses estaba ya hecha y per-»feccionada; la de quince millones de

»españoles lo estaba casi tambien, pues
»nada es mas comun que convenir el ac-
»cidente en principio: como no he so-
»metido á los españoles, dirán que no
»era posible someterlos, pero lo cierto
»es que lo han estado, y que en el mis-
»mo momento en que se me esca-
»paron las cortes de Cádiz trataban se-
»cretamente con nosotros; y asi no les
»libertó su resistencia ni los esfuerzos de
»los ingleses, sino mis errores y desgracias
»lejanas, y sobre todo la de haberme
»trasladado con todas mis fuerzas á mil
»leguas de distancia de ellos, y haber
»sucumbido; de lo contrario el gobier-
»no español iba á consolidarse; los espi-
»ritus se habrian reunido; tres ó cuatro
»años hubieran presentado en aquel pue-
»blo una paz profunda, una prosperidad
»brillante, y una nacion compacta: yo
»habria merecido sus bendiciones, y les
»hubiera evitado la horrorosa tiranía que

»les esclaviza, y las terribles agitaciones »que se les preparan.

»En cuanto á los quince millones de »italianos, la reunion estaba ya muy »avanzada: no se necesitaba ya mas que »envejecer, pues diáriamente iba madu-»rándose en aquel pueblo la unidad de »principios y de legislacion, la de pen-»sar y sentir, este cimiento seguro é in-»falible de las reuniones humanas. La »del Piamonte á la Francia, la de Parma, »Toscana y Roma no habian sido en mi »pensamiento mas que temporales, sin »otro obgetó que el de vigilar, asegurar »y adelantar la educacion nacional de los »italianos (1). Y¿ véase si juzgaba bien y

(1) Una determinacion tan grande, cual es la del abandono futuro de la Italia, oida por primera vez como de paso con tan poca importancia, sin manifestacion de ningun motivo, ni apoyo de ninguna prueba, confieso que no tuvo mas peso á mis ojos que el que se puede

»cual es el imperio de las leyes comunes!
»Las partes que se nos habian reunido,

conceder á aquellos asertos aventurados que muchas veces acarrea y escusa el acaloramiento de las conversaciones. Pero el tiempo y el hábito me han enseñado que todas las de Napoleon en casos semejantes, arrastran con sigo su sentido lleno, entero y literal. Asi las he encontrado cuantas veces se me han proporcionado los medios de verificarlas, y lo hago notar para que los que tuviesen tambien la tentacion de desecharlas no lo hagan demasiado á la ligera, sin haberse al menos procuradó antes los medios de indagarlas.

Encuentro por egemplo en el dia en un dictado de Napoleon al general Montholon, publicado en las *Memorias para servir á la historia de Francia, tomo* 1°., *pág.* 137, una manifestacion tan completa, tan satisfactoria de la simple frase que yo habia recogido de su conversacion, que no puedo resistir al deseo de transcribirla aqui.

»Napoleon, dice el texto, queria crear de nuevo la patria italiana, reunir los venecianos, milaneses, piamonteses, genoveses, toscanos,

»aun cuando esta reunion pudiese pa-
»cer de nuestra parte una injuria de

parmesanos, modeneses, napolitanos, sicilianos y sardos, en una sola nacion independiente limitada por los Alpes y los mares Adriáticos Jónico y Mediterráneo: este era el triunfo inmortal que elevaba su gloria. Este grande y poderoso reino habria contenido por tierra la casa de Austria; y en el mar sus flotas reunidas á las de Tolon, hubieran dominado el Mediterráneo y protegido el antiguo camino del comercio de las Indias por el mar Rojo y Suez. Roma capital de este vasto estado era la ciudad eterna, cubierta por las tres barreras de los Alpes, el Pó y los Apeninos; mas á proximidad que ninguna otra de las tres grandes islas. Pero Napoleon debiá vencer muchísimos obstáculos: habia dicho á la consulta de Lyon, *necesito veinte años para restablecer la nacion italiana.*

»Tres cosas se oponian á este gran proyecto: 1°. las posesiones que tenian las potencias extrangeras: 2°., el espíritu de las localidades, y 3°. la permanencia de los papas en Roma.

»Apenas se habian pasado diez años de la consulta de Lyon, que el primer obstáculo ya es-

»vion, y á pesar de todo su patriotis-
»mo italiano, estas mismas partes han

ta enteramente vencido: ninguna potencia
extrangera poseía nada en Italia, y toda entera
estaba bajo la influencia inmediata del Emperador, la destruccion de la república de Venecia, del rey de Cerdeña, del gran ducado de Toscana, y la reunion al imperio del patrimonio de san Pedro, habian hecho desaparecer el segundo obstáculo. A semejanza de los fundidores que queriendo trasformar muchos cañones de pequeño calibre en uno solo de cuarenta y ocho, desde luego los meten en el horno para hacer la fundicion; de la misma manera los estados pequeños habian sido reunidos al Austria ó á la Francia, para reducirlos á masa, hacerles perder sus recuerdos y pretensiones, y prepararles para el momento de la fundicion.

»Los venecianos agregados por el espacio de muchos años á la monarquía austriaca, habian sentido todo el peso de la sumision de los alemanes. Cuando aquellos pueblos volvieron á entrar bajo la dominacion italiana, no se detuvieron en examinar si su ciudad seria la capital, si su gobierno seria mas ó menos aristocrático.

»sido precisamente las que nos han per-
»manecido mas fieles y adictas. En el
»dia que se han vuelto á su antiguo esta-
»do se créen invadidas, desheredadas,
»¡ y en efecto asi es !....

»Todo el medio dia de la Europa
»pronto se hubiera visto compacto de
»localidades, miras, opiniones sentimien-
»tos é intereses. En semejante estado

La misma revolucion se efectuó en el Piamonte, Genova y Roma, dislocadas por el gran movimiento del imperio frances.

»Ya no habia mas venecianos que piamonteses y toscanos ; todos los habitantes de la Península no eran mas que italianos : todo estaba pronto para crear la gran patria italiana. El gran ducado de Berg estaba vacante por la dinastía que ocupaba momentáneamente el trono de Nápoles. El Emperador esperaba con impaciencia el nacimiento de su segundo hijo, para llevarlo á Roma, coronarle rey de Italia, y proclamar la independencia de esta hermosa península, bajo la regencia del príncipe Eugenio..... »

»diosas, ¿ qué nos hubiera hecho el pe-
»so de todas las naciones del Norte?
»¿qué esfuerzos humanos no hubieran
»venido á estrellarse contra semejante
»barrera?

»La reunion de los alemanes exigia
»mas lentitud, y por esto no habia hecho
»mas que simplificar su monstruosa com-
»plicacion; y no porque no estuviesen
»preparados para la centralizacion, pues
»muy al contrario lo estaban demasiado,
»y hubieran podido retroceder ciega-
»mente contra nosotros antes de enten-
»dernos. ¿En qué ha consistido que nin-
»gun príncipe aleman ha sabido apreciar
»las disposiciones de su nacion ó no ha
»podido aprovecharse de ellas? Segura-
»mente que si el cielo me hubiese dado
»una cuna de príncipe aleman en medio
»de las inumerables crísis de nuestros
»dias, infaliblemente hubiera gobernado
»los treinta millones de alemanes reuni-

»dos; y por lo que creo conocer de su »carácter, todavía pienso que si una vez »me hubiesen elegido y proclamado, no »me habrian abandonado nunca, y no »estaria aqui.... » Entonces siguieron varios detalles y aplicaciones dolorosas y luego prosiguió : « Como quiera que »sea, esta reunion se hará tarde ó tem- »prano por la fuerza misma de las co- »sas; el impulso está ya dado, y no »creo que despues de mi caida y la apa- »ricion de mi sistema, pueda haber en »Europa otro grande equilibrio que la »reunion y confederacion de los grandes »pueblos. El primer soberano que en »medio de la primera gran crísis abraza- »rá de buena fé la causa de los pueblos, »se encontrará á la cabeza de toda la »Europa y podrá emprender cuanto »quiera.

»Si se me pregunta ahora ¿por qué »no dejaba traslucir entonces semejantes

»ideas? ¿por qué no las abandonaba á »la discusion pública? ¡hubieran sido tan »populares, me dirán, y la misma opi- »nion un auxilio tan inmenso! á esto »respondo, que la malevolencia siempre »es mucho mas activa que el bien; que »en el dia hay tanta ciencia entre noso- »tros que facilmente subyuga la sana »razon, y puede obscurecer á su antojo »los puntos mas claros; que abandonar »á la discusion pública unos obgetos tan »elevados, hubiera sido entregarlos al es- »píritu de corrillo, á las pasiones, á la »intriga y á los chismes, y no obtener por »resultado infalible sino el descrédito y »la oposicion. Calculaba pues hallar mu- »cho mas apoyo en el secreto; entonces »dejaba, como una aureola al rededor »mio, este vago ideal que encadena la »multitud y le agrada; estas especula- »ciones misteriosas que ocupan y llenan »todos los espíritus, en fin estos desen-

»laces súbitos y brillantes recibidos con »tanto aplauso, y que crean tanto impe»rio. Este mismo principio fué desgra»ciadamente él que me hizo correr con »tanta precipitacion á Moscow: con mas »lentitud todo lo hubiera preparado, pe»ro me habia puesto en la precision de »no dar tiempo para hacer comentarios. »Con la carrera que ya habia corrido y »mis ideas para lo futuro era preciso que »mi marcha y mis sucesos tuviesen algo »de sobrenatural.» Y entonces pasó á la expedicion de Rusia, repitiendo una gran parte de lo que ya dejo dicho sobre el particular: por lo mismo no reproduciré aqui sino lo que me ha parecido nuevo.

«Y hé aqui aun, decia, otra circuns»tancia en la cual se ha tomado el acci»dente por principio. He zozobrado con»tra los Rusos; de ahí deducen que son »inatacables en su casa, invencibles;

»pero con todo, ¿ de qué ha dependido ?
»¿ pregúntese á sus buenas cabezas á
»sus hombres sensatos y reflexivos ?
»¿ Consúltese al mismo Alejandro y sus
»sentimientos de aquella época ? ¿ Son
»acaso los esfuerzos de los rusos los que
»me han aniquilado ? No, la cosa se de-
»bió á puros accidentes y á verdaderas fa-
»talidades : una capital incendiada en
»despecho de sus habitantes y por las
»intrigas extrangeras, un invierno, una
»congelacion, cuya aparicion súbita y
»excesiva fueron una especie de fenóme-
»no ; informes falsos, intrigas bajas,
»traicion, necedad, muchas cosas en fin
»que acaso algun dia se sabrán y podrán
»disminuir ó justificar las dos faltas gra-
»ves en diplomácia y en guerra que
»tienen derecho de acusarme : á saber,
»la de haberme entregado á semejante
»empresa, dejando á mis alas, que muy
»luego formaron mi retaguardia, dos

»gabinetes sobre los cuales nó podia con»tar, y dos egércitos aliados que el me»nor contratiempo constituia mis enemigos. Pero para decirlo todo sobre »este punto, y anular en una sola pala»bra cuanto precede, diré que esta fa»mosa guerra, esta empresa audaz yo »no la habia querido; no habia tenido »intencion de batirme, ni tampoco Ale»jandro, pero una vez en presencia, las »circunstancias nos excitaron el uno con»tra el otro y la fatalidad hizo el resto.»

Y despues de algunos instantes de un profundo silencio, como si saliera de un profundo letargo, prosiguió: «¡Y un »Frances ha tenido en sus manos los »destinos del mundo! Si hubiese tenido »el juicio y el alma á la altura de su si tua»cion, si hubiese sido buen sueco, como »lo ha querido suponer, podia haber res»tablecido el lustre y poder de su nueva »patria, volver á tomar la Finlandia, y

»hallarse en Petersburgo antes que yo en »Moscow. Pero cedió á resentimientos »personales, á una vanidad necia, y á to- »das las pasiones mezquinas. El antiguo »jacobino viéndose solicitado, acariciado »por los legítimos, se le volvió la cabeza »de verse cara á cara en conferencia »política y amistosa con un Emperador »de todas las Rusias, que no era avaro de »lisonjas. Se asegura que en aquella »época le llegó á insinuar que podria pre- »tender á una de sus hermanas, divor- »ciándose de su muger ; y de otro lado »un príncipe frances le escribió dicién- »dole que le era muy satisfactorio ha- »cerle notar que el Bearn habia sido la »cuna de las dos casas ¡ B.... ! ¡*Su casa!*..

»En su delirio sacrificó su nueva pa- »tria y la antigua, su propia gloria, su »verdadero poder, la causa de los pue- »blos, y la suerte de todo el mundo ! ¡ Co- »metió una falta que pagara muy cara !

»Apenas consiguió lo que esperaban de »él, ya pudo empezar á conocerlo; y aun »dicen que se ha arrepentido; pero to»davía no ha purgado. El es el único »ilegítimo que ocupa un trono; el es»cándalo no puede quedar impune, »pues seria un egemplo demasiado peli»groso!... »

El Emperador tenia poca confianza en los resultados de 1815. — Temistocles. — Obra del Baron Fain, sobre la crisis de 1814. — Abdicacion de Fontainebleau; particularidades.

12. — Volviendo á hablar el Emperador sobre su regreso de la isla de Elba y su segunda caida en Waterloo, entremezcló algunas palabras muy notables. «Es cierto, decia, que en aquellas »circunstancias ya no sentia en mí el »convencimiento de un buen éxito de-

»finitivo; ya no era aquella confianza »primera: fuese que la edad, que ordi»nariamente favorece la fortuna, empe»zase ya á pasárseme; fuese que á mis »propios ojos, y en mi imaginacion la »parte maravillosa de mi carrera empe»zase á perder su prestigio, lo cierto es »que yo mismo sentia faltarme alguna »cosa. Ya no era aquella fortuna atada »á un carro que se complacia á colmar»me de favores, sino un hado severo, »al cual arrancaba alguna concesion con »una especie de violencia, pero que al »instante se vengaba de mi osadía; pues »es muy de notar que no conseguí en»tonces ninguna ventája que nò fuese »precursora de una desgracia.

»Atravesé la Francia; el entusiasmo »de los ciudadanos me llevó en un vuelo »á Paris en medio de las aclamaciones »universales; pero apenas estuve én là »capital como por una especie de magia,

»y sin motivo alguno legítimo, retrocedieron inmediatamente, cambiando en »frialdad el entusiasmo que pocos dias »antes habian manifestado.»

Habia conseguido poder presentar razones plausibles para obtener una reconciliacion sincera con el Austria; le habia mandado agentes unos tras otros menos autorizados (1). Pero Murat se encontró

(1) Entre otros el baron de *Strassard*, cuyo afecto conocido le grangeó la confianza de Napoleon, encargándole de negociar en el congreso de Viena para que se mantuviese la paz de Paris; pero solo pudo llegar á Lintz; porque los mas ardientes y encarnizados en los gabinetes aliados, habian tomado la precaucion de hacer establecer por principio, que toda comunicacion con Napoleon seria enteramente prohibida. Sin embargo, se comunicó indirectamente al baron de Strassard, que si Napoleon queria abdicar en favor de su hijo, antes de empezar las hostilidades, el Austria adoptaria este partido, pero con el bien entendido que

alli con su fatal egército: en Viena creyeron firmemente que esto habia sido disposicion mia; y midiéndome por su política, no vieron en toda aquella complicacion sino raterías de mi parte, y desde entonces solo se ocuparon de intrigar contra mí.

»Mi entrada en campaña fué de las »mas hábiles y felices; debia sorprender »al enemigo divido; y cata ahí que un »perverso desierta del rango de mis gene»rales para avisarle con tiempo.

»Gano la batalla de Ligny de la ma»nera mas brillante, pero mi lugarte»niente me priva del fruto de la victoria. »En fin, triunfo en Waterloo y en el »mismo instante caigo en el abismo; y »todos estos golpes no puedo omitir »que me hicieron impresion, pero no »mè sorprendieron. Ya tenia el presen-

Napoleon se entregaria á su suegro, que le aseguraba de nuevo la soberanía de la isla de Elba ú otra semejante.

»timiento de un éxito desgraciado, y si »bien este no tuvo ciertamente la menor »influencia en mis determinaciones y »medidas, no obstante la idea estaba cla- »vada en mi corazon.»

Ademas, seria un error el atribuir siempre á Napoleon tanta confianza interior como anunciaban comunmente sus hechos y determinaciones. Cuando salió de las Tuilerias en enero de 1814, para su inmortal é infausta campaña de los alrededores de Paris, su alma estaba contristada por los mas siniestros presentimientos.

En el momento que iba á salir del palacio, previendo ya en aquel instante decisivo, traiciones y perfidias funestas, resolvió asegurarse de la persona del mismo que posteriormente se ha visto ser el alma de la trama que le derribó, pero se lo disuadieron las representaciones, y hasta un cierto punto pueden de-

cirse los ofrecimientos de fianza personal de algunos ministros. Cedió, pero sin dejar de manifestar enérgicamente que temia mucho que él y ellos no tuviesen motivos de arrepentirse!!!.....

Despues de la desgracia de Brienne, la evacuacion de Troyes, la retirada sobre el Sena, y las humillantes condiciones que le mandaron de Chatillon, que desechó generosamente estando á solas con cierto sugeto, y desmayando á la vista del diluvio de males que iban á caer sobre la Francia, permanecia absorto en tan tristes meditaciones.

Abismado en tan tristes ansias su dolor, se recostó en una cama para descansar un rato, pero le dispertaron precisamente para anunciarle la marcha en flanco de Blucher, que acechaba en secreto ya hacia algun tiempo. Levantóse precipitadamente para ensayar este nuevo albur de energía y gloria, consagra-

das perpétuamente con los nombres de *Champ-Aubert*, *Montmirail*, *Château-Thierry*, *Vaux-Champs*, *Nangis*, *Montereau*, *Craone*, *etc. etc.* Sucesos maravillosos que consternaron bastantemente á Alejandro y á los Ingleses, en términos de volverles de nuevo el deseo de tratar; y estas ventajas hubieran efectivamente pódido cambiar enteramente la faz de los negocios, si por un sin número de fatalidades Napoleon no hubiese experimentado contrariedades inauditas que estaban fuera de todas las combinaciones, á saber que ciertas órdenes esenciales no debian llegar al virey, la desercion de Murat, la malicia é incuria de algunos gefes, en fin, hasta las mismas victorias, que separando el Emperador de Austria, su padre político, de los demas soberanos aliados, mucho mas malévolos, dejaron á estos enteramente libres de proporcionar la abdicacion de Fon-

tainebleau, abdicacion para siempre tan famosa en la historia de nuestros destinos y de nuestra moralidad.

¡Vosotros pensadores filosóficos, pintores del corazon humano corred á Fontainebleau! ¡Venid á presenciar la caida del mas grande de los monarcas! ¡Venid para aprender á conocer los hombres, admiraros de su impudicicia, abochornaros de su volubilidad! ¡Venid para presenciar el gran círculo del héroe desgraciado, vereis á los nombres que agoviados bajo el peso de los beneficios, honores y riquezas con que los habia colmado, le abandonan en cuanto la fortuna le fué contraria, le venden y aun acaso le insultan!.. Venid y vereis el primero entre ellos en rango, favor y confianza cuyo moral vanamente habia intentado el gran príncipe realzar y engrandecer los sentimientos, calificándole muchas y muchas veces con el nombre de su compañero y amigo; co-

locarse en la misma linea que el mameluco, que quizás mas escusable por las costumbres de su origen, juzgó muy sencillo abandonar á su soberano abatido, porque no podia serle útil. En Fontainebleau despues de la crisis, y Napoleon empeñado en una conversacion profunda, se le presentó este compañero predilecto para pedirle permiso de ir á Paris, solo por algunos instantes, decia, á fin de poner en orden apresuradamente algunos negocios, y volver inmediatamente cerca del Emperador para no abandonarle jamas. Pero Napoleon que leía el fondo de su corazon, apenas habia salido fuera del cuarto que interrumpiendo repentinamente su conversacion dijo al sujeto con quien estaba hablando: « Vé Vm. este »hombre que sale, pues bien corre á »mancharse; á pesar de lo que me ha »dicho no volverá á parecer mas. » En efecto el desertor corria á buscar los

rayos de un nuevo sol. ¡Apenas sintió su calor, negó su bienhechor, su amigo, su soberano!...... Hablando de él se le ha oido llamarle « ¡ *este hombre* !!! » y contodo Napoleon se acomodaba en tal manera á las debilidades humanas, era tan superior á todo resentimiento, que á su regreso manifestó sentimiento de no verle, añadiendo riéndose : « El ruin habrá »tenido miedo de mí, y no tiene razon : »no le habria aplicado otro castigo que »el de presentarse delante de mi con sus »nuevos uniformes : aseguran que con »ellos es mucho mas feo de lo acostum»brado. »

Pero en los manuscritos de 1814, es donde se deben leer tan tristes y dolorosos detalles (1) los hombres en seme-

(1) El baron Fain acaba de publicar un tomo bajo el título de *manuscrito de* 1814, sobre las grandes circunstancias de aquella época.

jantes circunstancias siempre son los mismos en todos paises, tiempos y acciones; y sobre todo el pueblo cortesano; y el campo de Napoleon habia tenido tiempo de crear una corte. Sin embargo, la historia hará justicia......... Y que no vengan á decirnos que el bien de la patria, su salvacion é intereses dictaron su conducta: la patria para ellos fué la conservacion de sus honores y riquezas, el goce tranquilo de todos los bienes adquiridos; lo repito, la historia hará justicia. ¡Digo la historia y no nosotros, pues la masa de la sociedad y de los contemporáneos, ni aun ha sabido merecer este triste honor! ¿En donde está nuestra indignacion? ¿Dondé se han manifestado nuestras aversiones auténticas y solemnes?...... Y debe entenderse que en todo esto la política nada ha tenido que hacer: no se trata en ninguna manera de la causa que se sostenia sino solo de la moral que

se profesaba : ni se piense que mi triste misantropía se dirija á infundir descaecimiento en los ánimos y sacar por consecuencia la proscripcion de nuestra especie; no, sé que el tiempo de las grandes pruebas es tambien el de los grandes extremos, y que al lado de las mas viles pasiones es donde viene á relucir el heroismo de las mas nobles virtudes. ¡Por lo mismo hónrense aquellas huestes veteranas cuyas lágrimas amargas acreditaban el acerbo dolor que les afligia! ¡Hónrense los inumerables oficiales subalternos que no esperaban mas que una palabra mia para derramar la sangre de aquellos infidentes! ¡Hónrense las poblaciones de los campos, que en medio de su horrorosa miseria corrian precipitadamente á los caminos para partir el último pedazo de pan con nuestros soldados, del cual se privaban para salvar la patria! ¡Hónrense esta multitud de sentimientos generosos

que se dieron á conocer entre los ciudadanos de todas las clases, sexos y edades! ¡ Si de una parte el corazon se exalta de indignacion, de otra se siente deliciosamente conmovido!......

El Emperador dictó en Santa Helena la época de Fontainebleau y el viage á la isla de Elba : mi memoria no me permite atreverme á citar nada, porque no tomé ningun apunte. Para abreviar mi trabajo establecí el sistema de no pararme en ninguno de los obgetos dictados á otros, sabiendo que ya quedaban asegurados. Ademas, con el tiempo disfrutaremos de la publicacion de estos escritos. No daré pues aqui sino algunos detalles que supongo no se encontraran en otra parte, que he recogido en varias conversaciones de Napoleon, ó en otras fuentes incontestables.

En cuanto se hubieron declarado los desastres de 1814, el peligro era inmi-

nente, principalmente desde la entrada de los aliados en Paris, muchos generales estuvieron indecisos; los que se declararon por el egoismo mas bien que por la patria, que prefirieron los goces al deber, al honor y á la gloria, desde luego excitaron la catástrofe, en vez de buscar los medios de combatirla. Los primeros gefes se arriesgaron á aconsejar la abdicacion, presentándola como indispensable; algunos llegaron al extremo de dejar entrever al Emperador que no respondian del descontento, ni del furor de sus soldados contra él; « mientras que al con»trario, nos decia Napoleon, su afécto »era tal, y todos los oficiales estaban tan »exaltados, que si yo les hubiese dado á »conocer las maquinaciones y tramas »que se urdian, seguramente hubiera »puesto en peligro á los culpados; pues »me hubiera bastado una sola palabra »para hacerlos despedazar. » En efecto,

el Emperador dispuso una revista : las aclamaciones de los soldados fueron universales ; y como si el infortunio hubiera aumentado el cariño, nunca habian manifestado su amor con tanto entusiasmo. « Y la identidad de aquellos valientes » conmigo, y nuestra simpatía, decia Na- » poleon, era tal, cual podia desearse : » nunca lo habia dudado. »

En semejante situacion, el Emperador meditó profundamente lo que debia hacer. Todavía le quedaban de cuarenta á cincuenta mil soldados, los mejores y mas adictos del universo ; podia dominar á su antojo los generales infieles, ó expulsarlos sin el menor inconveniente. En este estado de cosas tres partidos se le presentaban.

El primero era de entrar en Paris; pues no podia creer que existiese en todo el mundo un general tan osado que se atreviese á combatirle, con aquella inmensa

capital y su retaguardia: «Toda su po-
»blacion no hubiera dejado de levan-
»tarse á mi voz, decia; en un abrir y
»cerrar de ojos hubiera alistado ciento ó
»dos cientos mil hombres; pero los alia-
»dos al retirarse hubieran podido incen-
»diar la ciudad; y este desastre se habria
»considerado como obra mia. No por-
»que el incendio de Paris en el fondo
»no hubiese podido ser la salvacion de la
»Francia, como el de Moscow lo habia
»sido de la Rusia; pero hay ciertos sa-
»crificios que solo los interesados pue-
»den hacerlos.»

El segundo partido era de retirarse á Italia y juntarse con el virey: «Pero, »decia, era él de la desesperacion, sin »un resultado análogo. Este teatro esta- »ba tan lejano, que los ánimos hubieran »tenido tiempo de resfriarse; y ademas, »esto no hubiera sido salvar la Francia, »y solo este suelo sagrado podia con-

»ducirnos á hacer los prodigios que se »habian hecho indispensables.»

No era practicable ninguno de ambos partidos: quedaba el tercero que consistia en mantenerse sobre la defensiva, disputar el terreno á palmos, y entretener la guerra hasta nuevos acontecimientos. La preocupacion que pudieran haber creado los aliados pronto se disiparia, pues los males que iban á causar no tardarian á llamar sobre ellos mismos la execracion universal, el fervor nacional se dispertaria, y los aliados podian á una encontrar su tumba en el mismo suelo que habian violado. Pero esto necesariamente seria muy largo, y el éxito era dudoso, ó por lo menos muy lejano, al paso que el sufrimiento de los pueblos era cierto, inmediato é incalculable. El alma grande de Napoleon se conmovió de semejante idea, y se decidió á abdicar.

En el manuscrito de 1814 del Baron Fain, leo la explicacion entera de ciertas palabras del Emperador, que en el tiempo habia transcrito sin entenderlas exactamente. Hablando este del tratado de Fontainebleau, dice : «Yo no quiero ese »tratado, lo desconozco, estoy muy le»jos de alabarme de él, antes bien me »sonroja ; lo han discutido por mí, con»tra mi voluntad, etc., y en otra parte : «Cuando se conozca toda la histo»ria de los acontecimientos de Fontai»nebleau habrá motivos de admirarse »mucho. » Y en efecto segun nos dice el manuscrito de 1814 Napoleon no quería aquel tratado. Tuvieron todas las penas imaginables para hacerselo ratificar, y solo pudieron conseguirlo alegando grandes miràs políticas, pues le parecia humillante y enteramente inútil. Sobreviviendo á tantas grandezas bastaba vivir en adelante como un simple

particular ; y se avergonzaba de que un sacrificio tan grande, hecho á la paz del mundo se encontrase mezclado con arreglos pecuniarios. « ¡ De qué sirve un » tratado, decia, puesto que no quieren » arreglar conmigo lo que concierne á » los intereses de la Francia !. En el mo» mento en que no se trata sino de mi » persona, no hay necesidad de ningun » tratado....¡Soy vencido, cedo á la suer» te de las armas ; solo pido no ser pri» sionero de guerra, y para concedérmelo » basta un simple cartel !... »

En vano quisieron hablarle de su situacion personal, su existencia y necesidades futuras, pues cerró la conversacion diciendo enérgicamente, « ¡ y qué » me importa, un ducado diario y un » caballo satisfacen todas mis necesi» dades. »

Por mi parte puedo asegurar que el Emperador sentia muchísimo esta deter-

minacion, no siendo la única decision de aquella época que le agoviaba el corazon; tambien sentia mucho cuando en su posicion, en *St.-Dizier* y *Doulevant*, habia cedido á las varias consideraciones que le rodeaban, y á las muchas instigaciones que le asaltaron, las cuales le trajeron á Paris contra su voluntad. «Me »faltó el carácter, decia, debi seguir »impertérritamente toda mi idea, conti- »nuar hácia el Rhin, reforzándome »con todas mis guarniciones y rodeán- »dome de todas las poblaciones insur- »reccionadas, pronto hubiera juntado un »egército inmenso. Murat al instante »hubiera venido, y este y el virey me »hubieran hecho dueño de Viena, si los »aliados se hubiesen atrevido á quitar- »me Paris. Pero no, mas bien los enemi- »gos hubieran temblado á la vista del »peligro en que estaban empeñados; y »los soberanos aliados hubieran recibido

»como una gracia que yo le hubiese
»permitido hacer su retirada, y allí se
»hubiera apagado enteramente el volcan
»de los extrangeros contra nosotros. ¡Se
»hubiera concluido la paz observándo-
»la todos sinceramente, porque cada uno
»por su parte estaba tan cansado! ! De-
»bian cicatrizarse tantas heridas!..... En
»el exterior no se hubieran ocupado de
»otra cosa. En cuanto al interior, seme-
»jante desenlace hubiera destruido para
»siempre todas las ilusiones y malas vo-
»luntades, confundiendo perpétuamente
»todas sus opiniones, miras e intereses.
»¡Yo volvia á sentarme triunfante rodea-
»do de mis invencibles huestes, las po-
»blaciones heróicas y fieles hubieran
»servido de diapason á las que habian
»titubeado; los que habian manifestado
»necesidad de reposo hubieran podido
»descansar; una nueva generacion de
»gefes hubiera acriselado nuestra exis-

»tencia, y no nos hubiéramos ocupado »mas que de la felicidad interior, princi»piando un nuevo siglo de oro !!! etc.»

Es muy cierto que la época de Fontainebleau reunió sobre Napoleon casi en un solo instante cuantas penas morales pueden afligir á un hombre en este mundo. Vencido por la desercion, y no por las armas, experimentó cuanto puede indignar á una alma grande, ó rasgar un buen corazón. ¡Sus compañeros lo abandonaron, sus servidores le hicieron traicion; el uno entregó su egército; los que habia elevado, mantenido y colmado, le abatieron; este senado que tanto le habia ensalzado; este senado que aun la misma víspera estaba suministrando conscriptos con profusion para combatir el enemigo, el dia siguiente, sin el menor rubor se constituye el instrumento de estos mismos enemigos, y bajo el impulso de sus bayonetas le reprocha é

imputa un crimen de su propia obra, derriba cobardemente el idolo que él mismo habia creado, y al cual durante tanto tiempo habia servilmente tributado la mas baja adulacion! ¡Qué exceso de vergüenza! ¡Qué innoble degradacion!...¡Enfin, el último golpe que fué el mas sensible para Napoleon, fué el de quitarle su muger y su hijo; se apoderaron de ellos con la mayor violencia, y en despecho de los tratados y de las leyes violando toda moral no los volverá á ver jamas!....

Parece que en medio de tantos males, rodeado de una naturaleza tan horrorosa, Napoleon, despreciando los hombres y las cosas, deseó quitarse la vida. Existe una carta escrita de su mano á la Emperatriz, en la cual la decia, que en aquel momento nada debia extrañar, pues todo era posible, *hasta la muerte del Emperador*. Alusion sin duda al misterioso acon-

tecimiento de la noche del 12 al 13 de abril, que se habia quedado sepultado en el secreto interior del palacio, cuya explicacion da el manuscrito de 1814, que si fuese una realidad, no dejaria á los mas feroces enemigos de Napoleon, ni aun siquiera la satisfaccion del necio y comun adágio tan divulgado en aquel tiempo, *que no habia tenido valor para morir........* ¡Qué, seria cierto segun dice el manuscrito, que muy al contrario, *no habia podido!* Y esta maravillosa circunstancia no seria la menos asombrosa de su extraordinaria carrera; circunstancia que de otra parte le ilustraria hasta lo sublime, no menos que las palabras memorables que dijo, cuando inesperadamente volvió en sí: *Dios no lo quiere*: y desde aquel instante una resignacion la mas noble y tranquila sucedió al volcan que le abrasaba.

Todo el mundo conoce la tierna y fa-

mosa despedida, de sus soldados, su último abrazo á aquellas águilas que habia inmortalizado. Sé por un diplomático prusiano que se halló presente á aquel tierno espectáculo, que causó en su alma una impresion tan viva, que no se le borrará mientras respire; y añadia que el comisario ingles que tambien se hallaba presente, hombre hasta entonces muy exagerado contra Napoleon, habia derramado lágrimas de ternura.

El respeto y la veneracion que entonces inspiraba Napoleon, llegaron al punto que, á pesar de la inminente crísis de los grandes inconvenientes de su presencia, nadie se atrevia á atormentarle para apresurar su marcha. Le dejaron respetuosamente hacer y tomar todos los arreglos que quiso.

El tratado de abdicacion es del 11 de abril, y hasta el 20 Napoleon no se puso en camino. La primera parte de su viag

le ofreció generalmente un respeto universal, y muchas veces el interes mas vivo y tierno. (1).

A poca distancia de Lyon se le presentó en el camino el general en gefe del egército del Este. Napoleon bajó entonces del coche y anduvo largo rato con él. Cuando le hubo dejado un general comisario de los aliados manifestó al Emperador su admiracion de la intimidad con que acababa de hablar á aquel. — ¿ «Y por qué no? repuso Napoleon. — «¿Pero V. M. ignora seguramente su »conducta? — ¿Y cual és? — Señor ha»ce varias semanas que estaba de acuer-

(1) El Emperador salió de Fontainebleau el dia 20 de abril de 1814, escoltado por una compañía de granaderos de á caballo, y acompañado del gran mariscal conde Bertrand, que iba en su coche; y el 28 á las ocho de la noche se embarcó en Frejus, en la fragata inglesá la *Undaunted*, capitan Usher.

»do. — Y en efecto, decia el Empera-
»dor, aquel hombre á quien yo habia
»confiado la Francia por aquel punto, la
»habia sacrificado y vendido.» Y despues de varias quejas recapituladas concluyó diciendo: «Desde mucho tiempo
»en él, el mariscal ya no era soldado;
»su valor, sus primeras virtudes lo habian elevado mucho mas allá de su centro; los honores, las dignidades y la
»fortuna, lo habian precipitado otra vez
»en él. El vencedor de Castiglione hubiera podido dejar un nombre caro á la
»Francia; pero esta mirará con horror
»la memoria del desertor de Lyon, bien
»asi como la de todos los que se han
»portado como él, á menos que no indemnicen á la patria de los males que
»la han causado, tributándola nuevos servicios. (1)»

(1) Esta circunstancia dió márgen á la famosa proclamacion del Emperador á su regreso.

La espada del gran Federico.— Esperanzas de que el leon se adormecerá. — Nuevas perradas del gobernador; se me lleva mi criado, etc.

13. — Por la mañana estando en el cuarto del Emperador, en un momento de ociosidad, estaba considerando el agigantado relox del gran Federico, que estaba colgado cerca de la chimenea, lo que dió motivo á Napoleon á decir. «He tenido »en mi manos varios monumentos ilus- »tres y preciosos; he poseido la espada »del gran Federico; los españoles me »trageron á Tuilerias la de Francisco I: »la ofrenda era grande y debió serles »muy sensible; los turcos y persianos »tambien pretendieron hacerme presen- »te de las armas que habian pertenecido »á Gengiskan, Tamerlan, Schahadir ú »otros no sé quienes, pues creo firmemente

»que la verdad solo puede tomarse en »sus pasos é intenciones.»

Y como en seguida de todo esto yo concluia manifestándole mi admiracion, de que no hubiese hecho sus esfuerzos para conservar la espada del gran Federico: «Pero yo tenia la mia», me dijo con mucha suavidad y una sonrisa particular, y tirándome ligeramente la oreja. Por cierto que tenia razon pues yo acababa de decirle una gran necedad.

Despues habló de nuevo de sus deseos que eran un deber de casarse con una francesa cuando pasó á segundas nupcias. «Hubiera sido un acto eminentemente »nacional, decia; la Francia era bastan»te grande, y su monarca suficientemente »poderoso para poder prescindir de toda »consideracion extrangera. Ademas, en»tre soberanos la alianza de la sangre no »es un lazo contra los intereses de la po»lítica, y bajo este mismo aspecto las mas

»de las veces proporciona escándalos en
»la moral á los ojos de los pueblos; pues
»se admite una extrangera á los secretos
»del estado que puede abusar de ellos; y
»si se cuenta con el apoyo exterior puede
»resultar haber puesto el pie en un abis-
»mo sembrado de flores. En suma, es un
»cálculo imaginario el creer que estas
»alianzas puedan nunca asegurar nada.»

Como quiera que sea la medida de un nuevo casamiento enagenó de placer á los ciudadanos prudentes que buscaban un por venir. Pocos dias despues de esta determinacion Napoleon en un momento de buen humor dijo á uno de sus ministros (el duque Decres), «¿con qué se »celebra mucho mi casamiento?—Se-»ñor, sí, muchísimo.—Ya lo entiendo, »suponen que el leon se adormecerá.—»Pero, Señor, á decir verdad contamos »un poco en ello.—Está bien, dijo Na-»poleon, despues de algunos instantes

»de silencio, se equivocan y segura-
»mente que la culpa no será por los vi-
»cios del leon. El sueño le seria quizás
»tan lisongero como á cualquier otro,
»pero no ven Vms. que con *el aire de ata-*
»*car continuamente*, sin embargo nunca me
»ocupo mas que *de defenderme.* » Este
aserto ha podido dejar algunas dudas
mientras duró la lucha; pero la alegría y
las indiscreciones de la victoria han ve-
nido despues á confirmar la verdad, los
unos se han vanagloriado de que hubie-
ran continuado la guerra hasta que hu-
biesen abatido su enemigo; que nunca
habian tenido otra idea. ¡Otros (1) no se
han avergonzado de publicar que bajo la
máscara de la amistad y alianzas habian
urdido la trama de su caida!!......

Este dia y los dos siguientes me tuvie-
ron ocupado unos chismes que me eran

(1) *Observador Austriaco*, 1817 ó 1818.

personales y que han influido demasiado en mi suerte, para que deje de mencionarlos aqui. Desde que llegamos á Longwood tenia un criado jóven habitante de la isla, mulato libre, del cual tenia motivos de estar muy satisfecho; repentinamente sir Hudson Lowe tuvo el capricho de quitármelo.

Excitado por su ocupacion ingeniosa de atormentarnos ó como otros muchos se han obstinado á creerlo, por consecuencia de un plan pérfidamente combinado, me mandó el oficial de guardia ingles para anunciarme que habiendo concebido algunas inquietudes sobre que mi criado era nativo de la isla, iba á quitármelo y lo reemplazaria con otro de su eleccion. Mi respuesta fué sencilla y positiva: « El gobernador, dije, puede »quitarme mi criado si le dá la gana; »pero debe evitarse la pena de reemplazarlo con otro de su eleccion. Como

»cada dia aprendo á desprenderme de »los placeres de la vida, podré en caso »necesario servirme con mis propias ma- »nos : este aumento de privacion es muy »poca cosa en medio de las aflicciones »que nos rodean. »

Entonces empezaron sobre este particular una multitud de mensages y notas. Sir Hudson Lowe escribia tres ó cuatro veces cada dia al oficial de guardia encargado de darme razon de sus comunicaciones : no entendia mis dificultades, decia, ni podia imaginar que obgeccion podia poner contra un criado venido de su mano....... el que me habria escogido bien valdria otro...... su ofrecimiento de proporcionármelo él mismo no era mas que una atencion de su parte, etc.

Yo me compadecia de las idas y venidas del pobre oficial : le supliqué pues para ahorrarse los pasos que asegurase al gobernador, que mi respuesta siempre

seria la misma, a saber: que era muy dueño de quitarme mi criado, péro que no debia pensar en hacerme accéptar otro de su eleccion; que podia muy bien, valiéndose de la fuerza, ponerme un planto en mi cuarto, pero nunca con mi propio consentimiento. Sin embargo, durante éstas idas y venidas habian llamado á mi criado, le habian interrogado, lo retiraron una vez de mi servicio, luego me lo volvieron y al cabo se lo llevaron enteramente.

Dí cuenta de todo al Emperador, que aprobó mucho mi determinacion de nó haber querido dejar introducir un espía entre nosotros. « Pero como la priva»cion de Vm., añadió con un tono muy »risueño, redunda en beneficio de todos, »no es junto que Vm. solo sufra; mandé »Vm. venir Gentilini mi criado de á pié »para que le sirva; á él no le pesará ganar »algunos napoleones de mas: dígale Vm.

»que yo se lo mando.» Gentilini desde »luego aceptó con mucho gusto; pero la misma noche el pobre muchacho vino á decirme que le habian hecho observar que no era decente que un criado del Emperador sirviese á un particular; y Napoleon llevó su bondad hasta el extremo de llamar á Gentilini para mandárselo personalmente.

FIN DEL TOMO SÉTIMO.

DIARIO

DE

SANTA HELENA.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA HELENA.

Nuevas ocupaciones del Emperador. — Sobre los grandes capitanes; la guerra, etc. — Sus ideas sobre varias instituciones para el bien estar de la sociedad. — Abogados. — Curas.

14. — A las seis el Emperador me mandó llamar á su cuarto : acababa de dictar, segun me dijo, un excelente capítulo sobre los derechos marítimos, y me habló de otros planes de obras; se entretuvo leyendo y corrigiendo unas notas preciosas que habia dictado al gran

mariscal, sobre la diferencia de las guerras antiguas á las modernas, sobre la administracion de los egércitos, su composicion, etc. Y despues, habiéndose puesto á conversar sobre el asunto, dijo entre otras cosas: « las grandes acciones » seguidas no son obra del acaso ó de la » fortuna, sino que derivan siempre de » la combinacion y del ingenio. Rara vez » se vé sucumbir á los grandes hombres » en sus mas peligrosas empresas. Véase » Alejandro, César, Aníbal, el gran Gus» tavo y otros, siempre vencedores. ¿Ha» brán llegado por su dicha á ser gran» des hombres? Nó, sino porque siendo » grándes, han sabído dominar la suerte. » Cuando se quiere examinar los resortes » de sus triunfos, nos admiramos al ver » que nada habian dejado por hacer para » obtenerlos.

» *Alejandro*, á penas salido de la infan» cia, conquista con un puñado de gente

» una parte del globo; pero por su par-
» te, ¿ fué acaso una simple irrupcion
» á modo de diluvio? No, todo se cal-
» culó profundamente, se egecutó con
» audacia, y dirigió con sabiduría. Ale-
» jandro se demuestra, á la vez, gran
» guerrero, gran político y gran legisla-
» dor. Desgraciadamente cuando llegó
» al zenit de la gloria y de los triunfos,
» se le fué la cabeza y se le vició el cora-
» zon. Habia empezado con el alma de
» un Trajano, y acabó con el corazon de
» Neron, y las costumbres de Heliogába-
» lo. » Y al pintar Napoleon las campañas de Alejandro, veia yo el obgeto bajo un punto de vista del todo nuevo.

Pasando en seguida á *César*, dijo: que al reves de Alejandro empezó su carrera muy tarde; y que habiendo tenido una juventud ociosa y de las mas corrompidas, acabó mostrando el alma mas activa, mas elevada y bella: le consideraba

como uno de los carácteres mas estimables de la historia. « César, añadió, »conquista las Galias y las leyes de su »patria; ¿ pero es al acaso y á la sim»ple fortuna á quien debe tan grandes »batallas?» Y analizaba ademas las proezas de César como lo habia hecho con las de Alejandro.

»Y aquel *Aníbal*, decia, el mas valien»te de todos, el mas admirable, quizás, »tan osado, seguro y grande en todas »sus cosas; que á los veinte y cinco con»cibió, lo que apenas es comprehensi»ble; egecutó lo que debia tenerse por »imposible; que renunciando á toda co»municacion con su pais, atraviesa al»gunos pueblos enemigos ó desconoci»dos, á quienes es preciso atacar y vencer, »escalada los Pirineos y los Alpes que se »creian invencibles y no cae sobre Italia »sino pagando con la mitad de su egér»cito la sola adquisicion del campo de

»batalla y el derecho único de comba-
»tir: que ocupa, recorre y gobierna esa
»misma Italia por espacio de diez y seis
»años, pone muchas veces al bordo del
»precipicio á la temible y soberbia Roma,
»y no deja su presa hasta que siguiendo to-
»dos su egemplo, van á combatirle en su
»propia casa. ¿Quien creerá que no debió
»su carrera y tan grandes acciones, sino á
»los caprichos del azar y á los favores
»de la fortuna? A la verdad que debia
»estar dotado de un temple de alma muy
»fuerte y poseer una alta idea de su cien-
»cia, en el arte de la guerra; el que
»interpelado por su jóven vencedor, no
»titubea en colocarse, aunque vencido,
»inmediatamente despues de Alejandro
»y de Pirro, que gradua como los ge-
»fes de la ciencia.

»Todos esos grandes capitanes de la
»antigüedad, continuaba Napoleon, y
»los que despues han seguido digna-

»mente sus pasos, no han hecho grandes »cosas, sino conformándose con las re»glas y principios naturales del arte, »esto es, con la exactitud de las combi»naciones y la relacion razonada de los »medios con sus consecuencias, y de »los esfuerzos con los obstáculos. No »han tenido buen éxito sino sugetándose »á estas bases, á pesar de la audacia »de sus empresas y la extension de los »sucesos: no han cesado de hacer cons»tantemente de la guerra una verdadera »ciencia, bajo cuyo único aspecto son »nuestros maestros, y tan solo imitándo»les es como podemos esperar acercar»nos á ellos.

»Han atribuido á la fortuna mis pri»meras acciones y no dejarán de impu»tar los reveses á mis yerros; pero si yo »escribo mis campañas, se admirarán mu»cho de ver que en ambos casos y siem»pre, mi razon y facultades no se eger-

»cieron sino en conformidad con los »principios, etc , etc.»

¡Cuan interesante es que el Emperador cumpla su palabra de escribir sus campañas! ¡Qué comentarios serán los de un Napoleon!

El Emperador continuó analizando de este modo á *Gustavo, Adolfo y Condé*, en quienes, decia, la ciencia parecia ser un instinto, pues la naturaleza los produjo sabios; *Turenne* al contrario no se formó sino con trabajo y á fuerza de instruccion.

Habiéndome adelantado á observarle sobre el particular, que sin embargo se habia notado que Turenne no habia formado discípulos, al paso que Condé habia dejado varios y muy distinguidos. «Por capricho del acaso, repuso el Em»perador; fué lo contrario de lo que de»bia suceder. Pero no siempre depende »de los maestros el formar buer

»cípulos, es preciso que la naturaleza »se preste: el terreno debe ser apropósito »para la semilla.»

Y continuó sobre *Eugenio*, *Marlborough*, *Vendome*, etc., sobre el *gran Federico*, que decia haber sido principalmente táctico por excelencia, y haber poseido el secreto de hacer de los soldados unas verdaderas máquinas; y respecto de él mismo dijo. «¡ Cuanto difieren los nombres algunas veces de lo »que anuncian! ¿ Saben ellos mismos, »acaso, lo que son? Aqui está uno, que »empezó por huir delante de su propia »victoria y que en el resto de su carrera »se mostró, ciertamente, el mas intrépido, el mas tenaz é impávido de los »hombres, etc.»

Despues de comer, ocupada la imaginacion del Emperador con su trabajo del dia, que de algun tiempo á aquella parte seguia con una especie de deleite y

satisfaccion, habló hasta cerca de la una de là mañana, discurriendo magistralmente, del modo mas sútil, fuerte y luminoso una multitud de obgetos de guerra.

Parangonaba la gran diferencia de la guerra de los antiguos respecto de la de los modernos, y decia: « la invencion »de las armas de fuego lo ha cambiado »todo; este gran descubrimiento es ven»tajoso al que acomete, á pesar de que »la mayor parte de los modernos han »sostenido lo contrario. La fuerza cor»poral de los antiguos estaba en razon »de sus armas ofensivas, y las nuestras, »al contrario (las de nuestros dias) estan »enteramente fuera de nuestra esfera. »

Si deja Napoleon algunas ideas sobre estas materias, muy preciosa debe ser su opinion: aquella noche habló sobre la mayor parte de las circunstancias militares, se elevó hasta las mas altas ideas,

y descendió á los mas minuciosos pormenores.

Decia que la guerra se componia solamente de accidentes, y aunque un gefe debe seguir los principios generales, no debe nunca perder de vista todo lo que puede ponerle en el caso de aprovecharlos. El vulgo llamará á esto dicha, y sin embargo es mas bien la propiedad del ingenio.......

Era de sentir que en el estado actual, debia darse mas consistencia á la tercera fila de infantería, ó que se suprimiese, y explicaba los motivos.....

Queria ademas, que la infantería cargada por la caballería, tirase desde muy lejos sobre ella, en lugar de tirar á boca de jarro como se hace en el dia; y demostraba la ventaja.....

Decia que la infantería y caballería solas, sin artillería no debian producir resultado alguno decisivo; pero que con

artillería, y todo en proporcion, la caballería debia destruir á la infantería; y desenvolvia luminosámente todas estas cosas é infinitas otras.

Añadia que la artillería, actualmente, decidia del destino de los egércitos y de los pueblos: que lo mismo se batia con el cañon que con los puños y que en una batalla, asi como en un sitio, el arte consistia ahora en converger un gran número de fuegos sobre el mismo punto; que determinada una vez la pelea, el que con mas destreza, conseguia situar repentinamente y sin conocimiento del enemigo, sobre uno de sus puntos, una masa inopinada de artillería, estaba seguro de vencer: este habia sido, decia, su secreto y su gran táctica.

Por lo demas, concluia, que no podia haber un verdadero egército, segun el pensaba, sin operar una gran revolucion en las costumbres y educacion del sol-

dado y aun tal vez en las del oficial. Todo lo entorpecian nuestros hornos, almacenes, empleados y carruages; que no habria egército hasta que á imitacion de los romanos, el soldado recibiese su trigo, tuviera sus molinillos, cociera el pan en su marmita, etc. etc. Y en fin, que tampoco lo habria hasta tanto que no se ahuyentara nuestra espantosa administracion embrolladora, etc.

« Yo habia meditado, decia, todas estas reformas; pero para ponerlas e práctica, me hubiera sido preciso estar en una profunda paz: un egército en guerra no lo permitia; se habria sublevado y mandádome á pasear, etc.

Puesto que me hallo tratando de este asunto, voy á reunir aqui varias notas cogidas en distintos momentos sobre las innovaciones proyectadas por el Emperador, no solamente sobre el egército, sino tambien respecto de otros obgetos esenciales á la organizacion social.

A la época de la paz general, dijo, mas de una vez, tuve el proyecto de reducir cada potencia á una inmensa diminucion de los egércitos permanentes. Deseaba que cada soberano se limitase á su sola guardia, considerada como cuadro del egército que debiera formarse en caso de necesidad. Pensaba, si se hubiera visto precisado á conservar un egército grande en tiempo de paz, emplearlo en los trabajos públicos, darle una organizacion, un vestido y un modo de mantenerse enteramente particular. Sin duda se hallará una parte de estas cosas en sus memorias: yo sé que las dictó en diferentes ocasiones á aquellos señores.

Decia que las mayores dificultades que habia experimentado siempre en sus planes de campaña y sus grandes expediciones, procedian del alimento moderno del soldado: era preciso hallar el trigo y molerlo; amasar la harina y cocer el

pan. Asi es que el método romano, que aprobaba y hubiera adoptado en todo ó en parte, habria sanjado todos esos inconvenientes. « Con él, decia el Emperador, » se iria hasta el fin del mundo; pero era » preciso tiempo para hacerlos transigir » con semejante sistema, que no podia » ponerse en egecucion con una simple » orden del dia. Mucho tiempo hace lo » habia yo pensaba; pero por grande que » hubiera sido mi poder me habria guar- » dado bien de mandarlo, pues no hay » subordinacion ni temor cuando estan » vacios los estómagos. Solo en tiempo » de paz y con descanso hubiera podido » conseguirse insensiblemente, y lo ha- » bria obtenido creando nuevas costum- » bres militares. »

El Emperador queria que toda la nacion pasase por la prueba de la conscripcion. « Soy intratable sobre las excep- » ciones, decia un dia en el consejo de

»estado : serian otros tantos crímenes y »cargos de conciencia el haber hecho »matar á uno, en detrimento de otro : no »sé, aun si exceptuaria á mi hijo. » Y en otra ocasion decia que la conscripcion era la raiz eterna de una nacion, el crisol de su moral, y la verdadera institucion de todos los hábitos, y ademas, añadia, la nacion se hallaba de este modo, enteramente clasificada en sus verdaderos intereses, para su defensa exterior y reposo interior. « Organizado y amalga»mado asi, decia, el pueblo frances hu»biera podido desafiar al universo; habria »podido, y con mas razon, recordar »aquel dicho arrogante de los galos. *Si el »Cielo llegase á caer lo sortendriamos con nuestras lanzas.*

En su sistema é intenciones, la conscripcion lejos de dañar á la educacion, la habria promovido, estableciendo en cada regimiento una clase, para el prin-

cipio ó la continuacion de todo género de trabajos, ora para la instruccion, ora para las artes liberales ó para las simples mecánicas. « Y no habria cosa mas facil » que obtener todo esto, notaba; adop» tado una vez el principio, se habria visto » que cada regimiento sacaba de sus mis» mas filas cuanto hubiera necesitado, ¡ y » qué beneficio para aquellos jóvenes, el » adelanto en sus conocimientos adquiri» dos, aun cuando no hubiera sido mas » que elemental, con las costumbres que » derivarian necesariamente, y cuanto » habria cundido en la masa comun de la » sociedad ! etc. »

Un dia, decia ademas al Emperador, que si hubiera tenido tiempo, pocas instituciones habrian quedado sin coreccion; y se extendia sobre el azote de los pleitos, diciendo, eran una verdadera lepra y un horrible cáncer social. « Mi có» digo, decia, los ha disminuido ya con-

» siderablemente, poniendo una infinidad
» de causas al alcance de todos; pero to-
» davía queda mucho que hacer al legis-
» lador, no porque se lisongee impedir
» las disputas de los hombres, que serán
» eternas, sino que es preciso evitar que
» un tercero viva de las querellas de otros
» dos, y aun impedir que las excite, á fin
» de vivir mejor. Yo hubiera deseado,
» pues, estatuir que no se pagase á nin-
» gun procurador ni abogado si no gana-
» ban las causas. ¡ Cuantos pleitos se evi-
» tarian de este modo! Pues es evidente
» que no habria, ni uno siquiera, que al
» primer exámen de la causa no la dese-
» chase si le parecia dudosa. No puede
» temerse que un hombre que vive de su
» trabajo, quisiera perjudicarse por solo
» el gusto de charlar; y aun en este caso
» el daño recaeria solamente sobre él.
» Pero con los legistas al punto se com-
» plican las cosas mas sencillas: me pre-

»sentaron una infinidad de dificultades é »inconvenientes y yo que no podia perder el tiempo, abandoné mi proyecto »para reproducirlo en ocasion oportuna. »Mas aun en el dia estoy convencido de »que es luminoso, y que pudiéndolo ó »modificándolo, podria sacarse gran par»tido.»

Y despues hablando de los *curas*, que queria hacerlos muy importantes y útiles, dijo: «Cuanto mas ilustrados tanto »mas aptos serán para el desempeño de »su ministerio.» Por esto hubiera deseado que á su curso de teología se les hubiese agregado otro de agricultura, los elementos de medicina y de derecho. «De este modo, decia, el dogma y la »controversia, que no son mas que las »armas del necio y del fanático, hubie»ran algun tanto escaseado insensible»mente en el púlpito, quedando sola»mente la pura moral, siempre hermosa,

»elocuente y persuasiva; y como por lo
»comun nos gusta hablar de lo que sabe-
»mos, esos ministros de una religion de
»caridad, hablarian con preferencia á los
»aldeanos, de su agricultura, de sus tra-
»bajos y de los campos; podrian dar
»buenos consejos contra los litigios, y
»buena asistencia á los enfermos: todos
»ganarian. Entonces los pastores serian
»verdaderamente una Provideucia para
»sus ovejas, y como se les habria asig-
»nado los medios suficientes para vivir
»con decencia, disfrutarian de una gran-
»de consideracion; se hubieran respetado
»ellos mismos, siéndolo tambien de to-
»dos. Nó habrian tenido el poder que en
»tiempo del señorío feudal, mas sin
»aquel peligro, hubieran gozado de todo
»el influjo. Un cura habria sido el juez
»de paz natural, el verdadero gefe mo-
»ral, director, sin peligro, de la pobla-

»cion, puesto que seria dependiente del »gobierno que lo nombraba y asalariaba. »Si á todo esto se añade, las pruebas y »el noviciado necesario para llegarlo á »ser, que en cierto modo son un garan- »te de la vocacion, y suponen buenas »disposiciones morales, debemos incli- »narnos á juzgar que semejantes elemen- »tos hubieran formado pastores capaces »de producir en los pueblos una verda- »dera revolucion moral en beneficio de »la civilizacion.

Esto me recuerda háber oido al Emperador en el consejo de estado, declamar contra toda clase de emolumentos, pié de altar, etc., de los ministros del culto, y demostrar lo indecoroso que era ponerlos en el caso de regatear, decia, unos obgetos sagrados é indispensables; por cuyo motivo proponia abolir todas estas socaliñas. « Haciendo »gratuitos los actos de religion, añadia,

»ennoblecemos su dignidad, beneficen-
»cia y caridad: favorecemos mucho á
»las clases pobres, no habiendo cosa mas
»natural ni mas sencilla que substituir
»esos emolumentos por una imposicion
»legal, pues todos nacen, infinitos se
»casan y todos mueren; ved ahí no obs-
»tante tres grandes obgetos de agiotage
»religioso, que repugnan, y yo quisiera
»que desapareciesen. Puesto que se apli-
»can igualmente á todos, porque no han
»de someterse á una imposicion espe-
»cial, ó bien incluirlos en la masa de las
»imposiciones generales, etc., etc.» Es-
ta proposicion no tuvo efecto.

Los actuales ministros ingleses. — Todos los ministerios, otros tantos hospitales de leprosos; excepciones honrosas. — Sentimientos de Napoleon por los que le han servido.

16. — Encontré al Emperador ojeando una especie de almanaque político ingles; habiéndose detenido sobre los individuos del ministerio, me dijo: «¿Conoce Vm. algunos? ¿Cual era en »su tiempo la opinion general sobre »ellos? — Señor, le respondí, hay tan»to tiempo que falto de Inglaterra qu »casi todos los que representan hoy al»gun papel no hacian mas que empezar »entonces; ninguno estaba aun en pri»mera línea de la escena política.» Y nombrando á *lord Liverpool*, dijo: «En»tre todos estos el lord Liverpool es el »que parece mas honrado; me han habla-

»do medianamente bien de él: creo que »tiene buen comportamiento y decoro; »yo no me quejo de que sean enemigos »mios, pues tienen que hacer su oficio »y cumplir con sus obligaciones; pero »tengo motivos de indignarme contra »las medidas y fórmulas innobles.» Atento á esto, dije al Emperador, que en mi tiempo el padre del lord Liverpool, Mr. Jenkenson, despues lord Hawkesbury, y últimamente Liverpool, hizo su fortuna política: se decia que era muy hombre de bien, amigo particular de Jorge III, muy laborioso y especialmente encargado de los documentos diplomáticos.

El Emperador pasó en seguida á lord S......: «Este era un hombre bastante »honrado, me han dicho, pero de poca »capacidad; uno de aquellos bonazos que »contribuyen simplemente al mal.— Se»ñor, en mi tiempo y bajo el nombre

»de Adington, fué orador de la cámara
»de los comunes y mereció la aproba-
»cion general. Era la hechura, segun se
»decia, de Mr. Pitt, y aun aseguraban
»que este ministro, al dejar su empleo,
»lo habia hecho nombrar en su lugar,
»con el fin de volver á su puesto mas fa-
»cilmente, cuando le conviniese. Lo
»cierto es que el público quedó muy sor-
»prendido al ver que Mr. Adington era
»el succesor de Mr. Pitt, tan superior á
»sus fuerzas juzgaban la cosa; y despues
»hablando de él un periódico de la opo-
»sicion, recordaba que un filósofo, (creo
»que Locke) habia dicho que los niños
»no eran mas que una hoja de papel
»blanco, sobre la cual aun nada habia
»escrito la naturaleza; á lo que el diaris-
»ta observaba chistosamente, que escri-
»biendo sobre la hoja del *doctor* (sobre-
»nombre de Mr. Adington), preciso era
»convenir que esa buena naturaleza, ha-

»bia dejado terribles márgenes. — Y de
»ese perveroso perro, á cuyo pasto pare-
»ce que nos han entregado, ese *lord*
»*B*......, repuso el Emperador, ¿qué
»sabe Vm.? — Absolutamente nada, Se-
»ñor, ni sobre su origen, persona ni
»carácter. — Pues bien, como á mí no
»me es dado juzgarlo desde aqui, dijo
»con vehemencia, si no por sus acciones
»respecto de mí; en tal concepto lo ten-
»go por el mas *vil, brutal y bajo de los*
»*hombres*. La ferocidad de sus determi-
»naciones, la grosería de sus palabras y
»la infame eleccion de su agente, me au-
»torizan á fallar asi. No se halla tan fá-
»cilmente un verdugo como el que me
»ha enviado: no, no es la mano tan fe-
»liz; preciso es que lo haya buscado,
»examinado, juzgado é instruido, y á la
»verdad que bastante es esto á mis ojos
»para pronunciar la condenacion moral,
»de cualquiera que sea capaz de entrar

»en tales pormenorores, ¡Por su conduc-
»ta puede suponerse cual será su co-
»razon!

Confieso, que cediendo al impulso de mi natural y al decoro, he estado á punto de suprimir ó suavizar las expresiones que preceden: pero me ha detenido un escrúpulo. Y si la gran sombra, tan gravemente herida, me he dicho á mí mismo, me hiciera entender: «¡Puesto que »os habeis propuesto hacerme hablar, »conservad al menos mis palabras!...» Asi es preciso que haga justicia. Cuando se disfruta de honores y de poder, es necesario tambien responder á los cargos: el inculpado debe justificarse, y si lo consigue queda sin mancha alguna.

Habiendo pasado el Emperador al lord C......, dijo: «Ese es el que gobier»na á todos los demas, y aun al mis»mo príncipe por medio de sus intrigas

»y audacia. Fuerte con una mayoría que »él mismo ha compuesto, siempre está »dispuesto á pelear en el parlamento con »la mayor indecencia, contra la razon, »el derecho, la justicia y la verdad; po»co le cuestan los embustes, nada le de»tiene, de todo se burla, pues sabe que »los votos los tiene constantemente á su »devocion para aplaudirlo y legitimarlo »todo. Ha sacrificado enteramente á su »pais, y lo tala mas y mas, conduciéndolo al reves de la política, de sus doc»trinas é intereses: lo entrega entera»mente al continente. La posicion se »complica cada dia mas: ¡sabe Dios co»mo escapará!

»Lord C....., continuó, está conside»rado en Inglaterra mismo, segun se »me asegura, como el hombre de la in»moralidad. Empezó por una apostasía »política, que aunque comun en su pais, »deja siempre no obstante una mancha

»indeleble. Entró en la carrera bajo los »pendones de la causa del pueblo, y se »ha constituido el agente del póder y de »la arbitrariedad. Si se le hace justicia »debe sér execrado de lós irlandeses sus »compatriotas, á quienes ha vendido, »y de los ingleses, cuyas libertades in»teriores ha destruido, asi como los in»tereses exteriores.

»Tuvo la impudencia de presentar al »parlamento, como hechos auténticos »los que sabia muy bien haber sido falsi»ficados, y tal vez por su orden; y sin »embargo, sobre tales actos se senten»ció el destronamiento de Murat. Hace »profesion de mentir públicamente, to»dos los dias en pleno parlamento, y en »algunas asambleas públicas, atribuyén»dome palabras y proyectos capaces de »hacerme odioso á los ojos de sus com»patriotas, aunque sabe que todo es fal»so, y esa accion es tanto mas baja

»cuanto que me imposibilita responder.

»Lord C...., discípulo de Pitt, á quien »se cree igual, quizás no es á lo mas sino »su mono, no ha dejado de seguir los »planes y conspiraciones de su maestro »contra la Francia. Y tal vez su pertina- »cia y obstinacion en eso, hayan sido sus »verdaderas y únicas cualidades; pero »Pitt tenia grandes miras, en él el inte- »res de su pais era primero que todo, »tenia ciencia y sabia crear, y de su »isla, como punto de apoyo, gober- »naba y hacia obrar segun su volun- »tad á los reyes del continente. C.... al »contrario, substituyendo la intriga á la »creacion, los subsidios al ingenio, é in- »quietándose poco por su pais, no ha ce- »sado de emplear el crédito é influjo de »esos reyes, para fijar y perpetuar su »poder en su isla. Sin embargo, tal es »la marcha de las cosas; Pitt, con todo »su saber era desgraciado en las empre-

»sas, y C.... incapaz, ha acertado com»pletamente. ¡Oh ceguedad de la for»tuna!!

C.... se ha mostrado el hombre del »continente; dueño de la Europa ha sa»tisfecho á todo el mundo, y solo ha ol»vidado á su pais. Sus determinaciones »hieren de tal modo el interes nacional, »son tan al reves de las doctrinas del pais »¡y tienen en sí mismas tal carácter de »inconsecuencia, que no se entiende co»mo una nacion prudente se deja go»bernar por semejante loco!!!

»Toma por base la legitimidad, que »pretende sentar como dogma político, »destruyendo, de este modo, los cimien»tos del trono de su amo; y sin embargo »reconoce á Bernadotte en oposicion al »legítimo Gustavo IV, que se inmoló en »beneficio de la Inglaterra. Reconoce »tambien al usurpador Fernando VII, en »detrimento de su venerable padre Cár»los IV.

»Proclama con los aliados, como otra »base fundamental, el restablecimiento »del antiguo orden de cosas, la indem- »nizacion de los agravios, las injusticias »y las depredaciones pasadas, en fin la »vuelta de la moral pública; y sacrifica »la república de Venecia que abandona al »Austria, la de Génova con que favorece »al Piamonte, engrandece la Rusia, su »enemiga natural, con la Polonia, des- »poja al rey de Sajonia en favor de la »Prusia, que ya no puede servirle de »ningun apoyo, quita la Noruega á la »Dinamarca, (que mas independiente de »la Rusia podria abrirle la llave del Bál- »tico), para enriquecer á la Suecia, su- »geta enteramente á los rusos por la pér- »dida de la Finlandia y de las islas del »Báltico. En fin, violando los primeros »elementos de la política general, se ol- »vida en su poderosa situacion, de resu- »citar la independencia de la Polonia y

»de este modo entrega á Constantinopla, »expone á toda la Europa, y prepara mil »dificultades á la Inglaterra.

»Nada diré de la monstruosa inconse»cuencia de un ministro, representante »de una nacion libre por excelencia, que »vuelve á poner la Italia bajo el yugo »del Austria, esclaviza de nuevo la Es»paña, y concurre con todos sus esfuer»zos, á remachar las cadenas del conti»nente entero. ¿Pensará acaso que la li»bertad no es aplicable sino á los Ingle»ses, y que el continente no está hecho »para gozarla? (1) Pero en este mismo »caso aparecerá culpable para con sus »propios compatriotas á quienes priva »continuamente de algunos de sus dere-

(1) Y en efecto, posteriormente, lord C..., tuvo la insolencia de hacer precisamente esta misma declaracion en pleno parlamento, y casi con las mismas palabras, con motivo de la constitucion de Baden ó de la Baviera.

»chos : la suspension inoportuna é indis-
»creta del *habeas corpus*; el *alien bill*, en
»virtud del cual, ¡quien lo creyera !. la
»muger misma de un ingles, si es extran-
»gera, puede ser expulsada de Inglaterra,
»si le place al ministro ; promueve á lo
»infinito el espionage y la delacion, por
»medios de agentes provocadores con
»cuya infernal invencion no hay duda
»que siempre se hallarán culpables y se
»multiplicarán las víctimas ; es ademas
»una fria violencia y un yugo de hierro
»que hace pesar sobre algunas dependen-
»cias extrangeras. No, el lord C..... no
»es el ministro de un gran pueblo libre
»encargado de imponer respecto á las
»naciones extrangeras ; sino un visir de
»los reyes del continente que procura
»acostumbrar á la esclavitud á sus com-
»patriotas por instigacion de aquellos ; es
»el eslabon ó el conducto por cuyo me-
»dio se vacian en el continente los teso-

»ros de la Gran Bretaña, y se importan »en Inglaterra todas las envenenadas »doctrinas de afuera.

»Parece que se muestra el partidario, »el obsequioso socio de esa misteriosa »santa alianza, alianza universal, cuya »razon ni obgeto no podria yo adivinar »desde aqui, que nada útil puede presen- »tar, ni hace presagiar nada de bueno. »¿Se dirigiria acaso contrá los turcos? »Mas entonces se opondrian los ingleses. »¿Seria en efecto para mantener la paz »general? Esta es una quimera que no »cabe en los gabinetes diplomáticos: no »podrian existir alianzas sino por oposi- »ciones y á modo de contrapeso, ni po- »drian ser todos aliados: pues entonces »la alianza seria ilusoria. Yo no puedo »comprenderla, sino como alianza de los »reyes contra los pueblos; ¿pero en es- »te caso, qué papel representará el lord »C..... en el interior de su pais? ¿Si

»tal cosa fuese, no podria ó no deberia
»pagarlo caro alguna vez?

»Yo tuve en mi poder á ese lòrd C..,
»dijo el Emperador, que estaba intri-
»gando en Chatillon, cuando en uno de
»nuestros triunfos momentáneos, mis
»tropas envolvieron el congreso. Enton-
»ces el primer ministro ingles estaba sin
»carácter público y por lo tanto excluso
»del derecho de gentes: él lo conoció y
»se mostró en la mas espantosa perple-
»xidad por hallarse entre mis manos. Yo
»le mandé decir que se tranquilizara,
»que estaba en libertad: lo hice por mí,
»no por él, pués en verdad que nada
»bueno esperaba de su parte. Sin em-
»bargo algun tiempo despues manifestó
»su reconocimiento de un modo particu-
»lar: cuando vió que yo elegí la isla de
»Elba, me hizo proponer por asilo la
»Inglaterra y empleó entonces su elo-
»cuencia y astucia para determinarme á

»ello; pero en el dia los ofrecimiento
»de un C...., deben parecerme sospe-
»chosos; ¡y no hay duda que ya medi
»taba entonces, por aquel medio, el
»horrible tratamiento que en este instan-
»te se egerce sobre mi persona!

»Ha sido una gran desgracia para el
»pueblo ingles que su ministro director
»haya ido á tratar él mismo en persona
»con los soberanos del continente: es
»una violacion del espíritu de sus leyes
»fundamentales. El orgullo inglès no vió
»entonces sino que su representante iba
»á dictar leyes, pero en el dia tiene mo-
»tivos de arrepentirse, puesto que el re-
»sultado le prueba, que muy al contra-
»rio solo ha estipulado trabas, descré-
»dito y perfidias.

»El hecho cierto es que lord C.....
»hubiera podido obtenerlo todo; pero ya
»sea por la ceguedad, incapacidad ó per-
»fidia, todo lo ha sacrificado. Sentado

»una vez en el banquete de los reyes »parce que se avergonzó de dictar la pàz á »lo *mercader*, ý se propuso tratarla como »*señor*. Su orgullo ganó en ello, y es »probable que sus intereses no perdie- »ron; solo su pais es el que ha sufrido »mucho y por largo tiempo.

»¿Y los reyes del continente acaso de- »berán tambien expiar el yerro de haber »puesto en contacto personal á sus mi- »nistros directores? ¿El resultado no nos »hace creer que todos esos primeros mi- »nistros se han creado á costa de sus »propios amos, una especie de soberania »secundaria, y que se la han garantido »recíprocamente, acompañándola, se- »gun es créible, de verdaderos subsidios »consentidos con la aquiescencia misma »de sus señores? Asi parece haberse ar- »reglado la cosa, y en efecto, nada es »mas sencillo é ingenioso al mismo tiem- »po, pues arreglando el tipo secreto en

»un punto, se decidirá que tal sugeto, »en el continente ha sido muy útil, que »aun puede serlo y que es preciso saber »conocerle. Este, por su parte tendrá »cuidado de asegurar en su pais que »otro, indirectamente, ha hecho grandes servicios, hasta el caso mismo de »comprometer sus intereses y que es »preciso recompensarle. Esta especie de »convenio, ciertamente le hizo decir á »un gran personage en Viena, en un mo»mento de despecho: *Fulano me cuesta »los ojos de la cara.* No hay la menor du»da que esas transacciones innobles, y »esos vergonzosos manejos se publica»rán un dia: entonces se verán los enor»mes caudales legados ó consumidos; »con el tiempo les consagrarán otras car»tas semejantes á las de Barillon; pero »nada descubrirán, ni marchitarán nin»gun carácter, porque los contemporá»neos habrán tomado ya la delantera.»

Despues de este vigoroso y largo discurso, en el cual, quizás por primera vez, ví á Napoleon en el trato familiar, expresarse con tanto ardor y encono contra quienes tenia motivos de quejarse personalmente, guardó el silencio algunos instantes, y despues volviendo al asunto, dijo: «¿y ese C...... ha tenido »el arte de apoyarse enteramente en el »lord W......, (cuyo nombre en aquel »momento hallaba el Emperador entre »los miembros del ministerio) W......, »continuó, ¡se ha convertido en hechura »suya! ¡Como pues, el moderno Marl»borough inscribirse en la servidumbre »de un C......! ¡Dedicar sus victorias á »las sandeces de un saltimbanqui políti»co! ¿Puede concebirse esto? ¡Como »no se indigna W....... de pensarlo sola»mente! ¿Acaso no estaria su alma al ni»vel de sus triunfos?......»

He notado que en general, repugnaba

el Emperador hacer mencion del lord W...... Comunmente lo evitaba siempre que se presentaba la ocasion de formar su juicio. Sin duda que creia indecoroso deprimir públicamente al hombre que le habia hecho sucumbir. No obstante en este momento se abandonó sin reserva, manifestando su pensamiento por entero. La sensacion de todas las indignidades con que le afligian, obraba sin duda en aquel momento en todo su vigor: nunca le ví (por ser comunmente despreciador sereno de los que mas mal le han hecho) con tanta vehemencia; sus gestos, acento y facciones, ya no indicaban la amargura, sino la imprecacion, yo mismo estaba conmovido.

«Me han asegurado, dijo, que él es »la causa de que yo esté aqui, y lo creo »(1). ¡Es preciso confesar, que eso es

(1) Esta idea de Napoleon se reprodujo en las últimas líneas que escribió.

»digno del que con desprecio de una ca-
»pitulacion, dejó perecer á Ney, con
»quien varias veces se vió en el campo
»de batalla! Por lo que hace á mí es
»cierto que le hice pasar un triste cuarto
»de hora; pero esto es comunmente un
»timbre para las grandes almas: la suya
»no lo ha sentido asi. Mi caida y la suer-
»te que me reservaba, le preparaba una
»gloria muy superior á todas sus victo-
»rias.; mas no lo ha conocido. ¡Ah!
»¡Cuanto le debe á Blucher! Sin él no
»sé donde estaria *su gracia*, segun le lla-
»man; pero yo seguramente no estaria
»aqui: sus tropas se portaron admirable-
»mente, sus disposiciones fueron mise-
»rables ó por mejor decir no dió ningu-
»nas: se puso en la imposibilidad de
»darlas, y por una extravagancia, esto
»mismo lo salvó al fin. Si hubiera podi-
»do empezar su retirada era perdido......
»Quedó dueño del campo de batalla, es

»cierto, ¿pero lo debió á sus combina»ciones? Recogió el fruto de una victo»ria prodigiosa, ¿mas su ingenio la habia »acaso preparado?....... Su gloria es en»teramente negativa, sus yerros inmen»sos. Un generalísimo europeo, encar»gado de tan grandes intereses, teniendo »á su frente un enemigo tan veloz y atre»vido como yo, dejar esparcidas sus tro»pas, dormir en una capital y dejarse »sorprender. ¡Y cuanto puede la fatalidad »cuando toma parte en las cosas! En tres »dias he visto tres veces el destino de la »Francia y el del mundo entero, esca»parse á mis combinaciones.

»Por otro lado, sin la traicion de un »general que salió de nuestras filas para »ir á advertir al enemigo, yo habria dis»persado todas sus divisiones antes que »hubieran podido reunirse.

»Despues sobre mi izquierda, sin las »incertidumbres no acostumbras de Ney,

»yo habria destrüido el egército ing'es
»en *quatre bras*.

»En fin, sobre mi derecha, las inau-
»ditas maniobras de Grouchy, en lugar
»de garantirme una victoria cierta, con-
»sumaron mi pérdida, y precipitaron á
»la Francia en un abismo.

»No, repuso aun, W.... No tiene
»mas que un talento especial: Bertier
»tenia tambien el suyo. Quizás exceda á
»este; pero no tiene creacion; la fortuna
»ha hecho mas por él que él por ella.
»¡ Qué diferencia de este Marlboroúrgh,
»en adelante su émulo y su paralelo!
»Marlborough, al paso que ganaba batallas
»manejaba á los gabinetes y subyugaba
»á los hombres. Pero W..... no ha sa-
»bido sino declararse el servidor de las
»miras y planes de C..... Asi es que
»Madama de Staël dijo de él, que en
»sacándolo de sus batallas, no era ca-
»paz de formar dos ideas. Los salones

»de Paris de un gusto tan fino, delicado »y justo, fallaron desde luego que tenia »razon, y el plenipotenciario frances en »Viena lo ha sancionado. Sus victorias, »resultado é influjo, brillarán algun tanto »en la historia; pero su nombre se em- »pañará aun durante su vida.»

En seguida volviendo á los ministerios en general, y sobre todo á los colectivos, á todas las intrigas, grandes y pequeñas pasiones que agitan los que los componen, y dijo: «caro amigo, bien »visto todo, son otros tantos *hospitales de* »*leprosos*: ninguno se escapa del conta- »gio y sin duda puede haber hombres »virtuosos que aspiren á estos puestos; »pero una vez obtenidos todos dejan en »ellos su pureza. Yo no exceptuaré, »quizás mas que dos, el mio y el de los »Estados Unidos de América: el mio »porque mis ministros no eran mas que »agentes mios, y yo era solo el respon-

» sable, y el de los Estados Unidos por» que los ministros son allí los órganos » de la opinion siempre íntegra, vigilante » y severa. » Y concluyó con estas notables palabras.

» Yo no creo que ningun soberano se » haya visto jamas mejor rodeado que » yo lo estaba últimamente. ¿ Qué hu» biera podido decirse con justicia sobre » el particular ? Y si no lo han tenido en » consideracion es porque comunmente » es moda entre nosotros murmurar sin » intermision. » Y se puso á contar por los dedos sus diferentes ministros.

« Mis grandes dignatarios, decia, » *Cambaceres* y *Lebrun*, personas muy » distinguidas y enteramente benévolas.

» *Bassano* y *Caulaincourt*, dos hombres » de buen corazon é integridad; *Molé*, » ese nombre ilustre de la magistratura, » tenia un carácter indicado probable» mente para ocupar un puesto en los » ministerios futuros.

»*Montalivet*, tan honrado; *Décres* de »un manejo tan puro y rigososo ; *Gau*»*din* de un trabajo tan sencillo y seguro; »*Mollien* tan perspicaz y activo ; y todos »mis consejos de estado tan prudentes »y trabajadores. Todos estos nombres »permanecen inseparables al mio. ¡ Qué »pais ni época presentó nunca un con»junto mejor compuesto ni mas moral ! »¡ Dichosa la nacion que posée tales ins»trumentos y sabe hacer uso de ellos ! »Sin alabar mi carácter natural, pues »mi aprobacion fué en general puramen»te negativa, no por eso dejaba de te»ner un exacto conocimiento de los que »servian bien y han adquirido títulos á »mi gratitud. El número es inmenso y »los mas modestos no son los menos »acreedores : asi es que no trataré de »nombrarlos ; tan sentido podria ser y »atribuido á ingratitud, el menor olvido »de mi parte. »

Nueva mencion sobre los generales de Italia. — El padre de uno de sus ayudantes. — Obscenidades de Paris.—Novela abominable sobre los jugadores.

17.—El Emperador estaba malo y no habia visto á nadie en todo el dia; á la noche me mandó llamar. Yo me mostré muy inquieto por su salud, y entonces me dijo que sufria mas del espíritu que del cuerpo, y se puso á conversar tocando una infinidad de obgetos que le reanimaron algun tanto.

Hizo de nuevo mencion de los generales de Italia, habló de su carácter y citó algunas anécdotas peculiares á los mismos, indicando la ambicion del uno, las fanfarronades del otro, las tonterías de un tercero, algunas rapiñas de muchos, las buenas cualidades de otros, y de los grandes y verdaderos servicios

que en general hicieron todos. Se detuvo sobre la defeccion de uno de los que mas habia querido, y dijo que se le partió el corazon de dolor, y terminó asegurando que por lo que conocia de él, suponia que algunas veces debia haber sido muy desgraciado. «Jamas, añadia, »defeccion alguna fué mas terminante ni »funesta : se halla consignada en el *Mo-* »*nitor*, y con su propia mano, habiendo »sido la causa inmediata de nuestras »desgracias, el sepulcro de nuestro po- »der y la mancha de nuestra gloria, »etc.... Y sin embargo, decia con una »especie de recuerdo afectuoso, lo re- »pito porque lo pienso asi, sus senti- »mientos valen mas que su reputacion; »su corazon es mejor que su conducta, »¿y él mismo no parece que piensa asi? »Los periódicos nos dicen que pidien- »do él mismo el perdon de Lavalette, »respondió con ternura á las dificultades

»del monarca : ¡ *Pero , Señor , no os he* »*dado yo mas que la vida !* Otros nos han »vendido tambien, decia el Emperador, »y de un modo mucho mas ruin toda- »vía ; pero sus acciones al menos no »estan autentizadas como esta , con do- »cumentos oficiales. »

Continuando sobre el mismo asunto, dijo que le habia educado como un padre hubiera podido hacerlo con un hijo. No pudo entrar en el real cuerpo de artillería, y hubo de agregarse á un regimiento provincial. « Sobrino , decia el »Emperarador , de uno de mis compa- »ñeros en Brienna en el regimiento de »*La Fere,* que me lo recomendó al emi- »grar, me púso en el caso de servirle »de tio y de padre, como en efecto se »verificó ; tomando yo un verdadero in- »teres por él, é impulsando muy luego »su carrera. Su padre era caballero de »San Luis, propietario de fraguas en

»Borgoña, y tenia un caudal conside-
»rable.»

Napoleon referia que en 1794, de vuelta á Paris, procedente del egército de Niza, hallándose la quinta del padre cerca del camino se detuvo alli y fué magníficamente tratado : ya empezaba á gozar de cierta reputacion. El tal padre, por dicho del mismo hijo, era un verdadero avaro; pero tomó muy á pecho obsequiar á su huesped que tantas bondades habia prodigado á su hijo, y lo hizo como los avaros, fastosamente : queria que se tirara todo por las ventanas. Era en julio ó agosto, y ordenó que encendieran lumbre en todas las habitaciones : «este rasgo, decia Napoleon,
» lo habria recogido Molière, etc.»

Mucho despues hablando de las costumbres de Paris, y del conjunto de su inmensa poblacion, enumeraba todas las abominaciones inevitables, decia él,

de una capital tan grande, en donde la perversidad natural y la suma de todos los vicios se hallan aguijoneados á cada instante por la necesidad, la pasion, el espíritu, y todas las facilidades de la mezcla y confusion; y con frecuencia repetia que todas las capitales eran otras tantas Babilonias. Citaba algunos pormenores del mas impúdico y horrible libertinage, diciendo que ya Emperador habia hecho traer á su presencia y leido el libro mas abominable que pudiera inventar la mas depravada imaginacion, el cual era una novela que aun en tiempo de la convencion, sublevó la moral pública hasta el punto que se hizo encerrar á su autor, que despues no recobró la libertad y aun lo creia vivo: su nombre se me ha olvidado, y por primera vez oí citar semejante produccion.

El Emperador trató, en cuanto se lo permitieron las circunstancias, de re-

primir algunas de esas obscenidades, decia, pero no se sintió con fuerzas para descender á las pequeñeces de otras. Por egemplo suspendió el juego enmascarado y aun quizo prohibir todas las casas de juego; pero cuando quiso tratar la cosa á fondo, halló que era negocio de mucha importancia. Y como yo le contase que la policía nos impidió que jugásemos entre nosotros en una de las primeras casas del arrabal de San German, respondió que no comprendia la causa de semejante vejacion; sin embargo, le aseguré que se habia hecho en su nombre de parte de Fouché. «Podria ser, replicó, pero yo lo igno»raba, y crea Vm. que lo mismo sucedia »respecto de todos los pormenores de »la policía alta, mediana y baja.» Y entonces me preguntó sobre el juego de que acababa de hablarle, su naturaleza, extension, etc.

Y como yo le decia siempre *nasotros*, me interrumpió deciendo : « ¿ Pero Vm. » era especialmente de aquella partida ? » ¿ Habria sido Vm. jugador ? ¡ Ah ! si se- » ñor, por mi desgracia, de tiempo en » tiempo y en largos intervalos ; pero » siempre que esta rábia se apóderaba de » mi, era hasta la indigestion. — Mucho » me alegro de no haberlo sabido en aquel » tiempo, pues Vms. se habria perdido en » mi opinion y no hubiera ocupado nín- » gun destino. Esto me prueba que nós » conociamos muy poco, y que Vm. no » hacia sombra á nadie, pues no habria » faltado algun alma caritativa de mis » allegados, que me lo hubiera prevenido. » Era pública mi disposicion contra los » jugadores, y sabian que al instante per- » dian mi confianza. Yo no tenia el tiempo » de examinar si tenian ó no razon, sino lo » que hacia era no contar mas con ellos. »

Poniatowski, verdadero rey de Polonia. — Rasgos característicos sobre Napoleon. — Dichos varios; notas perdidas.

18 *y* 19. — Hablábamos de la Polonia, conmovida á la voz del Emperador y de los reyes á quienes la creimos destinada, nombrando cada uno el suyo. Napoleon que hasta entonces habia guardado silencio, nos interrumpió diciendo : « El » verdadero rey de Polonia era Ponia- » towski, que reunia todos los títulos y es- » taba dotado de todos los conocimientos » necesarios al efecto. » Y se calló.

En este dia tuve poco que recoger del Emperador, y por desgracia desde aquella época poco le oí. Voy á llenar este vacío insertando aqui distintos objetos que hallo indicados entre algunas notas esparcidas sobre la misma carpeta de mi diario.

A su vuelta de la desastrosa campaña

de Leipsick, una mañana despnes de haber dado el Emperador algunas órdenes al general Gerard, cuya reputacion empezaba á tomar incremento, terminó con varias frases evidentemente lisongeras, mas en su fondo hastante obscuras, y despues de haber andado algunos pasos para continuar su visita de asuntos, se volvió repentinamente hácia el mismo general, habiendo probablemente penetrado en su semblante, que no lo habia entendido, y pronunció claramente aquella vez: «Yo decia que si tuviera un buen número »de personas como Vms. creeria que se »reparaban nuestras pérdidas, y me con»sideraria superior á mis asuntos.»

—En la misma época conocí hasta que punto podia llegar el ascendiente moral del Emperador sobre ciertos espiritus, y que especie de culto podia dársele. Un general cuyo nombre ignoro herido gravemente en la pierna se arrastró como

pudo para ir á ver á Napoleon, que en aquella época habia prodigado muchos favores. Ya habian instruido á este que era absolutamente indispensable la amputacion, y que aquel desgraciado oficial se negaba á ello, llegando al Emperador le dijo este. « ¿Como puede »Vm. rehusarse á una operacion que »debe conservarle la vida? El temor »no será, ¡tantas veces se ha expues»to Vm. en las batallas! ¿Seria por »desprecio de la vida? ¿Peró como »es que su corazon no le dice que con »una pierna de menos se puede aun ser »útil á la patria, y hacer grandes servi»cios á su pais?» El general guardaba el silencio; su semblante y continente aparentaban calma, pero en sentido negativo, y el Emperador entristecido habia pasado ya varias personas cuando el general demostrando haber recuperado sus fuerzas y tomado una resolucion repen-

tina, se dirigió al Emperador y le dijo. « Señor, si V. M. me dá la orden, voy á »ello al salir de aqui. » A lo que le replicó Napoleon. « Caro amigo, mi autoridad no se extiende hasta ahi; he deseado decidirle á Vm. por la persuacion »solamente, ¡pero mandato, Diós me libre de tal cosa! » Y quiero acordarme que se dijo entonces que el desgraciado general, al salir de alli fué á someterse á la terrible operacion.

— Un dia preguntaban delante de Napoleon por qué razon las desgracias aun inciertas atormentaban algunas veces mucho mas que las experimentadas ya. « Es, »repuso él, porque en la imaginacion »como en el cálculo, la fuerza de la in»cógnita es *incomensurable.* »

— Ocupándose el Emperador minuciosamente de la comodidad y mejoras de los mercados de la capital, decia comunmente. « *La halle est le Louvre du*

peuple. El mercado es el Louvre del pueblo, (1).

— La igualdad de los derechos, esto es, una misma facultad para todos de aspirar, pretender y obtener era una de las grandes prendas del carácter de Napoleon, innato en él y en su propia naturaleza. «Yo no he reinado siempre, »decia; antes de ser soberano me acuer»do de haber sido súbdito, y no he olvi»dado toda la fuerza que ese sentimiento »de igualdad tiene en la imaginacion, y »cuan vivo está en el corazon.» Lo mismo decia de la libertad.

Dando á redactar, un dia á uno de los consejeros de estado, cierto proyecto, le decia. « Sobre todo no oprima Vm. á

(1) En Paris dan el nombre de *halle* á cualquiera de los mercados de comestibles, y la voz *Louvre* es peculiar á un magnífico palacio, endonde se halla una rica coleccion de pinturas, estatuas, etc.

»la libertad y mucho menos á la igual-
»dad, pues por lo que hace á la libertad,
»á todo rigor podria tocársele algun tan-
»to, las circunstancias lo exigen y nos
»servirán de excusa; pero en cuanto á la
»igualdad de ningun modo. ¡Dios me li-
»bre! Esta es la pasion del siglo, y yo
»soy y quiero ser siempre ¡hijo del
»siglo!»

Un dia decia en Santa Helena. «Yo
»creo que la naturaleza me habia formado
»para grandes reveses, los cuales han
»hallado en mi un alma de mármol, pues
»no habiendo podido hacer mella, el mis-
»mo rayo ha tenido que resbalarse.»

— En otra ocasion decia que no du-
daba que su memoria ganaria mucho, al
paso que se envegeciese en la posteridad,
porque los historiadores se creerian pre-
cisados á vengarle de tantas injusticias
contemporáneas. Los excesos traen con-
sigo las reacciones, y por otro lado á una

gran distancia se le examinaria bajo un aspecto mas favorable, y apareceria desembarazado de mil escombros, juzgándolo en grande, y de ningun modo sobre pequeñeces; fallarian sobre las grandes combinaciones, y se dejarian á un lado las irregularidades locales, y no lo compararian consigo mismo sino con sus succesores, etc., y concluia. «Desde hoy, »como en esos tiempos, puedo presen»tarme con arrogancia ante el tribunal »mas severo y someterle todas mis ac»ciones privadas, mostrándome vírgen »de todo crimen.»

— El Emperador me dijo un dia que se proponia emprender *su historia diplomática*, ó el conjunto de sus negociaciones empezando por Campo Formio hasta su abdicacion. ¡Si pone en egecucion su pensamiento, que tesoro histórico será!

— Napoleon estimaba particularmente los alemanes. «Bien pude haberles im-

»puesto muchos millones, decia : era »necesario ; pero me habria guardado »bien de insultarlos con desprecios. Yo »les estimaba, y nada hay de estraño que »los alemanes me aborreciesen, pues me »obligaron por espacio de diez años á ba- »tirme sobre sus cadáveres : no podian »conocer mis verdaderas disposiciones ni »juzgar de mi segunda intencion, que tan »favorable era para ellos.»

— El Emperador decia un dia hablando de una determinacion suya. « Yo no »queria hacer nada de eso ; pero me en- »ternecí y cedí, é hice mal pues, el cora- »zon de un hombre de estado debe estar »en su cabeza.»

— Napoleon decia que nuestras facultades físicas se avivan con los peligros ó las necesidades. « Asi como el Beduino »del desierto tiene la vista penetrante »del lince, y el salvage de los bosques el »olfato de los perros.»

— Citaban á uno, el cual aunque distinguido por sus conceptos y hechos, dejaba sin embargo descubrir algunas veces ciertos vacíos chocantes en sus modales y expresiones: el Emperador explicaba esta inconsecuencia, diciendo: « Vm. verá como peca en la primera » educacion: sus pañales habrán sido muy » comunes é indecentes. »

— Hablando del peligro en que habia estado en el consejo de los *quinientos*, en la época de brumario, lo atribuia militarmente solo á la situacion del invernadero de los naranjos en donde hubo de penetrar por uno de los extremos para recorrerlo del uno al otro cabo. « La des» gracia, decia, fué que no pude presen» tarme de frente, y me ví en la precision » de prestar el flanco. »

Hablaban de uno que creia hacerse respetar con cierto tono y expresiones que llegaban á ser amenazas. « Eso es ri-

»dículo en el dia, decia, nadie tiene ya »miedo, ni aun los niños; ahi está Mano»lito, mostrando á mi hijo, que es capaz »de tirarse un pistoletazo, sin duda al»guna, con cualquiera que lo apetezca.» Estas palabras de Napoleon influirán quizás sobre el resto de su vida.

Apoyando el Emperador en último análisis, sobre la infalibilidad del triunfo de las ideas modernas, decia; « ¿Como »no vencerian? Obsérvese bien el curso »de las cosas, ¡ en el dia aun oprimiendo »se pervierten! »

— En otra ocasion sostenian que él no era amigo de darse importancia. «Es por»que en mí, decia, la moralidad ni la »bondad no están en mi boca sino en mis »nervios. Mi mano de hierro no estaba al »extremo del brazo, sino que dependia »inmediatamente de mi cabeza, la natu»raleza no me la ha dado, el cálculo solo »me la hace mover. »

— Hablando de la nobleza que habia creado, se admiraba que no hubiesen comprendido sus miras, sin embargo decia que fué una de sus grandes ideas y de las mas completas y felices. Se propuso tres obgetos de la mayor importancia, y todos los habria conseguido; á saber reconciliar la Francia con la Europa, restablecer la armonía; aparentando adoptar sus costumbres, reconciliar al mismo tiempo y amalgamar enteramente la Francia nueva con la antigua; en fin hacer desaparecer de una vez la nobleza feudal, la única ofensiva, opresiva y contra naturaleza. « Con mi creacion, decia » el Emperador, conseguia substituir una » cosa positiva y meritoria á algunas preo» cupaciones antiguas y detestadas. Mis » títulos nacionales restablecian cabal» mente aquella igualdad que la nobleza » feudal habia proscrito: toda especie de » mérito alcanzaba aquel honor. A los

»pergaminos substituia yo las grandes »acciones, y á los intereses privados los »de la patria. Ya no se fijaba el orgullo »en ciertas pretenciones imaginarias, sino »en las páginas mas brillantes de nues- »tra historia. En fin yo hacia desaparecer »el chocante privilegio de la sangre; idea »absurda, porque no existe realmente si- »no en una clase de hombres, puesto que »nadie ha visto nacer á los unos con bo- »tas y á los otros descalzos.

»Toda la nobleza de Europa, que la »gobierna de hecho, cayó en el lazo, »aplaudió unánimente una institucion »que, en sus ideas, presentándose como »nueva, realzaba su preeminencia, y sin »embargo aquella novedad iba á minarla »en sus cimientos, y la hubiera infalible- »mente destruido. ¿Por qué causa, pues, »la opinion que yo hacia triunfar sirvió »precisamente á sus enemigos? Esta des- »gracia la he tenido yo varias veces.»

Sobre las dificultades de la historia.

20. — Es preciso convenir, me decia »el Emperador, que las *verdades constantes* son muy difíciles de consignar »en la historia. Por fortuna la mayor »parte de ellas son mas bien obgeto de »curiosidad que de efectiva importancia. »¡Hay tantas verdades!......La de Fouché, por egemplo, y otros intrigantes »de su laya; la de muchos hombres de »bien, diferirán alguna vez de la mia. »Esta verdad histórica tan implorada y á »la que todos apelan, no es por lo comun otra cosa mas que una palabra: es »posible escribirla aun en el acto de los »acontecimientos y con el calor de las »pasiones complicadas, y si despues se »ponen de acuerdo, es por que los intereses ó los contradictores no existen ya. »Y entonces, ¿qué es por lo comun esa

»verdad histórica? Una fábula en que »todos han convenido. Asi se ha dicho »muy ingeniosamente, que en todos esos »asuntos hay dos partes esenciales muy »distintas: los hechos materiales y las »intenciones morales. Los primeros pa- »rece que debieran ser *incontrovertibles*, »y sin embargo véase si hay dos relacio- »nes que se parezcan: las hay que pudie- »ran declararse pleitos ordinarios. En »cuanto á las intenciones morales, ¿cual »es el medio de descubrirlas, aun su- »poniendo buena fé en los historiadores? »¿Y cual será si los mueve la mala fé, »el interes y la pasion? Yo he dado una »órden, supongo; ¿pero quien ha podi- »do leer en el fondo de mi pensamiento, »mi verdadera intencion? Y sin embar- »go todos se apoderan de esa orden, »cada cual la glosa á su antojo, la aco- »moda á su plan y á su sistema indivi- »dual. Considérese el diferente colorido

»que va á darle el intrigante, en la par-
»te que no le agrada ó que por el con-
»trario puede servir á la intriga, desfigu-
»rándola completamente. Lo mismo su-
»cederá con el hombre de suposicion á
»quien los ministros ó el soberano ha-
»yan indicado confidencialmente alguna
»cosa sobre el particular. Idéntico será
»aun el resultado respecto de los infini-
»tos ociosos del palacio, que no tenien-
»do mas que escuchar en las puertas,
»inventan cuando nada han oido. ¡Y ca-
»da uno de por sí estará tan seguro de
»lo que escriba! ¡Y las clases inferiores
»que lo habran sabido por el conducto
»de esas bocas privilegiadas, estarán tan
»seguras á su vez! Las memorias, los
»apodos y las anécdotas de las tertulias
»vuelan entonces..... ¡Y en verdad ami-
»go, que tal es la historia! Yo he visto
»disputarme á mí mismo, el pensa-
»miento de una batalla, la intencion de

»mis órdenes, y fallar contra mí. ¿No »equivale esto al mentis de la criatura, »respecto del que la ha criado? Y no »obstante mi contradictor tendrá sus »partidarios. Por está causa no he escri»to mis memorias particulares, ni emiti»do mis sentimientos individuales, de »donde hubiesen resultado naturalmen»te los secretos de mi carácter privado. »Yo no podia bajarme á hacer unas con»fesiones como las de Rousseau, que las »hubiera atacado un cualquiera. Asi es »que he pensado dictarle á Vm. aqui, »solamente sobre actos públicos; bien »sé que aun estas relaciones pueden com»batirse; ¿pues cual es el hombre, en el »mundo, cualquiera que sea su razon, »la fuerza y poder de su derecho, »que no sea desmentido y atacado por »la parte contraria? Pero á los ojos »del sabio, del imparcial, del reflexivo »y del racional, mi dicho valdrá tanto

»como el de otro cualquiera, y no temo »mucho la decision final. Existen desde »hoy tantas luces, que cuando las pa»siones hayan desaparecido y las nubes »pasado, yo me fio en la claridad que »resulte. ¡Pero cuantos erreres inter»medios! Comunmente se supondrá »mucha profundidad y sutileza de mi »parte en lo que, quizás, fué lo mas »sencillo del mundo, suponiéndome »proyectos que jamas tuve. Se pregun»tarán si en efecto aspiraba yo á la »monarquía universal ó no. Discurri»rán largamente para saber si mi auto»ridad absoluta y mis actos arbitrarios »derivaban de mi carácter ó de mis cál»culos; si eran efecto de mi inclinacion »ó de la fuerza de las circunstancias; si »las guerras procedian de mi gusto, ó si »solo me batia para defenderme; si mi »inmensa ambicion, que tanto se me »echa en cara, tenia por guia el ansia

»de dominar, ó el deseo de la gloria, la »necesidad del orden y el amor del bien»estar general, pues bien merece que »se considere bajo estos diversos aspec»tos. Muchas veces se alambicará ó se »torcerá lo que fué enteramente natu»ral y derecho. A mí no me corresponde »tratar aqui todas esas materias, que no »seria otra cosa sino hacer mi defensa, »y yo la desdeño. Si en lo que he dic»tado sobre los asuntos generales, la »rectitud y sagacidad de los historiadores »hallan materia para formar una opinion »justa y verdadera sobre lo que no men»ciono, en horabuena. ¡Pero al lado de »esas débiles centellas, de cuantas falsas »luces se hallarán combatidos!... Des»pues de las fábulas é imposturas de los »grandes intrigantes, los cuales teniendo »cada uno su obgeto, manejos y nego»ciaciones particulares, é identificán»dose con el hilo verdadero, enredan el

»todo de un modo desenmarañable, hasta para las revelaciones, los expedientes, »y aun para los asertos de mis buenos »ministros, que aun podrán asegurar »menos, de lo que han creido, ¿ pues »cual de ellos supo enteramente mi pen»samiento general? Su negociado espe»cial no era por lo comun mas que algu»nos elementos del gran todo que ni aun »sospechaban. No habrán, pues, visto »otra cosa sino la faz del prisma que les »era relativa, y aun todavía, ¿ como la »habrán considerado? ¿ Habria llegado »á sus alcances plena y entera? ¿ No »aparecia hecha trozos? Y no obstante »no habrá uno probablemente, que al »deslumbrarse con ciertos rayos de luz, »no falle que mi verdadero sistema era »el resultado fantástico de sus propias »combinaciones; y de aqui partirá tam»bien la fábula que se llamará historia, »no pudiendo ser de otro modo. Es ver-

»dad que como son muchos, regular-
»mente estarán discordes. Por lo demas,
»en sus afirmaciones positivas, se mos-
»trarán mas diestros que yo, que mu-
»chas veces me habria visto casi impo-
»sibilitado de afirmar con verdad mi
»pleno y entero pensamiento. Bien sa-
»bido es que yo no me obstinaba en
»dirigir las circunstancias por mis ideas,
»sino que en general me dejaba conducir
»por ellas. ¿Y de este modo quien pue-
»de, con antelacion, responder de los
»casos fortuitos y de los accidentes ino-
»pinados? ¡Cuantas veces, pues, he
»debido cambiar esencialmente! Asi es
»que he tenido miras generales, mas bien
»que planes concertados. La masa de los
»intereses comunes, que es lo que yo
»creia ser el bien del mayor número,
»eran las áncoras á donde yo me habia
»amarrado, en cuyo derredor y al acaso,
»flotaba la mayor parte del tiempo, etc.

Visita clandestina del criado que me habian quitado. — Sus ofrecimientos. — Segunda visita. — Tercera; yo le confio misteriosamente mi carta al principe Luciano, que fué causa de mi deportacion.

Del 21 al 24. — La víspera por la noche me quedé con el Emperador hasta cerca de las dos de la mañana; al entrar en mi habitacion supe que habia tenido una visita que se habia cansado de esperarme.

Aquella visita, recibida por mi hijo, y que en su tiempo la prudencia exigia inscribirla en mi diario con disfraz y misterio, en el dia puede explicarse con toda franqueza.

Era, pues, nada menos que la aparicion clandestina del criado que sir Hudson Lowe me habia quitado; al favor de la obscuridad de la noche y de sus

conocimientos locales, habia vencido todos los obstáculos, evitado las centinelas, y escalado algunos barrancos para venirme á ver y decirme, que habiéndose ajustado con uno que partia en breve para Londres, venia á ofrecerme sus servicios para cualquiera cosa que fuese. Me habia esperado mucho tiempo en mi cuarto, y viendo que no parecia, tomó el partido de irse, temeroso de que lo sorprendiesen; pero prometió volver, ya fuese bajo el pretexto de ver á su hermana que estaba sirviendo en nuestro establecimiento, ó ya valiéndose de los mismos medios que acababa de emplear.

Al dia siguiente fuí al instante á participar al Emperador mi buena fortuna, de lo que se mostró muy satisfecho y aparentó darle importancia. Yo me puse muy contento y repetia con calor, que ya habia mas de un año que estábamos allí sin que hubiéramos dado un solo

paso para mejorar de suerte ; al contrario, estábamos estrechados, maltratados y tiranizados cada dia mas, y perdidos para el universo ; la Europa ignoraba nuestra verdadera situacion, y á nosotros tocaba hacerla conocer. Las gacetas nos instruian constantemente del velo impostor con que nos cubrian, y las impudentes y groseras falsedades de que eramos obgeto. A nosotros corresponde, decia yo, publicar la verdad que llegará á los mismos soberanos que la ignoran, quizás ; los pueblos la sabrán, su simpatía será nuestro consuelo, y el grito general de indignacion nos vengará al menosde nues t ros verdugos, etc.

Desde aquel momento nos pusimos á analizar nuestros archivos. El Emperador hizo la distribucion, destinando, decia, la parte que cada uno de nosotros debia trasuntar inmediatamente : sin embargo, se pasó todo el dia sin que se

hiciese nada sobre el particular. Al dia siguiente, viernes, desde que vi al Emperador, le recordé el asunto de la víspepera, y aquella vez me pareció menos interesado en ello, y terminó diciendo *que era preciso ver...* Aquel dia se pasó como la víspera, y yo estaba sobre ascuas.

En la noche, como para instarme mas, volvió á parecer mi criado, reiterándome sus mas amplios ofrecimientos. Le dije que me aprovecharia de ellos, y que él podria obrar sin escrúpulos, porque de ningun modo lo haria criminal ni le expondria á ningun peligro. A lo que respondió que eso le era indiferente, y que se encargaria de todo lo que yo quisiera darle, advirtiéndome solamente que vendria á recogerlo al dia siguiente, domingo, sin falta, víspera probable de su partida.

Al presentarme el siguiente, dia sába-

do, en el aposento del Emperador, me apresuré á participarle esta última circunstancia, apoyándome en que ya no nos quedaban mas que veinte y cuatro horas; pero Napoleon me habló con mucha indiferencia de otras cosas, de lo que me quedé admirado. Yo conocia al Emperador, y aquella especie de distraccion ó frialdad no podia ser efecto de la casualidad, y mucho menos de capricho. ¿Pero cual podia ser el motivo? Esto me afectó, y me puso triste y melancólico todo el dia. Llegó la noche y la misma sensacion que me habia atormentado durante el dia, me impidió dormir. Repasaba con sentimiento en mi imaginacion todo lo que pudiese tener relacion con el obgeto, cuando de repente un rayo de luz vino á iluminarme? ¿Qué exigia yo del Emperador? me pregunté, que descendiese á la narracion de insignificantes pormenores demasiado in-

feriores á él. No hay duda que la desaprobacion, y un mal humor secreto habrán causado el silencio que me ha pasmado. ¿Le seriamos enteramente inútiles? ¿No podriamos servirle sino afligiéndole? Y entonces recordé muchas de sus observaciones pasadas: ¿no le habia yo dado conocimiento de la cosa, y aprobádola él? ¿Qué mas habia yo de hacer? (1) En adelante me tocaba á mi obrar, por lo que me decidí al instante, resolviéndome á seguir á delante, sin volverle á hablar mas del asunto, y para que la cosa quedase en secreto me prometí guardarla yo solo.

Hacia algunos meses que ya habia podido conseguir la remision de la famosa carta en respuesta á sir Hudson Lowe, tocante á los comisarios de los aliados,

(1) Por el Diario del Doctor O'Meara, supe al cabo de seis años, que cabalmente habia adivinado la opinion del Emperador.

el primero y único documento que hasta entonces se hubiera expedido á Europa. El que quiso encargarse de él, me trajo un gran pedazo de raso, en un aparte del cual se escribió : aun conservaba algun resto, y era cabalmente lo que necesitaba ; asi es que todo concurrió á precipitarme en el abismo en que iba á caer.

No bien fué de dia, cuando puse en manos de mi hijo (de cuya reserva estaba seguro) el resto del raso, sobre el cual empleó todo el dia en copiar mi carta al príncipe Luciano. Venida la noche mi buen mulato fué fiel á su palabra y cosió él mismo á su ropa, pues entendia algo el oficio de sastre, lo que le confié y se despidió de mí, prometiéndole yo otras cosas si volvia, y sino que le deseaba buen viage, etc., y me acosté con el corazon descargado, satisfecho el espíritu de la feliz ocupacion de aquel dia ¡ Cuan lejos estaba en aquel momen-

to de imaginar que acababa de romper con mis propias manos el hilo de mi destino en Longwood !

¡Ah! Ahora se verá que sin haberse pasado veinte y cuatro horas, bajo el pretexto de esta carta, me sacan de Longwood, y mi persona y papeles pasan á poder y entera disposicion del gobernador sir Hudson Lowe. Se me preguntará por qué tuve tan poca desconfianza y no sospeché que fuese posible me armasen un lazo: respondo, que mi criado me habia parecido hombre de bien, yo le creia fiel, y ademas aun no habia concebido la idea de los agentes provocadores; cuya nueva invencion, honorífico patrimonio de los ministros ingleses, tanto ha prosperado despues en el continente.

Mi separacion de Longwood.

25. — A eso de las cuatro me mandó llamar el Emperador que acababa de concluir su trabajo, y se mostraba muy contento. «Me he ocupado todo el dia con »Bertrand en la fortificacion, me dijo, »y asi me ha parecido el tiempo muy »corto.»

Yo me habia reunido con el Emperador en aquel especie de césped que está inmediato á la tienda, y desde alli pasamos á la alameda que conduce al jardin. Trajeron un plato con cinco naranjas, azucar y un cuchillo: no se encuentran en la isla, y las traen del Cabo; á Napoleon le gustaban mucho, y aquellas procedian de un obsequio de lady Malcolm, repitiendo el almirante este regalo siempre que se le presentaba la ocasion: tres éramos en aquel momento cerca del Em-

perador, quien me dió una de aquellas naranjas para mi hijo, y se puso él mismo á preparar y cortar las otras á ruedas: sentado sobre el tronco de un árbol comia y distribuia alegre y familiarmente á cada uno de nosotros; yo saboreaba como por instinto aquel momento encantador. ¡Ah! ¡Cuan lejos estaba de imaginar que este debia ser el último don que recibiese de su mano!.....

Napoleon se puso en seguida á dar algunos paseos en el jardin y como el viento se hubiese puesto frio, se volvió á dentro, haciendo que le siguiese yo solo al salon y á la sala del billar que la anduvo toda: me habló nuevamente de su trabajo de aquel dia, preguntándome que habia hecho yo, y habiéndose fijado despues la conversacion sobre su casamiento, se extendió sobre las funciones que hubo y sobre el terrible accidente de la de Mr. Schwartzemberg, del cual in-

teriormente me prometia yo hacer un interesante artículo en mi Diario, cuando el Emperador se interrumpió de repente para mirar por la ventana un grupo considerable de oficiales ingleses que se dirigia hácia nosotros por la puerta de nuestro recinto: era el gobernador acompañado de mucha gente. El gran mariscal, que entraba en aquel momento, nos dijo, que el gobernador habia venido ya por la mañana y que estuvo mucho tiempo con él, y ademas, añadió, se hablaba no sé de que movimiento de tropas, cuyas circunstancias nos parecieron singulares, y lo que es una conciencia manchada, al instante me vino á la idea mi carta clandestina y un secreto presentimiento me advirtió que yo era el obgeto de todo. En efecto, pocos instantes despues vinieron á decirme que el coronel ingles hechura de sir Hudson Lowe, me aguardaba en mi aposento. Yo hice seña

de que estaba con el Emperador, quien me dijo pocos minutos despues. « Vaya »Vm. á ver lo que quiere ese animal. » Y al retirarme añadió : « *Y sobre todo* »*vuelva Vm. pronto.* » Hé aqui las últimas palabras de Napoleon para mí. Su acento y el sonido de su voz resuenan todavía en mis oidos. ¡ Cuantas veces despues, me he complacido en pensar en esto ! ¡ Y qué encanto, que pena puede á la vez contener tan doloroso recuerdo !

El que me habia mandado llamar era el favorito y el agente egecutor del gobernador, con el cual trataba yo con bastante frecuencia á título de intérprete. A penas me vió, cuando con un semblante benigno, y un tono de voz melosa me preguntó con interes por el estado de mi salud : este fué el beso de Judas.... ; pues habiéndole ofrecido que se sentase en mi canapé y sentádome yo, se aprovechó de aquel momento para

colocarse entre la puerta y mi persóna, y cambiando repentinamente de rostro y lenguage, me notificó que me arrestaba en nombre del gobernador sir Hudson Lowe, con motivo de una denuncia de mi criado sobre correspondencia clandestina : mi cuarto estaba ya rodeado de dragones, y toda observacion era inútil, siendo preciso ceder á la fuerza, y me sacaron de alli conducido por una numerosa escolta.

Me habian separado de mi hijo que estaba tambien arrestado en mi cuarto ; poco despues se reunió conmigo, escoltado igualmente, por cuya razon desde aquel instante parte nuestra interrupcion repentina y el termino final de toda comunicacion con Longwood. Nos encerraron á ambos en una miserable choza, contigua á la antigua habitacion de la familia de Bertrand. Fué preciso acostarme sobre una mala camilla con mi desgra-

ciado hijo, so pena de dejarle en el suelo, cuando yo le creia en aquel momento en peligro de muerte : se hallaba amenazado de una aneurisma, y algunos dias antes le faltó poco para que expirase en mis brazos. Hasta las once nos tuvieron sin comer, y como tratando de proveer á las necesidades de mi hijo quisiese pedir un pedazo de pan á las gentes que nos rodeaban en la puerta y ventana, solo encontré por toda respuesta, en donde me presenté, bayonetas y mas bayonetas.

Reconocimiento judicial de mis papeles.

25 y 26. — ¡ Qué noche la primera que se pasa encerrado entre cuatro paredes ! ¡ Qué pensamientos ! ¡ Qué reflexiones ! Sin embargo la primera idea de la noche estaba aun intacta en mi imaginacion por la mañana. ¡ Me hallo solamente á algunos minutos de distancia de Longwood, me

decia yo, y no obstante, tal vez la eternidad ya nos separa!....

Al dia siguiente por la mañana el gran mariscal, acompañado de un oficial, pasó no muy lejos de mi choza, y me llamó. Le pregunté como estaba el Emperador. Bertrand iba á Plantation House, á casa del gobernador: era indudablemente sobre mi asunto; ¿pero cual podia ser su encargo? ¿Cuales eran el pensamiento y deseos del Emperador sobre el particular? Esto es lo que me ocupaba en el momento. A su vuelta el gran mariscal me hizo con tristeza una seña, que me dió la idea de un á Dios, y me partió el corazon.

En aquella misma mañana, aun, el general Gourgaud y Mr. de Montholon vinieron hasta la antigua morada de Madama Bertrand, y se pusieron enfrente de mí y bastante cerca. Muy lisongero me fué verlos é interpretar sus miradas de

interes y amistad; solicitaron, aunque en vano, la facultad de llegar hasta mí.

Durante mi arresto no habian estado ociosos en mi antiguo alojamiento. Un comisario de policía (importacion reciente en la colonia, primera tentativa de esta naturaleza y segun creo arriesgada en el suelo británico), hízo su primer ensayo en mi casa. Habia registrado mi papelera, forzado los cajones y apoderádose de todos mis papeles, y deseando mostrar su habilidad y zelo, procedió en seguida á deshacer nuestras camas, desmontar mi canapé, y no trataba de nada menos sino de llevarse las tablas, etc.

El gobernador dueño de todos mis papeles y seguido de ocho ó diez oficiales quisó presentármelos como en triunfo. A este efecto habiendo bajado á la antigua vivienda de Madama Bertrand, que estaba en frente de mi arresto, me mandó preguntar si queria ir á presenciar su

inventario ó si preferia que se hiciese en mi morada. Yo respondí que puesto que me dejaba la eleccion, el último partido me seria mas agradable. Cuando todos estaban ya sentados, me levanté yo para protextar altamente contra el modo indecoroso con que se me habia sacado de Longwood, contra la ilegalidad con que se habian sellado mis papeles en mi ausencia, en fin protexté contra la violacion que se iba á hacer de mis papeles secretos, depositarios sagrados de mis pensamientos que no debian existir sino para mí, y de los cuales nadie en el mundo habia tenido conocimiento, declamando contra el abuso que de ellos podia hacer el poder. Dije á sir Hudson Lowe que si creia que las circunstancias exigiesen que él se enterase de su contenido, podia cometerlo á su prudencia; que semejante lectura no me comprometia en manera alguna; pero que debia

á mí mismo y á los principios, exigir aquella responsabilidad, y no ceder sino á la fuerza para no autorizar el acto con mi consentimiento.

Estas palabras de mi parte y en presencia de todos aquellos oficiales, contrariaron mucho al gobernador, quien en tono irritado me dijo. « Señora Conde, » no empeore Vm. su posicion, que demasiado mala es yá. » Haciendo alusion sin duda á la pena de muerte en que incurríamos segun nos repetia con frecuencia en el caso de prestarnos á la evasion del gran cautivo.

En el momento de proceder á la lectura, llamó al general Bingham, comandante-en segundo lugar de la Isla, para que tomase en ella parte personal; pero la delicadeza é ideas de este diferian mucho de las del gobernador. « Sir Hudson » Lowe le dijo con cierto aire de desden, » suplico á Vm. que me dispense; yo no

»me creo capaz de leer ese carácter de »letra francesa.»

Yo no tenia para que oponerme á que el gobernador tomase conocimiento de mis papeles; por lo tanto le dije que los examinase, no como juez ni magistrado, pues él no era para mí ni lo uno ni lo otro, sino amistosamente, y por pura condescendencia. Desde luego se apoderó de mi Diario. Júzguese de su alegría y esperanzas, al ver que iba á saber dia por dia todo loque pasaba entre nosotros en Longwood, estaba ya bastante arreglado para que tuviese una notà de las materias ó la indicacion de los capítulos á la cabeza decada mes. M. Lowe, leyendo en ellos con mucha frecuencia su nombre, buscaba al instante los detalles en la página indicada, y si tuvo ocasiones de egercer su longanimidad, no era por mi culpa, le advertia yo, sino por su indiscrecion, asegurándole que aquel escrito

era aun un misterio para todos : que el Emperador mismo que era el único obgeto, solo habia leido las primeras hojas, que no estaba decidida su publicacion, y que aun por mucho tiempo no seria mas que un secreto para mi solo.

Sir Hudson Lowe recorrió mi Diario por espacio de dos horas, al cabo de las cuales le dije que habia querido ponerlo en el caso de tomar una justa idea de él, pero que ya era bastante y que me creia obligado por muchas consideraciones á impedirle en cuanto estaba en mi poder que continuase : que él tenia la fuerza ; pero que yo protextaria contra el abuso de autoridad. Bien eché de ver que estas palabras fueron un verdadero contratiempo para él que lo hizo titubear : mi protexta produjo su pleno efecto, y desistió de la inspeccion de mi Diario. Hubiera podido hacer lo mismo respecto de los otros papeles, mas no me importaba

nada que los viese, y por lo tanto, durante algunos dias fueron el obgeto de la mas minuciosa inquisicion.

Yo tenia cerrada y sellada mi última voluntad, y fué necesario abrir este documento, en union con otros papeles tan sagrados como él. Cuando se llegó al fondo de una cartera en donde reposaban obgetos que yo no me habia atrevido á tocar desde mi separacion de Europa, fué preciso igualmente descubrirlos, siendo aquel dia para mí el de las conmociones: su vista provocó en mi corazon antiguos recuerdos, que mi valor tenia comprimidos despues de algunas separaciones dolorosas, y conmovido extraordinariamente, me fué preciso salir al punto de la pieza, y mi hijo que estuvo presente, me dijo que el mismo gobernador no pudo menos de mostrarse sensible á aquel movimiento, etc. etc.

Mi hijo continuaba muy malo; sus

palpitaciones eran algunas veces tan violentas que le sucedia de cuando en cuando arrojarse de la cama para andar por el cuarto, y echarse en seguida en mis brazos, en donde temia que espirase. El doctor Baxter, médico mayor de la Isla, y comensal de sir Hudson Lowe, vino con una atencion de que conservo un sincero y grato reconocimiento, á unir sus conocimientos y cuidados á los del doctor O'Meara. Ambos representaron á Mr. Lowe el crítico estado de mi hijo, y apoyaron con calor la solicitud que yo hice de enviarle á Europa. Habiendo vuelto á instarle el doctor O'Meara despues de una nueva crísis, sir Hudson Lowe puso fin á sus instancias, con las siguientes palabras que el mismo O'Meara repitió despues á mi hijo y á mí. « *Y bien considerado todo, Señor mio, que importa á »la politica la muerte de un muchacho....* » Me abstendré de comentarios, y solo

expondré la frase tal como es al juicio de los padres !.....

Carta al lord Castereagh incluyendo otra dirigida al Principe Regente.

Milord,

Ygnorando á cual de vuestros colegas debiera recurrir, tengo el honor de dirigirme á V. E. como á la persona á quien los acontecimientos públicos me indican con mas preferencia. Si los pormenores que conciernen á Santa Helena han llegado á manos de V. E., le habrán tal vez inspirado grandes prevenciones contra mí, y sin embargo si se aclararon imparcialmente, no hay duda que os parecerian dignos de elogio y aun quizás interesantes.

En Longwood me consideraba como en un recinto sagrado que debia defender aun á costa de mi vida, que al efecto

hubiera sacrificado voluntariamente: por esta causa *resistia*. Pero como en el dia me hallo fuera de aquel circulo reverenciado, y que desde aqui en adelante entro en la esfera comun; deberé tambien tomar otra actitud, y asi *imploro*.

Pido, pues, á V. E. y le suplico, hablando en la suposicion de que me dirijo al ministro que debe oirme, qué me permita pasar á Inglaterra, en donde el horrible estado de la salud de mi hijo y mia reclama los mayores y mas pronto socorros.

¿Y qué motivo podrá haber para desechar mi peticion? ¿Seria el odio personal? Yo soy demasiado obscuro para alcanzar semejante honor. ¿Seria el nimio encono de la diferencia de opinion? El pueblo ingles está tan acostumbrado á esta variacion y con tan poca animosidad, que seria ridículo en mí pensarlo. ¿Seria el temor de que escribiese, publi-

ease ó hablase? Pero despreciando mis clamores, no se me autoriza en cierto modo á presentar la hiel que me seria facil ir á destilar en otra parte, ¿y si se quisiera sugetar á alguno sobre este objeto y asegurarse de él, el suelo de Inglaterra no seria cabalmente el mas favorable y seguro? Pues vuestra nacion tiene contra semejantes ofensas, no solo las leyes generales sino aun algunas particulares. Cuando el individuo está cerca, se tiene por garantías positivas, su juicio y sobre todo el deseo de permanecer.

No veo pues, Milord, que haya una causa para negarse mi solicitud; por el contrario alcanzo varias en su favor. ¡Qué mejor ocasion para V. E., si aspira á saber la verdad, la de procurarse las luces contradictorias y opuestas en sus nobles funciones de *jurado*! ¿Debe creerse suficientemente ilustrada su con-

ciencia considerando la cuestion por solo un lado ? Yo puedo mostrar el otro y lo haré sin preocupacion ni deferencia: en mí no se hallará otra cosa mas que los sentimientos.

Paso al artículo de los papeles que se me han retenido en Santa Helena. Ya he manifestado varias veces su naturaleza y voy á repetirlo á V. E., diciendo que son una coleccion de diez y ocho meses, en donde dia por dia, he inscrito todo lo que he sabido, visto ú oido, del que á mis ojos ha sido y es el primero de los hombres; pero esta coleccion informe, sin arreglo, corregida á cada instante, porque asi debia serlo por su naturaleza, era un misterio que las circunstancias solas han dado á luz. Todos ignoraban su existencia, excepto tal vez, la augusta persona que la habia motivado, quien aun en este momento ignora su contenido, pues me habia propuesto no publi-

car esas memorias durante mi vida complaciéndome solo en formar el monumento histórico mas completo y precioso. Dignaos, Milord, ordenar que se os dirijan intactas. V. E. puede hacerlo sin inconveniente alguno. Yo le protesto solemnemente que no se halla en ellas nada que directa ó indirectamente pueda dar luces urgentes y útiles á la autoridad local de Santa Helena, respecto del grande asunto de que está encargada. No sacaria ninguna ventaja de tomar conocimiento del todo, y si habria grandes inconvenientes en acrecentar con las personalidades que allí se encuentran, el encono é irritacion que ya son demasiado grandes.

Una vez en poder de V. E., si por su situacion política juzga que aquellos papeles tan sagrados y secretos por su naturaleza, deben examinarse me someteré gustoso á ello, porque se egecutará cer-

ca de mí y porque estoy seguro de las fórmulas inviolables y sagradas con que V. E. dispondrá el examen, persuadido que tampoco hallareis reparo en acceder á este segundo favor, que suplico encarecidamente.

Milord, tengo el honor de dirigiros una carta para S. A. R. el príncipe regente, y ruego á V. E. tenga á bien dispensarme la gracia de presentársela en mi nombre. Mi profundo respeto por su augusta persona ha sido el único motivo que ha impedido enviárosla abierta, autorizando á V. E. á que lo verifique si el uso lo permite.

Tengo el honor de ser, etc. etc.

Carta al príncipe regente de Inglaterra.

Serenísimo Señor.

Juguete de la tempestad política, errante y sin asilo, un extrangero débil y

desgraciado se atreve con confianza á dirigirse á vuestra alma real.

Dos veces en mi vida he tenido el infortunio de hallarme fuera de mi patria, siempre en contradiccion de mis intereses, y creyendo siempre desempeñar deberes grandes y nobles. En mi primer destierro el asilo de la Inglaterra dulcificó las penas de mi juventud, sobre la que contaba para pasar algunos dias sosegados en mi ancianidad. Sin embargo se me hace temer lo contrario ¿ Y cual podrá ser la causa de tanta severidad ? ¿ Seria acaso el lugar de donde salgo ; las atenciones que alli me complacia en prodigar, los sentimientos y los tiernos votos que le dirigiré sin cesar ? Mas, Serenísimo Señor, en Longwood yo profesaba una virtud grande y rara ; alli sostenia yo con mis dignos compañeros, el honor de los que rodean á los reyes : la posteridad no dirá que ya no hay fidelidad ni

amor para con los monarcas infortunados.

¿Podrán perseguirse semejantes acciones é imposibilitarme un asilo? Y ademas el que es siempre grande, ha escrito para mí, desde la roca de la adversidad estas palabras que han envanecido mi alma, *ya sea que vuelva á la patria, ó bien que vaya á cualquiera otra parte, gloriese siempre de la fidelidad que me ha mostrado.* ¿Esto, digo, no me dá un título á la benevolencia de todos los reyes? Príncipe, me pongo bajo vuestra real proteccion. En el trato diario y las frecuentes conversaciones del que ha gobernado al mundo, y llevado su nombre por todo el universo, concebí escribir, y egecuté dia por dia todo lo que viese y oyese.

Esta coleccion de diez y ocho meses, única por su interes, pero aun todavía informe, inexacta, desarreglada, desco-

nocida a todos y aun á la misma persona, cuyo era el obgeto, se me ha arrebatado. Serenísimo Señor, tambien la pongo bajo su real proteccion, suplicándoos se la dispenseis en nombre de la justicia, de la verdad y de la historia.

Dígnese la bondad de V. A. R. pronunciar que debo hallar un asilo á la sombra de su agusta autoridad, y pasaré á buscar un punto en donde pueda con sosiego *acordarme y llorar*.

Soy con el mas profundo respeto, etc.

El conde de Las Casas.

Al fin se cumplieron nuestros votos y recibimos aquella autorizacion tan deseada, embarcándonos en un bergantin pequeño, y despues de una penosa y peligrosa travesía de mas de tres meses, tocamos en Inglaterra, en donde, no queriendo admitirnos, nos dirigimos á los Paises Bajos. Alli empiezan nuevas per-

secuciones no menos inicuas é inconcebibles.

Al cabo de tres dias de viage llegando muy tarde á Bruxelas, mi primer cuidado fué pasar á la policía un aviso de mi llegada, y preguntar la determinacion que el ministerio habia tomado respecto de mí, en virtud de un oficio que le habia dirigido desde Ostende. La respuesta generosa á mi inocente confianza fué la de hacer que se cercase incontinentemente mi posada y solo esperaron á que viniese el dia para notificarme que saliese sin el menor retardo del reino de los Payses-Bajos. Yo estaba muy malo y aun tenia calentura; pero en vano imploré la compasion para que al menos me concedieran un dia de descanso. Era preciso, ó que hubiese inconvenientes muy graves en dejarme permanecer en Bruxelas, ó que respecto de mí, se complaciesen en ser bárbaros, pues no se

»te; que en vano habia solicitado un
»médico para que certificara mis nece-
»sidades; que se me iba á conceder por
»fórmula; pero que tendria que partir,
»cualquiera que fuera su opinion; que
»en efecto me habian transportado á
»Louvain como á un malhechor y mo-
»ribundo, bajo la escolta de un oficial
»de policía y un gendarme; que llegan-
»do á aquella ciudad y habiéndose au-
»mentado mi indisposicion, cubierto de
»vejicatorios y con calentura, supliqué
»que se me dejase descansar allí al dia
»siguiente; que el alcalde habia tenido
»la inhumanidad de reusármelo á pesar
»de dos ó tres declaraciones muy fuertes
»de los médicos; que habiendo pedido
»que al menos me acompañase el médico
»en el coche en lugar del gendarme, que
»podia seguir á caballo, se negó tambien
»á ello; que todo lo que podian permi-
»tirme era que el médico me acompa-

» nase en otro coche : lo que era sin duda » una burla. »

Añadia, « que no tenia duda que se- » mejante tratamiento no podia venirme » de él, quien únicamente en aquella » circunstancia tenia el derecho de influir » en mi suerte; que yo conocia demasiado » los sentimientos de nuestra nacion para » sospechar, ni un solo instante, que se » hallase en sus instrucciones, la pros- » cripcion de un individuo contra quien no » podia haber ley ni motivo para obrar » asi; que en su virtud, los malos trata- » mientos que sufria no podian proceder » sino de las autoridades locales, por las » cuales á todo rigor no debia ser consi- » derado sino como un simple viagero; » que bajo tal concepto yo les pregunta- » ba cual era mi crímen y cuales sus de- » rechos sobre mi persona; acabando » por depositar en sus manos mis intere- » ses, de los que por su cargo público era

»defensor natural; en fin para dispo-
»nerlo mejor en mi favor, le daba noti-
»cias de Madama Bertrand, hermana de
»su esposa, que yo habia recibido preci-
»samente al salir de Douvres, y le ofre-
»cia que si Madama de La-Tour-du-Pin
»tenia alguna cosa que decir á su her-
»mana, quien lo estimaria mucho, yo
»me encargaria de ello muy gustoso,
»pues tenia intencion de escribirle regu-
»larmente todos los meses, por el con-
»ducto permitido en los reglamentos in-
»gleses, bajo cubierta de los ministros.»

Este oficio no tuvo respuesta por parte de S. E., tal vez porque sus esfuerzos serian infructuosos: entonces el impulso, quizás, y áun las órdenes procedian de ultramar.

De este modo, continuaba sin respiro, conducido de plaza en plaza, de comisario en comisario, y de gendarme en gendarme por todo el reino de los Pai-

ses Bajos, y cuando por motivo de mis infinitos sufrimientos preguntaba yo cual podia ser la causa de tan inaudito tratamiento, me respondian lacónicamente que tal era la orden trasmitida, y en efecto parecia que nadie tenia mas conocimientos en el asunto. Llegado al territorio prusiano, á Aquisgran, los agentes de los Paises Bajos me entregaron, en virtud de un recibo, como se habria hecho con un fardo, á los prusianos, quienes á su turno continuaron despachándome sin dilacion de puesto en puesto, de comisario en comisario y de gendarme en gendarme, y cuando les preguntaba yo á ellos tambien, porque obraban asi, me respondian ingenuamente que no lo sabian, mas que habiéndome echado á su pais, ellos me expulsaban fuera de él. Les pedia que me dejasen permanecer; contestaban atentamente que no me querian en su

territorio, y algunos amigos, pues vá á verse que los encontré en todas partes, me decian al oido que diera gracias á Dios y me aprovechara de aquella fortuna, pues algunos franceses desterrados, no hacia mucho tiempo, los habian confinado en varias fortalezas sobre las orillas del Báltico; entonces declaré que queria ir á Francfort, cosa que agradó á los prusianos, porqué eso, decian, no era de su incunvencia: por mi parte me fué muy satisfactorio tambien, en atencion á lo que acababan de decirme.

Mas despues de haber pintado de paso cuanto me hicieron padecer brutalmente, todas las penas y sufrimientos con que me afligieron, seria muy injusto y desagradecido, y me privaria á mí mismo de la mas dulce satisfaccion, si ocultase la especie de compensacion que experimentaba en todas partes y á cada momento.

Mi historia habia hecho mucho ruido y divulgádose infinito por medio de los papeles públicos. Se sabia á quien habia yo seguido, á quien habia servido, y por quien sufria, y por todas estas causas se interesaban por mi suerte. Las atenciones y simpatía se apresuraban á rodearme, por cuya razon me veia siempre favorecido con demostraciones públicas ú ofrecimientos secretos, y entonces se presentaron á mi imaginacion aquellas palabras de Napoleon de que muchas veces he tenido ocasion de acordarme. «Caros amigos, de vuelta en »Europa, Vms. verán como aun todavía, »desde aqui, distribuyo coronas.» ¿Pues cual es la mas pura, ni mas dulce que la estimacion, afecto y simpatía de los que ni nos conocen ni aun han visto jamas? ¡Qué mano poderosa puede dispensar cosa alguna comparable á esto! Semejantes sentimientos los hallaba en

las posadas, en los caminos y en tòdas partes. Dos veces en la Bélgica me ofrecieron sacar de las manos de mis opresores, habiéndomelo cuidadosamente prevenido con antelacion, me mandaban á decir; este ofrecimiento fué cabalmente igual al que me hizo en el Gabo un capitan americano, y que despues renovaron algunos ingleses á quienes yo era enteramente desconocido, y que habian resuelto partir de Londres para venir á sacarme de Francfort, en donde me creian mas mal de lo que yo estaba; pero mi respuesta fué siempre la misma. « ¿ Con qué fin; para qué mancharia yo una causa tan hermosa? »

Los miramientos y el tierno interes penetraron hasta el alma de los agentes de la misma autoridad. Uno de ellos, á pesar de la vigilancia que egercia, me ofreció encargarse de cualquier papel que yo le confiase, de cuya ocasion me

aprovechè, porque no hallé ningun inconveniente, á pesar de la mala intencion que pudiera yo suponerle oculta, y dirigí á una persona ilustre de Inglaterra una nota en cuatro renglones, pero muy fuerte, sobre los malos tratamientos que hacian sufrir los ministros ingleses á Napoleon hacia ya mas de un año, suplicándole la publicase si en ello no hubiera inconveniente. Le inserté con la misma idea el fragmento de la carta del Emperador, de que se me permitió sacar copia, observando que la habria tenido en secreto si los ultrages y cuentos absurdos, divulgados en los periódicos no me obligasen en cierto modo á darle publicidad, dejando enteramente á su prudencia la decision sobre aquel particular.

¡ Pero cual fué mi sorpresa al ver todo esto al dia siguiente en los papeles de la Bélgica! Me afligió infinitamente, pues no estaba en mi carácter llamar tanto la

atencion : sobre todo sentia infinito que el sujeto á quien yo me dirigia en Inglaterra, y que no me conocia, recibiese mi carta cabalmente por medio de la imprenta, cosa á que no estaba yo acostumbrado, ni menos alcanzaba de qué manera se habia hecho aquello. Despues supe que habiéndose reunido mi confidente, en el exceso de su zelo, con tres ó cuatro personas de los mismos sentimientos, leyeron mis notas en un conciliábulo, y decidieron que en lugar de perder tiempo en enviar á Inglaterra aquellos documentos, en dónde tal vez no harian uso alguno de ellos, era mejor publicarlos allí al instante, como lo verificaron causando la mas viva sensacion. A despecho de la contrariedad que experimenté, entonces me produjeron no obstante las mayores ventajas.

En fin, no acabaria nunca si hubiera de citar los rasgos de amistad de que

fui obgeto, los ofrecimientos de toda especie, dinero, vestidos, etc., pues hasta la ínfima clase del pueblo se apresuraba á llevarme su ofrenda.

Carta del Emperador Napoleon al conde de Las Casas.

Querido conde de Las Casas: mi corazon siente vivamente lo que Vm. padece; arrancado de mi presencia hace quince dias se halla Vm. preso desde aquella época, en secreto y sin que haya yo podido recibir ni darle nóticia alguna, por hallarse Vm. enteramente incomunicado, tanto respecto de los franceses como de los ingleses, y aun privado de un sirviente de su eleccion.

La conducta de Vm. en Santa Helena ha sido como su vida, honrosa y sin mancha: me complazco en decírselo.

Su carta de Vm. á una amiga suya de

Londres, nada tiene de reprensible, Vm. no hace otra cosa sino delatar su corazon en el seno de la amistad.

Esa carta es semejante á otras ocho ó diez que Vm. escribió á la misma persona y que remitió abiertas. Habiendo tenido el comandante de este pais, la falta de delicadeza de espiar las expresiones que Vm. confiaba á la amistad, se lo echó en cara últimamente, amenazándole de expulsarlo de la isla, si sus cartas en lo sucesivo contenian quejas contra él. De este modo ha violado el primer deber de su empleo, el primer artículo de sus instrucciones, y el primer sentimiento del honor; autorizándole á Vm. asi á buscar medios para que llegasen sus desahogos al seno de sus amigos, haciéndoles ver la conducta culpable de este comandante. ¡Pero Vm. ha sido muy fragil, y su confianza sorprendida muy facilmente!!!

Solo se buscaba un pretexto para apoderarse de los papeles de Vm.; mas su carta á su amiga de Londres no ha podido autorizar una revista de policía en su habitacion, puesto que no contiene trama ni misterio alguno, sino la expresion de un corazon noble y franco. La conducta ilegal y precipitada que se ha tenido en esta ocasion, indica un odio personal muy bajo.

En los paises menos civilizados, los desterrados, los prisioneros, y aun los mismos criminales, estan bajo la proteccion de las leyes y de los magistrados; los encargados de su guardia tienen gefes en el orden administrativo y judicial que los vigilan. Sobre esta roca nadie contiene los estravíos de las pasiones del hombre que hace los reglamentos mas absurdos, los egecuta con violencia é infringe todas las leyes.

El príncipe regente no estará cierta-

mente instruido de la conducta que se observa en su nombre: se han negado á dirigirle mis cartas. Han rechazado con despecho las quejas del conde de Montholon, y despues hicieron saber al conde de Bertrand que no recibirian carta alguna, si eran libelos como lo habian sido hasta ahora.

¡Longwood está cercado de un misterio que quisieran hacer impenetrable, para ocultar una conducta horrible y que hace sospechar mayores y mas criminales intenciones!!!

Con motivo de algunas voces esparcidas con astucia, quisieran deshacerse de los oficiales, los viageros, los habitantes y aun de los agentes que segun dicen mantienen el Austria y la Rusia en este pais. Sin duda que igualmente engañan al gobierno ingles con relaciones sagaces y falsas.

Se han apoderado de sus papeles de

Vm., entre los cuales les constaba que habia algunos mios, sin ninguna formalidad, al lado de mi aposento, y con una algazara y alegría feroz. Pocos momentos despues se me avisó; me asomé à la ventana, y le ví llevar á Vm. Un numeroso estado mayor rodeaba la casa, y me pareció ver á los habitantes del mar del Sud, danzar en torno del prisionero que iban á devorar.

Su compañía de Vm. me era necesaria. Vm. solamente leía, hablaba y entendia el ingles. ¡Cuantas noches ha pasado Vm. á mi lado durante mis enfermedades! No obstante le aconsejo, y en caso necesario le mando, pida al comandante de éste pais lo envie al continente; no puede rehusarse á ello puesto que no tiene otra accion sobre Vm. sino la que le da el acta voluntaria que Vm. firmó. Para mí será un gran consuelo saber que va

Vm. de camino para unos paises mas afortunados que este.

Llegado Vm. á Europa, ya sea que vuelva Vm. á la patria ó bien que vaya Vm. á cualquier otra parte, gloríese siempre de la fidelidad que me ha mostrado, y de todo el afecto que le profeso.

Si viere á mi esposa y á mi hijo abrázelos Vm. : de dos años á esta parte no he tenido noticia de ellos, ni directas ni indirectas.

Seis meses ha que está en este pais un botánico aleman que los ha visto en el jardin de Schœnbrunn algunos meses antes de su partida ; los bárbaros han impedido cuidadosamente que viniera á darme noticias suyas.

Sin embargo, consuélese Vm. y consuele á mis amigos. Mi cuerpo, es verdad, está en poder del odio de mis enemigos; nada olvidarán que pueda saciar

su venganza; me están matando con alfileres; pero la Providencia es demasiado justa para permitir que esto se prolongue por mucho tiempo todavía. La insalubridad de este clima devorador, y la falta de todo lo que mantiene la vida, pondrán, lo creo, pronto un término á esta existencia cuyos últimos momentos serán un actó de oprobio para el carácter ingles; y la Europa señalará un dia con horror á este hombre astuto y perverso: los verdaderos ingleses no lo querrán reconocer por breton.

Como todo me inclina á creer que no le permitirán á Vm. me venga á ver antes de su partida, acepte Vm. mis abrazos y la seguridad de mi estimacion y amistad: sea Vm. feliz.

Su afectísimo, Napoleon.

Longwood 11 de diciembre de 1816.

Mis primeros cuidados, desde que

pude disponer de mis acciones, fueron dedicados al gran motivo que me habia hecho salir de Santa Helena y restituido á Europa, y aun cuando me viese repulsado de Londres, en donde tenia cifradas mis esperanzas, no por eso me aproveché con menos ardor de la via que aun me quedaba expedita.

Desde luego escribí á María Luisa como primer deber, dirigiéndole una carta abierta, bajo cubierta al príncipe de Metternich, ministro director del Austria, y despues me dirigí á los tres grandes soberanos aliados, cuyas cartas siguen.

Carta escrita á María Luisa desde el cabo de Buena Esperanza y dirigida á Europa.

Señora,

Apenas salido de Santa Helena, creo de mi dèber apresurarme á deponer á

los pies de V. M. algunas noticias de su augusto esposo, de cuyo lado me han arrancado repentinamente, sin el menor indicio anticipado, cual herido de muerte alevosa y sin que lo hubiera podido prever; tanto que no soy tan feliz como si me hallase encargado de alguna comision ó trasmision especial cerca de V. M., de sus conversaciones y costumbres diarias, por espacio de diez y ocho meses habré de sacar lo que tengo el honor de transmitir á V. M.

En el olvido de los asuntos del mundo descansaba comunmente el Emperador Napoleon en sus recuerdos y afectos hácia su familia. Mucho sentia no haber recibido nunca, á pesar de haberlo solicitado oficialmente de los que le guardan, noticias de lo que le era mas caro. V. M. hallará esta pena vivamente expresada con la propia mano de su esposo, en la carta que me hizo el honor de escribirme

despues que me separaron de su lado, cuya copia me tomo la libertad de dirigir á V. M.

A mi partida se hallaba muy atacada la salud del Emperador; estaba muy malo bajo todos aspectos, experimentando muchas necesidades, y privado de todos los goces: felizmente su moral triunfaba de todos, y su alma impasible permanecia tranquila y serena.

Lo he visto precisado á vender todos los meses una porcion de su plata labrada, para atender á las necesidades diarias, y se ha visto reducido á aceptar la pequeña suma con que un fiel servidor suyo, al dejarlo, fué bastante feliz de poder disponer en Inglaterra.

Señora, en la profunda conmocion de los sentimientos de mi alma, me tomo la libertad, como religioso servidor, de deponer á los pies de V. M., con la esperanza de serle grato, un caro sacrificio

de los cabellos de su augusto esposo, que poseo mucho tiempo hace, é igualmente un diseño de Longwood, hecho por mi hijo para su madre. V. M. se complacerá sin duda en prodigar sus miradas sobre aquel desierto lejano.

Señora, mi primer cuidado al llegar á Europa seria volar á los pies de V. M., si un deber religioso no me hiciese permanecer en Inglaterra para consagrar todos los instantes del resto de mi vida en procurar lleguen, por las vias legales que admiten los reglamentos ingleses, algunos consuelos sobre la espantosa roca que detiene para siempre todo el ardor de mis cuidados. Los ministros británicos no podrán negarme este honroso empleo, que solicitaré con vehemencia, y desempeñaré con lealtad.

Soy, etc., el conde de Las Casas.

P. D. Señora; á mi llegada Europa, re-

chazado de Inglaterra, vejado en el continente, y detenido en Franfort gravemente enfermo, acabo de obtener un asilo en los estados de vuestro augusto padre, y me aprovecho del primer momento de mi libertad para dirigir á V. M. algunos renglones que le dediqué desde uno de los extremos del Africa, á tres mil leguas de distancia. Suplico á V. M. se digne aceptarlos con benevolencia, lo que consolará una parte de mis penas.

Carta al principe de Metternich acompañando la precedente.

Principe: Me apresuro á manifestar á V. A. mi reconocimiento por el favor de un asilo obtenido en los estados de S. M. el Emperador.

Al mismo tiempo me tomo la libertad de incluir á V. A., bajo su cubierta, una carta para S. M. Maria Luisa, sobre cuyo

obgeto, príncipe, os ruego me permitais, que poniendo á un lado el carácter público de V. A., solo me dirija privadamente á vuestra persona. Mi intencion es mas bien pedir un consejo que encargar la egecucion de un acto. Ausente de Europa mucho tiempo hace, podria inocentemente y contra mi voluntad, faltar á alguna de las consideraciones debidas: no hago pues otra cosa, sino abandonarme á la efusion de mi corazon.

Por esta causa, príncipe, me he determinado á depositar en vuestra discrecion y juicio personal la carta abierta que le incluyo en esta. Iguales razones y sentimientos me impelen á pintaros al Emperador Napoleon, víctima en su roca, de la persecucion de algunos enemigos personales y abandonado del resto del universo. Mi vida no se consagrará á otra cosa sino á procurarle algunos consuelos, y yo sé cuales le serian mas gratos por el

trato diario de diez y ocho meses, y osaré decirlo, por la confianza y desahogos de algunos instantes. ¿Quien lo conoce mejor que yo? Napoleon siente y se expresa sobre su historia pasada como si ya hubieran pasado trescientos años, quedando solo atrasado respecto de los sentimientos de su familia. De ningun modo duda de los sentimientos domésticos, cualquiera que hayan sido los acontecimientos de la política. ¿Como, por qué via y de que manera, sin faltar al decoro ni á las reglas, ni á las intenciones, podré yo obtener informes directos de sus parientes, esposa é hijo? Príncipe, dispensadme que os repita, que hablo de hombre á hombre: un corazon es el que pregunta á otro.

Durante mi permanencia en Santa Helena, no hemos comunicado ni podido comunicar con el comisario austriaco. V. A. ha debido leer en un documento

público dirigido en respuesta al gobernador, que *si los comisarios austriaco y ruso habian venido para hacer que Napoleon gozase de las consideraciones y tratamientos que le son debidos, el carácter de estos enviados recordaba el de sus amos; pero que habiendo él* (el gobernador) *declarado que no tenian derecho, autorizacion, ni intervencion sobre esta materia, los habia hecho inadmisibles con aquella declaracion*. Al mismo tiempo Napoleon manifestó públicamente que los recibiria gustoso como simples particulares: sin embargo no los volvimos á ver mas, ya sea que tales fuesen las instrucciones, ó bien porque, segun debo suponer, quisiese el gobernador, por aquel medio, someterlos á una interdiccion que hubiera ofendido su carácter.

V. A. verá en la copia de una carta trasladada para S. M. María Luisa, el rigor que han usado con un botánico aus-

triaco y el dolor que ha causado al Emperador Napoleon. Renuevo á V. A. la expresion de la naturaleza de mis sentimientos, y la seguridad del profundo respeto con el que soy, etc.

El conde de Las Casas.

P. D. En el caso que no se remitiese mi carta á S. M. María Luisa, suplico á V. A. me conceda el singular favor de ordenar que se me devuelva el paquetito de pelo que contiene.

Carta á S. M. el Emperador de Rusia.

Señor,

Un sentimiento y un deber religioso me conduce á los pies de V. M.

El servidor fiel de una real víctima de la adversidad, osa elevar su voz hasta vuestro trono, rodeado de todas las prosperidades de la fortuna. ¿ Desdeñar V. M. oirlo ?

Arrebatado repentinamente del lado de Napoleon, y como herido de muerte súbita en su presencia, me hallo errante como en otro universo, arrastrando en pos de mí la imagen de los males de que he sido testigo, y de que ya no puedo participar.

A vuestros pies, Señor, me sugiere mi corazon venga á buscar un alivio á mis penas y una esperanza á mis votos.

En vuestro tratado del 2 de agosto de 1815, se estipula que Napoleon es vuestro prisionero, y se abandona á la Inglaterra la posesion de su persona, el cuidado y medidas de su detencion.

Señor, no hablaré contra este tratado, ni aun me quejaré de los pormenores con que los ministros ingleses acompañan la parte que V. M. ha confiado á sus disposiciones.

La política, los grandes intereses, y enormes agravios, por mas que pesen so-

bre mi alma, estan en este instante fuera de mi pensamiento : solo los cuidados domésticos ocupan mi corazon.

Imploro, pues, á V. M. asi como lo he hecho con sus altos aliados, para que se digne proteger la solicitud que dirijo al gobierno ingles, reducida á que se me permita permanecer en Londres, para consagrarme en procurar al ilustre cautivo, con arreglo á los reglamentos y leyes, algunos goces morales, y alivios corporales que no sean gravosos á nadie.

Señor, mi peticion es un favor inocente, natural y sencillo, sin objeciones razonables, y no estoy sin títulos esenciales para solicitarla de V. M. que no está lejos de tener alguna parte en ella.

Al abandonar á otros la guardia y detencion del cautivo, V. M. no renunció ciertamente á intervenir para que se mantuviesen las atenciones y miramien-

tos debidos á su sagrada persona. Renunciando á toda mediacion política, V. M. no pudo renunciar su cooperacion para contribuir al consuelo que experimentarian sus sentimientos privados, ni menos para suavizar lo que fuese ageno del objeto principal.

Señor, todos los dias en Santa Helena mueven ó hacen pesar nuevas cadenas en vuestro nombre. ¿ Habria accedido V. M. á que su nombre no llegase hasta alli, sino para autorizar unos odiosos é intolerables rigores ?

Señor, la persona sobre quien se egercen es la misma á quien V. M. ha dado durante mucho tiempo, el nombre de *hermano*. Vuestra alma real no puede olvidarlo, ni puede mostrarse insensible su corazon. Imploro, pues, el favor de vuestra simpatía, de vuestros recuerdos y el de vuestra misma dignidad. Vuestra alma magnanima, Señor, se ha mostrado

ya bastante adicta á la moral pública, nos ha manifestado demasiada generosidad y delicadeza privada en sus diversas relaciones, para que yo dude un solo instante.

¿Y cual es, Señor, este favor que pongo bajo vuestra proteccion? El permiso de permacener solamente en el lugar de comunicacion, esto es, en el punto mas oportuno y en la posicion mas adecuada, para poder, *confórme á las formulas requeridas y á los reglamentos prescritos*, continuar desde lejos los cuidados domésticos que ya no puedo egercer en la misma prision: ved ahi el todo.

En su virtud, Señor, imploro y espero este favor de V. M. ¡Y cuan feliz seria yo si se dignase tambien hacer que llegase hasta mi su real confianza, respecto de esta parte del interes moral y privado de los grandes empeños á los que V. M. no habrá podido renunciar

personalmente! ¿Y quien mejor que sabria desempeñar tal mision? ¿Quién se encargaria de ella con mas ardor? Yo me he desterrado de mi patria para poder consagrar á este fin, sin distraccion ni impedimentos, el resto de mi vida. Dignaos oirme y satisfacerme, Señor, os lo ruego. ¿Y quien debe aprovecharse de estos cuidados que propongo? ¿En favor de quien suplico poderme dedicar? Señor, de aquel que llamasteis vuestro amigo.

¡Ah! Señor, bastantes prodigios de gloria engrandecen el reinado de V. M; la historia posée suficientes materiales. Que se hallen tambien en ella rasgos de una virtud mas rara: haced alguna cosa por la amistad...... que la historia diga de vos, ¡en medio del mas terrible conflicto politico que se vió jamas, mostró algo superior á la misma victoria; el re-

cuerdo y respeto por una antigua amistad ! ! !

Cuantas veces, Señor, sobre nuestra roca, he oido al Emperador Napoleon, tratando de sus asuntos particulares, como si ya hubieran pasado muchos siglos y hablando el lenguage de la historia, decir: *yo no he tenido con el Emperador Alejandro mas que una guerra de política, sin ninguna relacion con los sentimientos individuales; no debo pues suponerle una animosidad personal.* Una circunstancia que seria digna de V. M. ha debido confirmarlo asi. Una voz llegó á nosotros en lo alto de nuestra roca, que el comisario de V. M. en la isla de Santa Helena, tenia en virtud de sus instrucciones, y de su propia augusta mano, la recomendacion terminante de prodigar iguales atenciones y respetos al Emperador Napoleon que á la misma persona de V. M. Le

hemos hablado, Señor, de este incidente porque sabiamos que le era grato; era propio del carácter de V. M. y nos abandonamos á esta idea lisongera sin que á la verdad tuviésemos un dato que nos la confirmara; pues durante mi permanencia, al menos, no hemos podido tener ninguna comunicacion con el comisario de V. M. A vuestra noticia habrá llegado sin duda, Señor, que requerido Napoleon por el gobernador de Santa Helena, para que recibiese al comisario de V. M. y al de su alto aliado el Emperador de Austria, mandó contestar: *que si estos comisarios tenian encargo de parte de sus amos, para hacer que en una isla, en medio del Océano, y separada del resto de la tierra, no se faltase á las consideraciones que le eran debidas, reconocia en ello el carácter de estos dos príncipes*; *pero que habiendo declarado el gobernador que nada tenian que ver ni intervenir en lo que pasaba en aquella*

roea, desde aquel momento los consideraba sin mision alguna. Sin embargo, añadió que le seria muy grato verlos como á simples particulares; lo que no tuvo efecto, ya sea porque nunca lo hayan sabido, ó porque sus instrucciones no se lo permitiesen ó sea en fin (lo que no creo improbable), porque el gobernador ingles hubiese querido entonces, someterlos á una dependencia que no lo permitiera su carácter.

Señor, si he osado en esta ocasion elevar mi debil voz hasta V. M., ha sido impulsado por la profunda, viva é inalterable adhesion que conservo por el que reinó sobre mi y fué mi Señor......, y este sentimiento debe disculparme ante V. M.

Soy., etc., el conde de Las Casas.

Carta del conde de Las Casas al lord Bathurst.

Milord,

Si yo sobrellevase sin quejarme los actos arbitrarios y tiránicos, la infraccion de las leyes, el desprecio de las formas, y la violacion de los principios, de que soy víctima hace mas de un año, que me hallo entre las manos de sus agentes, mi silencio podria tomarse por una aquiescencia tácita, que me haria culpable para conmigo mismo, para con vos y para con la sociedad entera. Respecto de mí porque tengo que solicitar grandes satisfacciones; respecto de vos porque las ignora, quizas, y os apresurariais á concederlas, y respecto de la sociedad entera porque es del interes de todo hombre de bien mostrarse inflexi-

ble sobre los extravíos del poder, por honor á las leyes y á la seguridad de los que le siguen.

Milord, si he tardado tanto en participaros mis agravios, no acuseis sino á vos mismo, á la persecucion que he encontrado en vuestras costas y á la que vos mismo habeis dado impulso en los paises vecinos. En efecto, parece que se ha inventado para mí un nuevo suplicio: la deportacion sobre los caminos públicos. Yo me he visto transportado, de ciudad en ciudad como un malhechor y aunque moribundo, sin que hayan podido acusarme de nada, no me se ha querido conceder ningun reposo. ¿Como habiá de escribiros?

Si dirijo personalmente á V. S. todo lo que me es peculiar, es porque en su departamento y en su nombre han empezado los actos de que tengo que quejarme y porque de la misma manera han

continuado ; y si despues han gravado otros males sobre mí, es porque V. S. los ha proporcionado, siendo sus sugestiones el origen del tratamiento que he recibido.

Milord, yo soy uno de los cuatro á que redujeron sus órdenes en Plymouth, el gran número de los que solicitaban la dicha y la gloria de seguir á la ilustre víctima de *la terrible hospitalidad del Belerofonte*, yo desempeñaba en Longwood lo mejor que podia mi religiosa y santa ocupacion, dedicando todas las facultades de mi corazon y de mi alma á suavizar la cautividad mas dura que nunca se ha visto, cuando repentinamente me hallo arrebatado por el gobernador de Santa Helena. Estaria en sus atribuciones, quizás, pues yo habia infríngido sus reglamentos, y en último analísis, mi culpa era solamente haber usado del derecho de todo cautivo, el

de burlar sin escrúpulo la vigilancia de su carcelero, pues nada se habia dejado entre nosotros á la delicadeza, á la confianza ó al honor. Yo no me he quejado del acto verificado contra mí, sino de la parte gratuita que iba á tener la persona de quien me separaban; casi á su lado y en su presencia se me ha sorprendido, lo que le hizo escribir, segun lo habrá V. S. leido, que al verme desde su ventana arrastrado fuera de su recinto en medio de numerosos plumages y de caballos que caracoleaban al rededor mio creyó ver á los salvages de la mar del Sud, quienes en su feroz alegría danzan en torno de la víctima que van á devorar.

Milord, séame permitido creer que la causa de lo que me ha sucedido, los documentos secretos confiados á mi criado á instancias suyas, no fué otra cosa sino el resultado de un lazo preparado

alevosamente. El mismo gobernador convino conmigo que las apariencias podian justificar mi idea; pero me dió su palabra de honor que nada tenia en el particular, y lo creo. Por lo demas estos documentos secretos debieron en un principio pasar precisamente por sus manos: yo se los hubiera dirigido si poco tiempo antes no me hubiese hecho saber que la continuacion de mi estilo lo obligaria á separarme de la persona por quien yo me habia decidido. Esto es tan cierto, y tan poco importantes los documentos en sí mismos, que en lo succesivo no se volvió á tratar mas de ellos, quedando enteramente separados del acontecimiento que habian producido.

Milord, mi cautividad en Santa Helena era voluntaria; V. S. previno en sus reglamentos que cesaria cuando fuese mi voluntad: yo declaré pues á sir Hudson

Lowe que desde aquel instante me retiraba de su dependencia personal, y que me restituia bajo la proteccion de las leyes civiles y generales; que si habia cometido alguna falta le pedia que me trasladase á mis jueces; que si creia que mis papeles (que yo le habia dado suficiente tiempo para revisarlos y comprenderlos) debiesen someterse á la inspeccion de los ministros, pedia que se os remitiesen, Milord, y á mi con ellos; y afin de facilitarle esta determinacion le expuse el espantoso estado de mi salud, el inminente peligro de la de mi hijo, que exigia se nos enviase á ambos á la fuente de los primeros auxilios del arte; añadí ademas que accedia desde luego voluntariamente y de buena fé á todas las restricciones, aun á las ilegales, que V. S. en caso necesario juzgase convenientes á mi llegada á Inglaterra. Sir Hudson Lowe no creyó poder tomar

este partido; y despues de mil dudas y de tenerme cautivo en la Isla, incomunicado por espacio de cinco ó seis semanas, me hizo deportar al cabo de Buena Esperanza, segun la letra de sus instrucciones, cuya medida pudo y debió haber egecutado incontinentemente. Ese mismo gobernador ha retenido en su poder todos los papeles mios que ha tenido por conveniente sin permitirme sellarlos, ó no permitiéndomelo sino con la irrisible restriccion de mi expreso consentimiento, para que él pudiese romperlo en mi ausencia si lo juzgaba preciso; lo que equivalia á impedírmelo.

A merced de semejantes sutilezas, podria tambien decir sir Hudson Lowe que en mi mano estuvo volver á Longwood; es indudable que estrechado con mis argumentos y por lo crítico de su posicion respecto de mí, me ofreció enviarme allá, para salir de este modo del

apuro. Pero al mismo tiempo que me lo ofrecia me lo hacia imposible. « Vm. me »ha ultrajado y ofendido, le decia yo, »prendiéndome á presencia misma de »Napoleon : en lo succesivo no podré ser»virle ya de consuelo, sino mas bien de »injuriosos y aflictivos recuerdos; yo no »puedo presentarme de nuevo en Long»wood, sino en virtud de su expreso de»seo. » Solicité escribir y aun lo verifiqué no mas que para cerciorarme de su voluntad; pero sir Hudson Lowe quiso dictar él mismo mis expresiones y hube de negarme á ello. Su situacion entre cautivos incomunicados á quienes hacia obrar separadamente y segun su capricho, era tambien demasiado ventajosa. Ademas aun cuando yo volviese á Longwood, sir Hudson Lowe no accedia á devolverme mis papeles. Al dia siguiente podia reproducir contra mis desgraciados compañeros sus injuriosos actos de au-

toridad; yo tenia el sentimiento de haber facilitado el acceso y no hay duda que mi vuelta hubiera sancionado el uso: no me quedaba, pues, otro partido sino desgarrarme el corazon y partir.

Ved aqui, Milord, segun creo, toda la parte relativa á mi causa de Santa Helena, que se halla probada y esclarecida en mi correspondencia con sir Hudson Lowe, cuyos documentos me fueron retenidos de su orden en el Támesis, y obran en poder de V. S. coordinados y puestos en orden por mí mismo.

Milord, una vez llegado al cabo de Buena Esperanza, me creí en mejor estado para gozar de la proteccion de las leyes. Salido de la isla fatal en la que la importancia del obgeto podia, quizás, servir de pretexto á ciertas irregularidades, me ví á quinientas leguas mas lejos, en una colonia pacífica, y

bajo el pleno egercicio de vuestra brillante legislacion, tan justamente exagerada. ¡Pero cual fué mi sorpresa! Lo que sir Hudson Lowe no se habia atrevido á hacer, retenerme cautivo, lo halló muy facil en el Cabo el lord Carlos Sommerset. Por mas que le expuse las mismas razones, las mismas súplicas, y le ofrecí idénticas concesiones á sir Hudson Lowe, para que me enviase á Europa cerca de V. S., todo fué inútil, pues me detuvo por puro acto de capricho y voluntad, visto que sir Hudson Lowe no era su gefe, y de consiguiente no podia darle ordenes. El lord Carlos Sommerset era gefe supremo: por su parte gozaba de un poder discrecionario, pudiendo y debiendo ser una especie de juez de mi sumaria informacion: á pesar de esto se rehusó constantemente á oirme, desechó toda aclaracion, y sin embargo de mis vivas y eficaces repre-

sentaciones, se contentó con preguntar friamente, á tres mil leguas, á mis jueces naturales, si haria bien de enviarme á ellos; egecutando de este modo sobre mí y desde aquel instante la mas horrible sentencia que ningun tribunal hubiera podido imponerme; un destierro y cautividad de siete á ocho meses, á tres mil leguas de mi familia, de mis intereses, de mi pais, de mis allegados, y de todos mis afectos.

Milord, en razon de la santidad de vuestras leyes, y segun los principios clásicos que os han legado vuestros padres, el lord Sommerset se ha hecho culpable para con migo, del mayor de los crimenes, de un atentado, igual en la opinion de muchas personas y de la mia, por los tormentos que he sufrido y aun superior al homicidio mismo: os lo denuncio y pido justicia. No hay un solo ingles para quien sean caros estos

privilegios, que nó una su voz á la mia y no tenga una justa idea del suplicio que he padecido. En vano se replicará que el Cabo no es mas que una colonia bajo el poder militar, y aun con algunas leyes en parte holandesas. Milord, á cualquiera parte donde llegue el nombre británico, debe reinar la justicia y la proteccion de las leyes inglesas: lo que seria un crímen en el Támesis, no podria ser un acto inocente sobre un punto del Africa donde tremola el pabellon ingles.

Yo no era un prisionero de guerra, sino un arrestado; tenerme ocho meses separado de mis jueces, fué una falta de justicia que estremeceria en Inglaterra; castigarme sin juicio y sin sentencia, una tiranía que trastorna vuestra legislacion. ¿Y qué pedia yo al lord Sommerset? ¿la libertad? No, sino que se me remitiese preso para sufrir una sentencia

si hubiese lugar á ello. Se ha hollado en mi persona lo que estima mas sagrado la razon, lo que el corazon mira con mas afecto y lo mas caro del hombre. ¿Y cuales podian ser sus motivos y sus excusas? Constante y obstinadamente me las ha rehusado. Y ahora pido, Milord, se crea que la indignacion y el dolor no me privan del conocimiento para distinguir en el lord las atenciones privadas que empleó para suavizar mi cautividad del horror del acto público por el que me condenó: no obstante que al fin de mi permanencia, el calor de mis expresiones y la importunidad de mis reclamaciones, le agriaron sin duda hasta el punto de retenerme en el campo á pesar de mis instancias y graves incomodidades, privado de los auxilos diarios de los médicos, y remedios de la ciudad.

En fin, Milord, despues de siete meses y llegadas precisamente las órdenes de

incomunicado y sellados mis papeles. Pocas horas despues un mensagero vuestro vino á apoderarse de mí á media noche; me notificó mi deportacion sobre el continente, conduciéndome á Douvres para ponerla en egecucion. Habiendo ocurrido tres dias de detencion, su zelo supo aprovecharse de aquel tiempo, volviendo á poner á mi disposicion todos mis papeles; me procuró avios de escribir, y me animó cuanto pudo á que lo verificase, aguardando á la última hora de la partida, para sorprender, por medio de un registro minucioso, hasta el último renglon. Esta es una clase de vileza tal, que no me atrevo á atribuirla á otra persona, sino al que la egecutó.

Una circunstancia de la misma naturaleza se presentó en Santa Helena. Sir Hudson Lowe despues de haberme tenido encerrado y sin comunicacion cinco ó seis semanas, en cuyo tiempo me per-

mitió escribir, quiso á mi partida, registrar de nuevo mis papeles; pero me fué entonces suficiente darle á entender el estraño colorido que presentaria la facilidad que me habia ofrecido de consignar sobre el papel unas ideas que de otro modo habria conservado en mi interior. Sir Hudson Lowe renunció al instante, cuya justicia debo hacer á aquel gobernador.

Lo mas extraño que hay en esto, Milord, y que con dificultad se creerá, es que vuestro mensagero por mas que yo hice, empaquetó todos mis papeles y se separó de mí, sin querer formar inventario de ellos, ni observar ninguna de las formalidades requeridas por todas las jurisprudencias del mundo. Persuadido que esta infraccion del primero de los principios, provenia de la ignorancia del subalterno y no de las órdenes del ministro, traté de remediarlo en beneficio

vuestro, Milord, consiguiendo sellarlos á fin de poneros en el caso de regularizar en su tiempo las faltas de vuestro agente. Desearé que V. S. aprecie esta medida, que únicamente ha tenido por obgeto, como lo prueba la naturaleza de mis papeles, el daros una idea de mi carácter y una prueba de mi moderacion. En aquel mismo momento tuve el honor de escribir al lord Sidmouth, observándole cuan precisa seria mi presencia para el exámen de mis papeles, los cuales con una sola palabra mia se simplificarian extraordinariamente, al paso que mi ausencia los haria inexplicables; mas esta carta quedó sin respuesta.

Milord, vuestro agente ademas, saliéndose de los límites de la decencia y generosidad que caracterizan los particulares de vuestra nacion, acompañó su encargo de cuantas amarguras son imaginables. Despues de haberme chocado á

primera vista por sus groseras injurias contra la persona que mas venero en el mundo, agotó sobre mí todas las obscenidades de la lengua, y todo esto porque yo no me prestaba á conversar con él. Habria recibido de V. S. la orden de guardarme, ¿pero pudo figurarse que se extendiese vuestro poder hasta obligarme á estar en sociedad con él? Este hombre tenia un segundo á quien no alcanzan mis quejas, pues aun cuando haya participado de la misma culpa, algunas veces se distinguia con ciertas atenciones y despues se hallaba excitado é impulsado por el primero.

Milord, al notificarme vuestro mensagero la orden de mi deportacion, á media noche, no me dejó otra eleccion sino la de Calais ú Ostende. A penas despierto, tuve que decidirme sobre la marcha. Poco despues y en mi reflexion le pregunté si no me se permitiria ir á

América ó á cualquier otro punto del continente, á lo que me contestó que no, pues que segun mi eleccion habia escrito ya al gobierno. Insistí de nuevo y entonces me declaró que estaba seguro serian inútiles todos mis esfuerzos. ¿Seria cierto su aserto, Milord? No me atrevo á creerlo, mas sin embargo mi destino se fijó en su consecuencia.

Se me ha mostrado, sin permitirme la tomara en mis manos, la orden de S. A. R. el príncipe regente para que al instante saliese de Inglaterra. ¿Esa negativa es una pura forma, ó una precaucion? ¿Esta providencia real envolveria responsabilidad, ó se temió acaso que no la tuviese por un título de honor? ¿Y en efecto podria ser de otro modo; sino arguyendo ningun agravio, solo aparece castigarme por una de las mas raras fidelidades, por la de un servidor que se inmola por su amo, á quien abandonó la fortuna?

Milord, en la estrecha eleccion que me dejó V. S., di á Ostende la preferencia sobre Calais, por motivos de delicadeza, únicamente hijos de mi profunda veneracion por mi patria, me habria sido muy sensible que se hubiera podido decir, que mis compatriotas me habian perseguido por un acto de virtud, y tal vez de su parte habria sido disculpable, mas de la vuestra, Milord, mi deportacion de Inglaterra no ha sido mas que un verdadero capricho y una dureza sin excusa.

Sea como fuera me hallo en el continente, á donde se me ha arrojado por disposicion vuestra y á despecho mio, y al menos aqui, Milord, séame permitido detenerme un instante. Yo tengo muy presente todas las circunstancias de mi vida, y por fortuna no hay rincon en la Europa en donde yo no pueda conservar tranquilo mi corazon y presentarme sin remordimientos ni temores. Mas vos,

Milord, que ni teneis el tiempo ni el deseo, ni la facilidad de examinar mi obscura carrera, si por casualidad las disensiones políticas, durante las cuales, las acciones perseguidas no son siempre crímenes, hubiesen puesto en peligro mi persona, si yo hubiera sucumbido, me habrian considerado como una víctima. ¿Pero y á vos, Milord, que me habria entregado, qué nombre os hubieran dado? ¡No os exponiais á que pudieran decir: «mientras que las leyes inglesas se »glorían de haber abolido el tráfico de »los negros en las islas de América, los »ministros ingleses trafican con la carne »blanca, en el continente de Europa!!!

Milord, por consecuencia del impulso que V. S. ha dado á mi destino, se me há arrestado y conducido por todo el reino de los Paises-Bajos cual un malhechor y sin caridad estando casi moribundo: he puesto mis quejidos en el cielo y

¿osaria yo, Milord, en el particular transcribiros algunas verdades amargas? ¿Mas por qué no? Tal es el derecho de todos vuestros compatriotas, decir la verdad sin temor á un ministro de Inglaterra, y con mucha mas razon lo será para un extrangero que tiene tan justos motivos de queja y de dolor. ¡Pues bien! Cuando yo declamaba contra un abuso tan horroroso respecto de mí, me preguntaron ¿de que punto del globo venia y de donde podia proceder mi sorpresa? Los unos me han dicho: «Nuestro rey es »bueno, no se queje Vm. de él, pues no »es mas que el instrumento con que le »oprimen; la mano tiránica viene desde »mas lejos.» Y otros: «el pueblo ingles »tiene, mucho tiempo hace, algunas fac»torías en la India para su tráfico; los mi»nistros ingleses las establecen hoy en el »continente para su despotismo. Cuando »termina su autoridad en Inglaterra, la

»prolongan en el resto de la Europa : en »nuestra casa han puesto el potro del »tormento y sus egecutores, y Vm. no se »escapará ni de su inquisicion ni de sus »suplicios. » Y de aqui nacen las diatribas y las imprecaciones sobre la Inglaterra y los ingleses. Sin duda, Milord, las personas juiciosas, instruidas y sin pasion estan muy lejos de engañarse y saben á quien atribuir los males exclusivamente, distinguiendo bien la excelencia de las leyes, su violacion y abusos del poder; saben tambien que los verdaderos ingleses combaten y detestan toda especie de tiranía en su casa y fuera de ella; que tienen en su isla los defensores mas ardientes, los guardianes mas celosos de las grandes y dichosas verdades que en nuestro continente son el obgeto de nuestras esperanzas y votos; pero la mayoría del vulgo no adelgaza tanto, y le parece mas corto cúlpar á una nacion en masa y maldecirla.

Pero en fin, Milord, bien analizado todo, ¿cual es mi crimen? ¿Cual puede ser el motivo de tan cruel persecucion? Me atrevo á preguntároslo, y los paises en donde se ha prolongado aquella por vuestro impulso, os lo preguntan conmigo. En todas partes, las autoridades que han obrado sobre mi persona han evitado oirme cuidadosamente; mis derechos les habrian servido de obstáculo é impedido sus providencias, y aun es indudable que ellas mismas ignoraban la causa y el origen. Desde el cabo de Buena Esperanza hasta el punto en que me hallo, si pregunto que juicio, sentencia ó cargo existe contra mí, solo se me responde que obran en virtud de una orden. Si exijo el motivo, la contestacion es el silencio.

Milord, tuve el honor de escribíroslo desde el Cabo, y os lo repito aqui; ¿qué reparo razonable se opone á mi deseo de

Habia contado tambien, Milord, os lo confieso, como una probabilidad de mi admision cerca de vos, el deseo de V. S. de aprovechar esta rara ocasion para esclarecer y afirmaros en el convencimiento de la verdad, pues creia que vuestro empleo y carácter os lo exigian imperiosamente. Al fallar sobre las quejas de Santa Helena, ¡cuantas luces contradictorias hubieran esclarecido sus nobles funciones de *jurado*! Yo habria respondido á todas vuestras preguntas con candor y sin pasion, os hubiera convencido sin ruido, (si V. S. lo hubiese deseado) de todos los errores en que vive respecto de nuestro asunto, por la multitud é importancia de los que tiene á su cuidado. He leido en tres papeles diferentes, (el *Times*, *New Times* y en el *London Chronicle*), vuestra respuesta al lord Holland, sobre su mocion relativa á Santa Helena y puedo aseguraros que no

hay casi un renglon que no sea una pura irregularidad.

¡ Plegue á Dios, Milord, que yo no os crea de mala fé! mas vuestros verdugos os han informado muy mal. V. S. ha afirmado que ninguno de los parientes del emperador Napoleon, excepto su hermano José, le habia escrito; y yo mismo le he remitido tres ó cuatro cartas procedentes de V. S. por el conducto de sir Hudson Lowe, á saber: de Madama, Madre de la señora princesa de Borghese y de su hermano Luciano. El hecho en sí mismo, es de poca importancia, Milord, pero esta inexactitud material debe excitar vuestras dudas sobre otros puntos, y dar validez á mis asertos sobre lo demas. Lo que me concierne á mí, por egemplo, es tan desfigurado que apesar de las prevenciones que tengo motivo de alimentar contra sir Hudson Lowe, no dudo un momento en pensar

que el mismo declamaria contra la irregularidad de la exposicion. Por lo demas, Milord, en el calor de los partidos y de toda oposicion, se forman inevitablemente dos *verdades*. La mia no podria ser precisamente la vuestra; el público lo sabe, y por esta causa hubiera deseado fundar la suya sobre los documentos oficiales. V. S. ha creido deber rehusarselo; ¿mas de este modo no ha fijado su opinion?

Milord, paso á hacer el resumen de mis extensos pormenores.

1°. Pido justicia y satisfaccion del abuso de autoridad y del acto arbitrario y tiránico por el que el lord Carlos Sommerset me privó por tanto tiempo de mi libertad, violando las leyes positivas de su pais.

2°. Pido justicia y satisfaccion de la forma irregular con que se han apoderado de todos mis papeles en el Támesis,

impidiéndome, á pesar de mis instancias, de que hiciera el inventario de ellos.

3°. Pido justicia é indemnizacion de agravios por el modo con que, despreciando todos los principios, se me entregó cautivo en el continente, y que por consecuencia del impulso ó de las instrucciones dadas, se me obligó á atravesar la Bélgica y los paises adyacentes como un malhechor.

4°. Pido la visita y pronta restitucion de los papeles que se me detuvieron en el Támesis. La mayor parte de ellos habian sido respetados por sir Hudson Lowe, y otros me son absolutamente necesarios para el uso diario de mis asuntos domésticos, pues contienen todos mis títulos de propiedad y bien, por cuya razon si se me priva de ellos, quedo exausto de todo.

5°. Pido la restitucion de mis papeles de Santa Helena, cuyo inventario reco-

nocido y firmado por sir Hudson Lowe, se halla entre los papeles que me tomaron en el Támesis. Estos papeles de Santa Helena se reducen, poco mas ó menos, á un solo manuscrito, que comprende el espacio de diez y ocho meses, en que dia por dia, se hallan inscritas (aun todavia en borrador é incorrectas) las conversaciones, palabras y aun tal vez los gestos del que durante mucho tiempo dirigió el destino de la Europa.

Este manuscrito, sagrado por su naturaleza y obgeto, era desconocido á todos, y debia continuar siéndolo. Dejé tomar el suficiente conocimiento de ellos á sir Hudson Lowe para convencerlo de su inocencia en política. Al llegar al Cabo tuve el honor de escribir al principe Regente por el conducto de los ministros, é igualmente á estos, para poner estos preciosos materiales bajo su proteccion especial, implorándolo en nombre de la

justicia y de la historia : á los ojos de todas las leyes son mi propiedad sagrada, la de mis hijos y la de lo venidero.

6°. En fin, pido sobre todo, la restitucion de la carta que el emperador Napoleon me hizo el honor de dirigirme á mi arresto incomunicado en la isla de Santa Helena; una carta agena de la política, leida por el gobernador de aquella isla, y por los mismos ministros, si lo han tenido por conveniente, no podria arrebatarse, conforme á ningun codigo del mundo, por severas que fuesen sus expresiones confidenciales, á aquel para quien es una propiedad : este documento precioso y sagrado es la recompensa de mi vida, el título de mis hijos y el monumento de mi familia.

Milord, amigo natural de todo decoro y moderacion, á vos dirijo la enumeracion de mis agravios; á vos solo y sin

publicidad (1) pido la indemnizacion de ellos. Si V. S. no estima conveniente satisfacerlos, me veré en la precision de presentar mis quejas á los tribunales de justicia. Despues, si fuese necesario, acudiré al de la opinion pública, y en seguida y sobre todos aun á aquel tribunal supremo del Altísimo, que fallando igualmente sobre la víctima y las tiranías, cumple en la eternidad el triunfo infalible de todos los derechos, y el castigo final de todas las injusticias.

Tengo el honor, etc.

El conde de LAS CASAS.

En fin, en aquel mismo tiempo apareció tambien mi peticion al parlamento de Inglaterra; yo la remití á Londres, desde los desiertos de Tygerberg para

(1) Esta carta no se hizo pública hasta un año despues de escrita, y aun se habrá visto antes ó se verá despues los motivos que han causado su publicidad.

que hiciesen de ella el uso conveniente. Mas sea que no hubiese llegado, ó que hallasen algun inconveniente en presentarla, no se habló de ella una palabra, y solo mi vuelta pudo despertar el asunto. Un miembro de los comunes interesado por la sensacion que acababa de causar su publicidad, se ofreció á presentarla el mismo, y para cuyo efecto, se me envió de Inglaterra un papel en el que puse mi firma; formalidad que no se creyó suficiente, lo que unido á otras consideraciones, quizás impidió que se sometiese á la deliberacion de la cámara. La transcribo á continuacion, esperando que me lo perdonarán, visto el grande interes que tengo en ello, y ademas porque tanto este papel como otros de los que se hallan en este tomo, han sido mutilados, desfigurados y vueltos á traducir en frances de un texto extrangero: á mi me toca restablecerlos en su inte-

grídad puesto que si no se hallasen aqui pasarian por apócrifos, y esto es lo que quiero evitar.

Peticion al Parlamento de Inglaterra.

Un simple individuo, un débil extrangero se atreve á elevar la voz en vuestro recinto, representantes del pueblo de Inglaterra; pero os invoca en nombre de la humanidad y de la justicia, en nombre de vuestra gloria. ¿Hablaria en vano? ¿No se le escucharia?

Arrojado fuera de Santa Helena y arrebatado del lado mismo del monumento mas grande de las vicisitudes humanas que existió jamas, me dirijo á vosotros para pintaros su situacion y sufrimientos.

Arrancado repentinamente de su lado, sin que haya sido posible preverlo, y privado de toda comunicacion, mis palabras

é ideas serán puramente de mí y no tendrán otro origen sino el de mi corazon. Tal vez el alma, altiva, cuyo es el obgeto, se irritará por el paso que doy en este momento, persuadida que en el mundo no debe ni puede apelar por sus agravios sino al *Omnipotente*. Quizás me pregunte, ¿quien me ha cometido el cuidado y bien estar de su vida? No importa; mi afecto hácia él será la causa de mi debilidad, y pues que me siento lejos de su heróico influjo, mi corazon no puede callar los males de que ha sido testigo y no pudiendo contenerse prorrumpe en quejidos.

Vosotros habeis desterrado en los desiertos del Océano á aquel cuya magnánima confianza venia *libremente* y por *eleccion* á vivir entre vosotros, y bajo la proteccion de vuestras leyes que habia creido *soberanas*. Sin duda que no consultasteis en vuestra determinacion sino

lo que os pareció útil prescindiendo de ser justos. De otro modo se os preguntaria : ¿ quien le puso en vuestro poder? ¿ quien os ha dado el derecho de juzgarle ? ¿ sobre qué se le ha condenado ? ¿ á quien habeis oido en su defensa ?..... Pero vosotros habeis dictado una ley..., existe y la respeto. Yo no estoy calificado para discutir el principio ; asi pues enmudeceré, y mi protesta no saldrá del corazon. Me limitaré á hablar de los males que han corrido en pos de vuestras disposiciones y sin duda contra sus intenciones.

Representantes de la Gran Bretaña, vosotros habeis dicho que no queriais otra cosa mas que aseguraros de la persona del emperador Napoleon, y garantir su detencion. Cumplido este obgeto, accedisteis á que se le prodigase cuanto pudiera suavizar y aligerar, lo que pensabais ser obra y obligacion de la política.

Tales han sido el espíritu y tenor de vuestras leyes, las expresiones de vuestros debates, los votos de vuestra nacion y los sentimientos de su honor. ¡ Pues bien ! sabed que no ha llegado al ilustre cautivo en su espantosa roca, sino la parte severa de vuestras intenciones. ¡ Feliz aun todavía si no hubieran sido traspasadas ! pues las nubes que coronan su isla, son menos densas y sombrias que las penas morales y físicas que acumulan sobre su cabeza.

Bajo el frívolo pretexto de aprehensiones puramente imaginarias, se han visto diáriamente nuevas restricciones. Su alma altiva ha devorado cada dia nuevos ultrages : todo egercicio le ha venido á ser imposible, y cualquiera visita y conversacion le estan casi prohibidas. De este modo á las privaciones de toda especie y á toda clase de contrariedades, se le juntan la insalubridad

mortal de un clima, á la vez humedo y abrasador, y la insípida monotonía de un cielo sin color ni estaciones. ¡ A cada instante y de un modo horrible se le estrecha el circulo de la vida ! ¡ Se halla reducido á no salir de su cuarto, y sí..., van á darle la muerte !

¡ Habeis querido vosotros todas estas cosas ! No, sin duda ; ¿ y qué motivos podrian justificarlas ? ¿ El temor de una evasion ? Pero que se reunan algunos militares, marinos y jueces instruidos, que se consulten sus luces y opiniones, y que arrebaten aquel objeto de la arbitrariedad de un solo hombre, que pudiendo tomar por guia sus terrores, no se ocupará continuamente en otra cosa sino en combatir hasta las fantasmas que podrá crearle su imaginacion acalorada, sin pensar que le es imposible destruir todas las probabilidades y llegar á la última, sino dándole la muerte. En Long-

vood se tiene por imposible toda evasion; no se piensa en eso, y cierto que cualquiera podria arriesgar su vida para conseguirla: la muerte pareceria dulce en comparacion de tan feliz resultado. ¿Pero de qué modo podria engañarse á los oficiales que estan en continua vigilancia? ¿Ni como escaparse de los soldados apostados por toda la orilla? ¿Descolgarse por las rocas y echarse, por decirlo asi, á nado en el vasto Océano? ¿Pasar una primera línea de barcos y otra segunda de buques de guerra, cuando se halla dominado por todas las alturas, que puede estar rodeado, quizás, y seguido de señales á cada instante y en todas direcciones? ¿Y á qué embarcaciones entregaria su confianza? Sobre la orilla no hay un solo punto de embarque, ¿sobre qué barco se buscaria un refugio? No los hay, ni lejos ni cerca: toda vela extrangera, y aun la

inglesa misma, es presa de vuestros cruzeros si se acerca de la isla maldita sin urgente motivo.

¿Con tales precauciones y circunstancias, la isla entera no es, pues, una prision suficientemente segura? ¿Deberia acaso ser necesario multiplicar prisiones sobre prisiones? ¿Y si lo que es imposible, pudieran vencerse tantas dificultades, la inmensidad de las mares, la casi totalidad de las tierras, no serian aun una nueva cárcel?

¿Luego quien podria inclinar á unos hombres en su cabal juicio, á soñar tan ridículos esfuerzos? ¿Quien podria inducir en Longwood á unos pensamientos tan locos y desesperados? Asi es que el emperador Napoleon conserva siempre los mismos proyectos y deseos que expresó cuando vino con confianza, *libremente y de buena fé* á arrojarse en vuestros brazos. « Un retiro y reposo bajo la

» proteccion de vuestras leyes positivas, » ó las de América. » Esto es lo que quería, lo que quiere aun, y lo que pide siempre.

Si, pues, la isla de Santa Helena, por su naturaleza, no es ya una prision suficiente, si no tiene la ventaja de hacer concurrir la seguridad con la indulgencia, entonces han quedado burladas vuestra eleccion é intenciones. ¿A qué venia enviarnos á morir miserablemente en un clima extraño? ¿A qué conducen todos vuestros gastos adicionales? ¿Para qué emplear una numerosa guarnicion y su gran estado mayor, con un establecimiento marítimo? ¿Ni que necesidad habia de las trabas que se imponen al comercio de aquella isla infortunada? ¡Hay tantos puntos en vuestro dominio europeo, en donde podia guardársenos sin gastos, y en los cuales nos hubiéramos creido menos desgraciados! Si por

naturaleza y con ayuda de las precauciones indicadas, presenta en sí misma todo lo que la prudencia humana puede creer necesario, entonces todas las adiciones agravantes, ¿no serian otras tantas vejaciones inútiles, actos tiránicos y bárbaros, egecutados contra vuestra intencion? Pues no pudisteis querer que se atormentase á Napoleon, ni que se le hiciese morir con alfileres; y no obstante es demasiado cierto que perece por medio de heridas incesantes en cada dia, hora y minuto.

Si no habeis querido considerarlo sino como á simple prisionero, y no como el obgeto del ostracismo de los reyes, cuya es su clase; si no habeis pretendido darle mas que una prision comun, y no elegirle un lugar en donde se le pudiera aliviar la irregularidad de su destierro; si no se le ha querido confiar mas que á un carcelero y no á un gefe

de un grado eminente, quien por sus conocimientos y experiencia del mundo supiera conciliar la seguridad del cautivo con el respeto y consideraciones que le son inherentes; si no se ha querido seguir mas que el odio, la venganza y todas las pasiones vulgares; si, en fin, no se ha querido otra cosa, sino confiar al clima la muerte del ilustre enemigo, y manchar la naturaleza con un hecho que nadie se atreveria egecutar; si se ha deseado todo esto, me detendré, pues nada tengo que decir entonces, y tal vez habré dicho demasiado.

Pero si en el sentido de vuestro mismo *bill*, habeis querido acompañar vuestra medida política, como en efecto ha sido, de todas las intenciones de una nacion grande, noble y honorable, continuaré, pues habreis deseado todo el bien que permitiesen las circunstancias, é impedido el mal que la necesidad no

exigiese. No habreis querido que se privase al prisionero de todo egercicio, imponiéndole inútilmente unas condiciones ó formas que habrian convertido en tormento aquel recreo.

Vosotros no habeis querido que se le prescribiese la naturaleza de sus palabras, ni la extension de sus frases, ni que se estrechase su recinto primitivo bajo pretexto de que no usaba del todo diariamente, ni menos de que se le forzase á reducirse á su cuarto para no hallarse en medio de las trincheras y empalizadas con que han rodeado ridículamente su jardin, etc.

Todas estas cosas existen y se han succedido periódicamente, aun cuando se juzguen inútiles, y muchos de vuestros compatriotas las condenen y lloren.

Vosotros no habeis querido que en gran detrimento de su salud y comodidades, se le condenase á una mala ha-

bitacion, pequeña é incómoda, mientras que la autoridad las tiene grandes y hermosas en la ciudad y en el campo, las cuales hubieran sido mas cómodas y decentes, y hubiesen evitado el envio del famoso palacio, ó para hablar mas correctamente, de la inmensa cantidad de maderos toscos, que sin uso, se estan pudriendo hoy en las orillas, porque se ha visto que serian necesarios siete ú ocho años para construir el edificio proyectado. No se habrá querido que, á pesar de las sumas que se dedican á aquel obgeto, las necesidades de la vida y todas las subsistencias que se subministran diariamente á Longwood, fuesen de la clase mas ínfima cuando las hay para otros de mejor calidad; vosotros no habeis querido que se llevase el ultrage respecto de Napoleon, hasta quererlo forzar á discutir los pormenores de sus gastos, que se le

intimara proveyese al excedente, que no poseia, ó que en su defecto se le amenazara con reducciones imposibles, ni menos que se le obligase á exclamar en su indignacion: «Que lo dejasen en »paz, que nada pedia, y que cuando tu»viera hambre iria á sentarse en medio »de aquellos valientes, cuyas tiendas »descubria á lo lejos, los cuales no des»deñarian el alimento al soldado mas »antiguo de Europa.» Vosotros no habeis querido que Napoleon se viese en la necesidad de vender su plata labrada, pieza á pieza para subvenir á lo que le falta mensualmente, ni que se hallase reducido á aceptar lo que algunos servidores fieles eran bastante felices de poder deponer á sus pies.

¡Oh ingleses! ¿Se tratará asi en vuestro nombre al que ha gobernado la Europa, dispuesto de tantas coronas y creado tantos reyes? ¿No temeis el gri-

to de la historia? ¿Y si llegara á pronunciarse no diria «¿Lo han engañado »para apoderarse de él, y despues le han »pordioseado su existencia?» ¿Sufrireis que se comprometan á este punto vuestros sentimientos, vuestro carácter y honor? ¿Es tal vuestro *bill* é intenciones? ¿Y qué relacion tienen con la seguridad unas medidas tan indecorosas?

Vosotros no habeis querido que la autoridad se hiciese un estudio pueril y bárbaro en sus palabras, reglamentos y providencias, de recordar sin cesar lo que por delicadeza nunca hubiera debido pronunciar, repitiéndonos á cada paso que nos engañábamos extraordinariamente en el juicio que formábamos de nuestra posicion, impidiendo severamente todo respeto y aun castigando, se nos ha dicho, el que el hábito hubiera hecho escapar; cercenando los periódicos que nos llegaban, y dejándonos solamente los que

na y respiraríamos el aire europeo; una autoridad superior contradictoria nos pondria al abrigo de los resentimientos personales, de la exaltacion del momento y aun tal vez de la falta de juicio.

Se ha insinuado ó impedido aun á los oficiales de vuestra nacion, se presentasen ante el que vigilan y guardan; y prohibido á los ingleses mismos, cualquiera que sea su grado y la confianza que posean, acercarse ó hablar con nosotros sin algunas formalidades que equivalen á una prohibicion, por miedo que les pintemos los malos tratamientos con que nos oprimen. Precaucion inútil á la seguridad y que prueba la envidiosa atencion que ponen para impedir que se haga pública la verdad. Se ha supuesto que era un crimen nuestros esfuerzos para dirigirosla, sobre todo interesándose en ello vuestro honor y vuestro carácter, como si en tal caso no fuera haceros un servicio.

Ciertamente que no habeis querido que la tiranía obrase sobre nuestros pensamientos y sensaciones, hasta el punto de insinuarnos ó decirnos que si continuábamos expresándonos en las cartas á nuestros parientes ó amigos, se nos separaría de Napoleon y deportaria de la isla. Circunstancia que produjo precisamente mi expulsion, obligándome á remitir clandestinamente las mismas cartas que antes habia destinado para el gobernador, y que le habria enviado sin su importuna insinuacion, gratuitamente tiránica, puesto que las tales cartas se enviaban abiertas á los ministros, y acompañadas en caso necesario de las notas de la autoridad local, que podian detenerlas aquellos, si lo creian conveniente, ó entregarlas á las leyes si las suponian criminales, y que en todo caso debian considerarlas como un nuevo medio para descubrir la verdad.

No hay duda que no habeis querido que los que habian obtenido el favor de permanecer cerca de Napoleon se hallasen, en lo severo, dentro de las leyes y fuera de ellas para lo favorable: sin embargo esto fué lo que se nos notificó positivamente. Vosotros no habeis querido que se sorprendiesen mis mas secretos y sagrados papeles, ni que aunque yo los hiciese recorrer sumariamente para que se tomara conocimiento de su naturaleza, me separasen de ellos, impidiéndome que les pusiese mi sello. Vosotros no habeis querido que se jugase bárbaramente con mi persona, respecto de lo mas grande y sagrado que hay entre nosotros; que con desprecio de mis constantes reclamaciones para que se me pusiera en libertad ó entregase á los tribunales; que á despecho de mis reiterados ofrecimientos de someterme voluntariamente y con antelacion á todas las

precauciones y aun á las arbitrarias mismas, que quisieran imponerme en Inglaterra, se me detuviese cautivo en Santa Helena; se me enviase de esta isla al cabo de Buena Esperanza para hacerme volver, con el tiempo desde el Cabo hácia la dicha isla, paseándome asi preso por la vasta extension de los mares en buques débiles y con gran detrimento de la salud de mi hijo, cuya vida ha estado muy expuesta, y con peligro de la mia, por las enfermedades que me han producido, las cuales deben acompañarme al sepulcro, si antes de tiempo no me precipitan en él.

Los representantes del pueblo ingles no han querido que á mi llegada al Cabo, la autoridad me retuviese alli arbitrariamente, sin discusiones, exámen, ni informes, haciéndome consumir con las agonías del dolor, de la esperanza y desesperacion, bajo el ricículo pretexto de

preguntar á dos mil leguas de distancia, á mis jueces naturales, á los ministros á quienes tan vivamente solicitaba se me entregase, si haria bien de remitirme á ellos, egecutando sobre mí una sentencia mil veces mas terrible que la que todos los jueces pudieran pronunciar, á saber retenerme cautivo todo aquel tiempo en uno de los extremos de la tierra, separado de mi familia, de mis amigos, de mis intereses y de todos mis afectos, consumiendo penosamente en el desierto los pocos dias que me quedan. En verdad que bajo el imperio de unas leyes positivas no deberian burlarse tan tiránicamente de la vida y felicidad de los individuos.

¡ Oh ingleses! Si quedan impunes tales actos, vuestras brillantes leyes se reducirán á un nombre vano, llevareis el terror á las extremidades de la tierra y desaparecerán de entre vosotros la libertad y la justicia.

Véd aqui los agravios que tenia que participaros y que se hallan esclarecidos en union con otros, en la carta inclusa, que al partir de Santa Helena entregué á la autoridad de aquella isla.

Hubiera querido omitir la enumeracion de agravios; pero me he hecho la violencia de exponerlos, persuadido de que aun los mas pequeños interesan á vuestro honor.

¿Y cuales pueden ser las causas de semejantes medidas? ¿De donde pueden proceder esos ataques graduales y continuas agravaciones? ¿Como se habrán justificado? Lo ignoramos.

Y no será porque la autoridad de Santa Helena dude del inminente peligro que corre la salud y aun la vida del cautivo, ni el probable y pronto resultado de tal estado de cosas. «Pero no será »culpa suya,» contestan friamente. Mas nótese lo que se dice. ¿Confesar que

Napoleon busca la muerte, no es lo mismo que decir que se le hace intolerable la vida? «Por otro lado, continuan; ¿por »qué se niega á hacer el egercicio necesario en compañía de un oficial? Qué »tiene, pues, de chocante y penosa esta »formalidad? ¿Para que obstinarse en »darle tanta importancia?» ¡Mas quien puede creerse con derecho de juzgar de las sensaciones de la ilustre víctima! Napoleon se priva de ello y se calla, ¿qué mas se quiere? Por lo demas ya se ha repetido cien veces, no es el color del vestido, ni la diferencia de nacion, la causa de la repugnancia, sino la naturaleza de la cosa en sí misma, y sus efectos inevitables. ¿Si en semejante egercicio el beneficio corporal fuese inferior á los sufrimientos del espíritu, cual seria la ventaja que sacaria de él?

Pero aun á esto se obgeta (pues no hay una misma escala para todos los en-

tendimientos). «¿ A qué conducen unas »consideraciones tan particulares, aten- »ciones y miramientos tan extraordina- »rios? En último resultado no será mas »que un cautivo de distincion; ¿ qué »mas es, cuales son sus títulos?

Satisfaré, pues, á estas obgeciones, diciendo que:

« Napoleon es el primero y el mas ad- »mirable destino de la historia; el hom- »bre de la fama, el de los prodigios, y »el héroe de los siglos. Su nombre se ha- »lla en todas las bocas, sus actos agitan »todas las imaginaciones, y su carrera »no tiene igual. Cuando César meditó »gobernar á su patria, era ya el primero »por su nacimiento y riquezas; cuando »Alejandro emprendió subyugar al Asia »era rey é hijo de otro rey que habia ya »preparado sus triunfos. Pero Napoleon »saliendo de entre la muchedumbre pa- »ra gobernar al mundo, se presenta solo

»y sin otro auxiliar que su ingenio : sus »primeros pasos en la carrera son otras »tantas maravillas; al punto se cubre de »laureles inmortales, y reina desde aquel »instante sobre todos los corazones: ídolo de sus soldados, cuya gloria lleva »hasta las nubes, y esperanza de la pa»tria, que en sus agonías le hace vislum»brar que sería su libertador; y aquella »idea no fué ilusoria. A su voz expirante, »interrumpiendo Napoleon sus misterio»sos destinos, vuela desde las márgenes »del Nilo, atraviesa los mares con peli»gro de su libertad y reputacion, desem»barcando solo en las playas francesas. »Todos se conmueven al verle, las acla»maciones y la alegría pública lo llevan »en triunfo hasta la capital. ¡ A su vista »se humillan las facciones y se confun»den los partidos : gobierna y encadena »la revolucion !

»El único peso de la opinion y el in-

»flujo solo de un hombre lo hace todo: »no necesita combatir ni derramar una »sola gota de sangre, y no es esta la única »vez que en su vida se hallan semejantes »prodigios.

»A su vez, desaparecen los principios »desorganizadores, se cierran las llagas »y se borran las manchas: la creacion »parece de nuevo salir del caos.

»Todos los delirios revolucionarios »terminan, y solo permanecen las gran»des y luminosas verdades. Napoleon »desconoce los partidos, y su gobierno »es puro y despreocupado. Todas las opi»niones, sectas y conocimientos se agru»pan en derredor suyo, y empieza un »nuevo órden de cosas.

»La nacion respira y le bendice, los »pueblos le admiran, los reyes le respe»tan, la felicidad renace, y de nuevo se »ennoblece el nombre frances.

»Bien luego se elevó su trono, vino

»á ser emperador; y todos saben lo de-
»mas. Bien sabido es el explendor y po-
»der con que honró su corona. Sobera-
»no por eleccion de los pueblos, consa-
»grado por el gefe de la religion y san-
»cionado por la victoria, ¿qué primo-
»génito de dinastía reunió jamas unos
»títulos tan poderosos, nobles y puros?
»¡Qué lo busquen!

»Todos los soberanos se aliaron á él,
»por la sangre de los tratados: todos los
»pueblos lo han reconocido. Ingleses,
»si solo vosotros formais la excepcion,
»esta ha consistido únicamente en vues-
»tra política y por pura forma; siendo
»precisamente vosotros los que hubié-
»rais debido ser en Napoleon los títulos
»mas sagrados é incontestables. Las otras
»potencias tal vez habrán podido obede-
»cer á la necesidad; mas vosotros no ha-
»briais hecho mas que ceder á vuestros
»principios, á vuestra conviccion y á la

»verdad; pues tales son vuestras doctri-
»nas, que elegido Napoleon cuatro ve-
»ces por un gran pueblo, ha debido ne-
»cesariamente y á pesar de vuestras de-
»negaciones públicas, ser reconocido
»como soberano, en el fondo de vues-
»tros corazones. ¡Consultad vuestra con-
»ciencia!..... Luego Napoleon no ha per-
»dido mas que su trono; un reves se lo
»arrebató, al paso que el triunfo lo hu-
»biera fijado en él para siempre. Vió mar-
»char contra él un millon y cien mil
»hombres: los generales y sus sobera-
»nos proclamaban por todas partes que
»únicamente obraban contra su persona
»sola. ¡Qué destino!..... Sucumbió, es
»verdad; pero no perdió mas que el po-
»der: conserva sus carácteres augustos,
»los cuales exigian el respeto de los hom-
»bres. Mil recuerdos de gloria le coro-
»nan aun, el infortunio le hace sagrado,
»y en este estado de cosas, el hombre

»verdaderamente sensible no titubea en »considerarle como mas venerable sobre »su roca, que imponiendo leyes á la ca»beza de seis cientos mil hombres.»

Ved ahí cuales son sus títulos.

En vano los hombres débiles y los corazones de mala fé, querrán atribuirle, como es costumbre, ser la causa ofensiva de todos los males y turbulencias de que hemos sido testigos ó víctimas: el tiempo de los débiles pasó ya; la verdad recobrará su imperio y las nubes de las imposturas, empiezan á disiparse ante el sol de lo porvenir. Un tiempo vendrá en que se le hará plena justicia, pues las pasiones mueren con los contemporáneos, mientras que las acciones, viven con la posteridad, que no tiene límites. Entonces se dirá que las grandes proezas y bienes, fueron suyos y que los males fueron obra del tiempo y de la fatalidad.

¿ Quien no empieza á ver hoy que á pesar de su enorme poder, nunca fué dueño de su destino, ni de sus medios? Que constantemente armado en su propia defensa, no cedió á su destruccion sino con prodigios multiplicados, que en aquella terrible lucha se le obligó á renunciarlo todo, si queria seguir y salvar la causa nacional. ¿ Quien entre nosotros, ingleses, imagina sobre todo, negar esta verdad? ¿ No se ha proclamado muchas veces en Inglaterra *la guerra vitalicia*; y vuestros aliados secretos no guardaban en el fondo de su corazon lo que vuestra posicion os autorizaba á publicar? ¿ No os jactais aun en este instante que lo habriais combatido mientras hubiese subsistido? Asi es que siempre que os ha propuesto la paz, ya que fuesen sinceros ó no, sus ofrecimientos, poco os ha interesado, pues vuestro plan era inalterable. ¿ Qué partido le quedaba en-

tonces, y qué acriminacion podrá hacerse contra él en la que su adversario no esté inculcado? ¿Y quien, aun en el dia, podria imputarle su decantada ambicion ¿Qué cosa ha tenido tan nueva, tan extraordinaria y exclusiva, en su persona?

¿Ahogaba en él los sentimientos cuando decia al ilustre Fox que en lo sucesivo las leyes, costumbres y sangre hacian de tal modo á la Europa una misma familia, que ya no podria haber en ella mas guerras que las civiles?

¿Era acaso irresistible, cuando al pintarnos todos sus vanos esfuerzos para impedir la ruptura del tratado de Amiens, decia que la Inglaterra á pesar de sus ventajas presentes, habria ganado en mantenerlo, asi como toda la Europa; que él solo, quizás, su nombre y gloria hubieran perdido?

¿Era muy ansiosa y comun esa ambi-

cion, cuando preferia en Chatillon la probabilidad de perder un trono, á la certidumbre de poseerlo á costa de la gloria é independencia nacional?

Era incapaz de alteracion cuando se le ha oido decir: «Yo volvia de la isla de » Elba un hombre enteramente distinto. » No se creyó posible y se han engañado; » yo no hago las cosas de mala gana, ni » á medias: habria sido estrictamente, » monarca por la constitucion y para » la paz. »

Era insaciable, cuando despues de la victoria que él consideraba como cierta en Waterloo, su primera palabra á los vencidos iba á ser al instante el ofrecimiento del tratado de Paris, y una union sincera y sólida que confundiendo los intereses de ambos pueblos, hubiera asegurado á la Inglaterra el imperio de los mares, y forzado al continente á la paz?

Era ciega y sin motivos, cuando despues de su desastre, enumerando las consecuencias políticas que tambien habia previsto, y estremeciéndose por las probabilidades de lo porvenir exclamaba: « ¡Tal vez hasta los mismos ingleses tendrán que llorar un dia haber vencido en Waterloo! »

¿Y quien, pues, en adelante pensará en citar aquella ambicion? No serán los pueblos agobiados con la conducta de los que le han precipitado del trono. ¿Serán los soberanos? Aquellos que no hablaban mas que de justicia antes del combate, ¿qué uso han hecho de la victoria? Cesen, pues, de repetir odiosas alegaciones que pudieron haber sido un excelente pretexto, pero que en adelante serian unas miserables justificaciones: ¡conténtense con haber vencido!......

Pero yo me exalto: ¿á donde me arrastra la fuerza de la verdad, la vehe-

mencia de las sensaciones y el impulso del corazon? vuelvo, pues á mi objeto.

Representantes de la Gran Bretaña, tomad nuevamente en consideracion este estado de cosas. La justicia, la humanidad, vuestro honor y vuestra gloria os lo piden. Santa Helena es insoportable; la vida equivale allí á una muerte cierta y premeditada, y vosotros no quereis haceros responsables de esto para con los siglos venideros. Napoleon fué veinte años vuestro terrible enemigo, mas acordáos de *Anibal* y de la *infamia romana*.....; vosotros no quereis manchar con semejante ignominia las páginas mas brillantes de vuestra historia presente. Salvad á vuestro gobierno de la odiosa y horrible inculpacion de haber traficado con la sangre del prisionero: la historia nos presenta algunos de estos egemplos y todos nos horrorizan. ¡Y cuan

mayor seria el carácter reservado para este! pues es facil pronosticarlo. Cuando ya no exista Napoleon, y cuando se crea cumplido el crimen, entonces ese mismo hombre vendrá á ser el ídolo de los pueblos y no se le considerará ya, sino como la víctima y el mártir de los reyes. Tal será la marcha inevitable de la fuerza de las cosas y de los sentimientos de los hombres. Salvad á nuestros anales modernos de semejante escándalo y de sus peligrosas consecuencias.

Salvad á la dignidad real de su propia ceguedad. Salvad los intereses mas sagrados de los grandes monarcas, en cuyo nombre se sacrifica la víctima. Salvad la magestad real en el primero de sus atributos y el mas santo de sus caracteres; *su inviolabilidad.* ¡Si los mismos reyes manchan sus manos con la sangre de los representantes de Dios en la tierra, ¿qué freno, qué respeto opondrán á los

atentados de los pueblos? En el mundo no hay prosperidad al abrigo del tiempo y de la fortuna. El círculo de las vicisitudes comprende á todos los tronos: esta causa es la de todos los reyes presentes y por venir. Un ungido del Señor degradado, envilecido, atormentado é inmolado, no puede ser otra cosa, sino un obgeto de indignacion, de horror para la hitoria, y de estremecimiento para los reyes....

Llamad á Napoleon cerca de vosotros: dejádle venir á reposar bajo la proteccion de vuestras leyes, y que estas disfruten de su insigne homenage: no les priveis de su mas brillante triunfo. ¿Y qué podria deteneros?

¿Seria acaso vuestra primera decision? Revocándola manifestariais á todo el mundo, que entonces solo os guió la fuerza de las circunstancias y la ley de la necesidad.

¿Seria acaso vuestra tranquilidad in-

interior? Seria una insensatez solo el pensarlo; la duda una injuria, un altrage á vuestras costumbres y á toda vuestra poblacion.

« Seria quizás la seguridad de la Europa? las verdaderas circunstancias no tienen mas que una época y solo al vulgo toca perpetuarlas, y ponerlas de manifiesto mucho tiempo despues que ya no existen. Napoleon en todo su poder podria ser el espanto de toda Europa; pero reducido á su sola persona no puede ser mas que un obgeto de admiracion y de profundas meditaciones; pues hablando de buena fé, ¿qué podria hacer en el dia contra la seguridad de la Rusia, del Austria, de la Prusia, y de la vuestra, aun con todo su poder?

Por último, ¿serian acaso sus segundas intenciones que se podrian temer? Napoleon en el dia no piensa mas que en la tranquilidad. A sus propios

ojos, en su misma boca, su prodigiosa carrera tiene ya toda la antigüedad de los siglos: ya no se cree en este mundo, su destino se ha cumplido. Para una alma de tanta elevacion, el poder no tiene mas precio que en cuanto puede conducirle á la celebridad y á la gloria. ¿Y qué mortal acumuló tantas sobre sí? ¿No parece ya exceder la imaginacion de los hombres? Sus mismos reveses, ¿no han sido para él otros tantos manantiales abundantes? ¿Existe nada que se pueda comparar á su regreso de la isla de Elba? Y posteriormente, ¡qué apotéosis tan bella! Los duelos de un gran pueblo; un excesivo número de vosotros han atravesado nuestras provincias, y penetrado nuestros hogares: conoceis nuestros secretos y nuestros sentimientos. Si la patria le hubiera sido menos cara que la gloria, ¿qué hubiera podido desear despues de lo que ha de-

jado tras si? Su avanzada edad, su salud decaida, el disgusto de las vicisitudes y acaso el de los hombres, y sobre todo la saciedad de los grandes obgetos que tanto se anhelan en el dia, ya no le dejan nada de nuevo que pueda desear, sino un asilo tranquilo, un feliz y suave reposo. Ingleses, á vosotros lo pide, y se lo debeis; vosotros lo debeis á la heróica magnanimidad con que os dió la preferencia sobre todos sus otros enemigos: sabed y quered ser justos: llamadle de su destierro y habreis consagrado la única gloria que parece faltar á vuestra condicion presente. Los admiradores, los verdaderos amigos de vuestras libertades y leyes asi lo esperan y lo reclaman. Habeis engañado el concepto de cuantos se complacian á celebrar todos los bienes que dimanan de vuestra bella constitucion. «¿En donde estan, di»cen estos con una ironía triunfante,

»esta generosidad, elevacion de senti-
»mientos, inflexibilidad de carácter, mo-
»ral pública y fuerza de opinion que nos
»deciais ser en este pueblo libre, en
»cierto modo superior á la misma sobe-
»ranía? ¿En donde estan los frutos tan
»celebrados de este suelo clásico de las
»instituciones liberales? ¿Todo este pom-
»poso aparato, estas pinturas imagina-
»rias acaso han desaparecido ante los pe-
»ligros que habia hecho correr un solo
»hombre, ó bien quizás ante el odio ó
»la venganza que ha dejado tras sí? ¿Y
»qué mas hubiera hecho este poder ab-
»soluto que defendemos, y contra el cual
»tanto declamais? Quizás se hubiera he-
»cho menos, pero por seguro que no
»hubiera podido hacer mas. Indudable-
»mente se hubiera manifestado sensible
»á la noble y magnánima confianza de
»su enemigo: ó bien si se hubiese deci-
»dido, porque la cosa le pareciese útil, al

»menos hubiera puesto mas energía, »mas franqueza y elevacion en su injus»ticia, no se hubiera humillado para pa»liar su sinrazon á los ojos de los pue»blos, asociando gratuitamente á sus »vecinos: y sobre todo hubiera evitado »dejarse implicar en este dilema pesado: »con el cual, cuando concluisteis vues»tro inicuo tratado de estracismo, la »víctima no estaba aun en vuestro poder, »y tuvisteis la vileza de tenderle una »mano para apoderaros de ella; ó ya la »teniais, habeis sacrificado vuestra glo»ria, el honor de vuestro pais, la santi»dad y magestad de vuestras leyes á so»licitud extrangera.»

Ingleses, para poder contestar, vuestros amigos se ven precisados á dirigirse á vosotros: ¿qué direis?»

Por mi parte, á pesar de una funesta experiencia de dos años, tal es todavía mi confianza en vuestros principios,

que siempre cuento con vuestra justicia, y me he atrevido á hablaros, no consultando mas que con mi corazon, persuadido de que de entre vuestros mismos rangos veria elevarse la defensa y los talentos dignos de esta grande y bella causa. Ademas, cualesquiera que sea vuestra decision, mi destino está ya fijado.

En cualquier parte que exista la víctima quiero ir á poner á sus plantas los pocos dias que me quedan de vida (1), y en este tributo de sentimientos, creeré no haber hecho nada sino por mí mismo. Cuando le seguí en el principio, obedecia mas bien al honor siguiendo la gloria; pero en el dia, lejos de él, lloro todas

(1) Cuantas instancias y súplicas he hecho para conseguirlo, todas han sido inútiles y se han quedado sin respuesta, ó esta ha sido una negativa, como podrá verse en una carta de esta coleccion.

las cualidades del corazon que atan al hombre á sus semejantes. ¡ Cuantos compatriotas vuestros le han visto de cerca, todos os dirán lo mismo! ¡ Ingleses, consultadlos! ¿ Es este el hombre cuyo retrato os habian hecho ? ¿ Habeis fallado sobre su suerte con conocimiento de causa ?....

» El conde de Las Casas. »

A la Emperatriz Maria Luisa.

« Señora, recien venido del destierro, » en el cual hacen perecer lentamente » á vuestro esposo, ¡ cuantos males de» biera pintaros !!! Pero sois su muger, » la madre de su hijo ¡ qué palabras pudie» ra hablar con mas energía que vuestro » mismo corazon !!!

» He creido de mi deber hacer cono» cer á V. M. que voy á aprovechar de la » reunion de los soberanos aliados, para

»depositar á sus plantas, con voz lángui-
»da, las súplicas de una suavizacion á la
»horrorosa suerte, á las crueles penas
»que imponen en su nombre, y que solo
»puede dignamente sentir un servidor
»adicto cual yo, ó la sangre tan próxima
»como la vuestra.

» Pero, Señora, ¿qué podrán ser mis
»títulos en comparacion de los derechos
»de V. M., santos, sagrados, poderosí-
»simos y venerados por toda la tierra?

» Suplico á V. M., que los haga valer,
»y la posteridad, la historia, que tam-
»bien consagran coronas, os ceñirán una
»diadema tan inmortal como la santa
»moral que subyuga á los hombres y las
»dulces virtudes que llenan el alma de
»delicias (1).

El conde de Las Casas.

(1) Esta carta se puso en el correo en Viena: ignoro si llegó á su destino, aun que es muy probable que no.

Nota dirigida á los soberanos aliados en el congreso de Aquisgran (octubre de 1818).

«Señores, la magestad real no conoce jueces en la tierra. Sin embargo, ya que los »mismos soberanos, despojándola de su »atributo mas sagrado, la han sometido »á su tribunal, vengo con una reverente »confianza á favor de un monarca, du»rante mucho tiempo reconocido por »todos ellos, en el dia abatido por los »mismos, cautivo en su nombre, y dan»do en este momento un egemplo al »universo, de la mas grande y mas ter»rible vicisitud que presenta la historia »de los siglos, ¿y quien pudiera llamar»se al abrigo, si se viola la inviolabi»lidad?

»Fiel á su dignidad, superior al infor»tunio, solo aguarda la muerte para

»dar fin á sus tormentos; pero yo, ar-
»rebatado inopinadamente del peñasco
»fatal, en donde le tributaba mi obse-
»quioso rendimiento, quiero todavía con-
»sagrarle á lo lejos los restos de una vida
»desfallecida, y buscar los medios de
»dulcificar los males que no puedo ayu-
»darle á sobrellevar.

»Esta mision sagrada, que en este ins-
»tante tengo la osadía de emprender, yo
»mismo me la doy, nacida de mi tierno
»afecto á su persona, en la exaltacion de
»mis afecciones interiores, hácia el hom-
»bre que fué mi soberano.

»Extrangero en este acto á toda polí-
»tica, no tendré otro impulso, ni toma-
»ré mas guia que la moral santa y sagra-
»da que encadena los reyes y los pueblos:
»en ella apoyaré todos mis derechos, mi
»fuerza y mi excusa.

»Napoleon, en su peñasco, sufre los
»mayores tormentos, toda especie de

»privaciones y malos tratos de los hom-»bres, y las calamidades del clima. En »el dia es un hecho notorio, suficiente-»mente probado por documentos autén-»ticos, emanados de alli mismo, algunos »de los cuales someto al exámen de los »altos soberanos aliados.

»Si para la tranquilidad del mundo, *han »dicho*, se ha debido desconocer el dere-»cho de la guerra, y el de las naciones, »la humanidad al menos, parece que no »puede haber perdido todos sus de-»rechos.

»Hace ya tres años que en todas par-»tes la paz ha succedido á la guerra : las »pasiones se han calmado; las naciones »y los individuos se han reconciliado; »los gobiernos y los partidos han dejado »las armas; el derecho comun en todas »partes ha recobrado su imperio : solo »un hombre no es participe de estos be-»neficios. Vive solo aislado aun de las

»leyes humanas, arrojado en un peñasco »estéril, en un clima voraz, condenado »á las angustias de una muerte lente, »que diáriamente atosigan el odio y los »ultrages. ¿Qué término se fija á un tan »extraordinario suplicio? Si está conde»nado á vivir, ¿este estado de excepcion, »no es demasiado cruel? ¿No lo es toda»vía mas si está condenado á morir? ¿Y »cuales son sus crímenes? ¿Quien le ha »oido? ¿En donde está el tribunal, sus »jueces y los derechos de estos? ¿Se dirá »que contra él no han podido tomarse »otras garantías y seguridades que la pri»sion, las cadenas y la muerte? ¿Dirán »que no se podia fiar de sus actos, sus »promesas y juramentos? ¿Citarán su »regreso de la isla de Elba? Esta vez »abandonando el continente ha abdicado »toda su soberanía, ha declarado su car»rera política concluida; es pues un es»tado de cosas enteramente distinto. Pero

»aun cuando solo la muerte pudiese »satisfacer el odio y los temores, ¿*por* »*qué no haberla dado francamente?* (*Estas* »*son sus propias palabras.*) *Una muerte* »*pronta, sin ser mas justa, seria mas* »*humana y menos odiosa, y la podria con-* »*siderar como un beneficio.* Esto lo ha di- »cho él mismo, lo ha escrito y repetido: »¿quien se atreveria á desmentir seme- »jante aserto?

»¿Y qué motivos se podrian perpe- »tuar bastante poderosos para justifi- »car una situacion tan intolerable? ¿Acaso »han querido castigar sus invasiones »pasadas? Los pueblos han agotado su »resentimiento en la victoria: han en- »mudecido.

»¿Se ha querido usar de represalias? »Cuando Napoleon ha sido dueño en la »casa de los otros, ¿se ha conducido »asi? Recuérdese Austerlitz, el campa- »mento de Moravia, Viena, Tilsitt, y

»las conferencias de Dresde; todavía »mas, examínese lo que la historia podrá defender mas dificilmente: Cárlos »IV cautívo en su poder, pudo á su »placer y siempre como un rey, habitar »Compiegne, Marsella, ó Roma; y »Fernando en Valencey constantemente »se vió rodeado de todas las atenciones »y respetos que podia pretender. Un »príncipe que le disputaba el trono cayó »en su poder: ¿qué uso hizo Napoleon »de la victoria? La libertad inmedíata »del prisionero atestigua su magnanimi»dad y la historiá la consagrará al lado »de los tratamientos indignos que se le »hacen sufrir.

»¿Acaso han creido deber renovar »para él el ostracismo de los antiguos? »Pero los antiguos repeliendo de entre »ellos los talentos que creían temibles, »no inmolaban su víctima; sino que la »trasportaban á otro universo, no la

»el aspecto de su dignidad persònal y de »su existencia moral y física : y aun »cuando se hubiesen concedido algunas »modificaciones, que algunos de sus »servidores vanamente habian reclamado »durante mucho tiempo, todavía no se »hubiera podido cambiar la influencia »mortífera del clima, ni todo el horror »de aquel espantoso sitio. Estas circuns»tancias son de tal naturaleza, que bas»tan ellas solas para emponzoñar todos »los manantiales de la vida; no hay en »Europa un oscuro calabozo que no »merezca la preferencia, ni existe un ser »humano, por mucha robustez y entere»za de ánimo que se le suponga que pu»diese en semejantes circunstancias re»sistir por mucho tiempo, los terribles »efectos de tan perniciosa cárcel.

»Por ello la triste víctima ha contrai»do una enfermedad que infaliblemente »debe acarrearle una muerte temprana.

»Los facultativos lo afirman unánime-
»mente, y yo en las angustias de mi
»alma vengo á exponerlo con confianza,
»ante los augustos soberanos, esperando
»de su humanidad, de su propio corazon
»y de su sabiduría, que darán un pronto
»remedio.

»Ciertamente no puede acusárseme de
»falta de respeto y afecto á la soberanía.
»Los testimonios de mi vida serán en
»este momento un seguro garante de mi
»osadía ante los altos soberanos aliados;
»asi como el sentimiento de su digni-
»dad, sus intereses y gloria será siempre
»el de mis esperanzas y deseos.

»El conde de Las Casas.»

Carta á S. M. el emperador de Austria.

«Señor, en 10 de febrero último, de-
»posité á los pies de V. M. la solicitud y

»los votos de un fiel servidor en favor de »su gefe.

»¡Dígnese V. M. perdonar mi constan»cia aun cuando le fuese importuna! »Me animo á presentar á V. M. una »nota reciente en favor del que fué su »hermano y despues su hijo: tambien »acompañan á esta algunos documentos »auténticos.

»Señor, mi esperanza se cifra en las »cualidades privadas y las virtudes pro»fundas de V. M. La Europa reconoce y »proclama en vos, el mas justo, el mas »moral, humano y religioso de todos los »hombres; y con todo en vuestro nom»bre atormentan y hacen morir, al hom»bre que unisteis á vuestra querida hija, »que vuestra eleccion y la religion pro»clamaron vuestro hijo.

»¡Ah Señor! ¡estremeceos solo al pen»sar, que acaso os presentarán su túnica

»ensangrentada!...... Y si llegase el dia »de la justicia eterna, en el cual el su- »premo juez de los hombres y de los re- »yes, haciendo oir sus juicios terribles, »os preguntára: ¿Qué has hecho de tu »hijo? ¿En donde está? ¿Por qué sepa- »raste el esposo de la esposa? ¿Como te »atreviste á desunir lo que habia sido »conjuntado y bendecido en mi nom- »bre? Yo puedo conceder la victoria se- »gun mi beneplácito, pero nadie puede »abusar de ella sin incurrir en mi có- »lera......

»Señor, me detengo; quizás ya habré »dicho demasiado: perdone V. M.; el »homicidio cometido en mi Señor, á mis »propios ojos me arranca estos senti- »mientos desordenados y estos gemidos »dolorosos: puesto á vuestras plantas y »fuera de mí mismo, apelo á vuestra in- »tercesion en favor de una desgraciada

»víctima de la injusticia. ¡Ah! ¡No seais
»insensible!....

Soy, etc. (1).

El conde de LAS GASAS.»

A lord Castlereagh, incluyéndole una nota para los soberanos aliados.

«Milord, tengo el honor de acompa-
»ñar á V. S. copia de una nota, que me
»he tomado la libertad de dirigir á los
»soberanos aliados.

»He creido deber trasmitírosla, Mi-
»lord, á causa del profundo respeto con
»que miro la persona que representais y
»de los sentimientos que me inspira el
»mérito personal de V. S.

»Cualesquiera que sean vuestras opi-
»niones y aun acaso vuestras oposicio-

(1) Una carta igual se dirigió al emperador Alejandro, y otra al rey de Prusia.

»nes, teneis una alma demasiado gene-»rosa, para condenar sin reserva los »constantes esfuerzos de un fiel servidor, »que ha dedicado hasta el último aliento »de su existencia, para suavizar y con-»solar las angustias del hombre que fué »su soberano.

»Sabe todo el mundo, Milord, cuanto »habeis influido sobre este grande desti-»no, y cuanto podeis influir todavía. »¡Ojala que mis súplicas lleguen á vues-»tras manos! En las angustias y dilaciones »de mis solicitudes, he examinado el »círculo de los grandes motivos que pu-»dieran dictar vuestras terribles y crue-»les determinaciones, y no he podido en-»contrar sino el interes de vuestra patria, »la imperiosa ley de la necesidad, la »conviccion del carácter y de la persona »contra quien las vuestras recaian, y por »último la gloria y la responsabilidad de »vuestra administracion. Pero, Milord,

»habeis meditado bien el conjunto com-»pleto de todos los elementos cotradic-»torios? ¿Habeis podido agotar todas las »fuentes de informaciones y luces? ¡Oja-»la me hubiese sido posible poder acer-»carme á V. S.! ¡Ojala que mi deteriorada »salud y mis cortas facultades me permi-»tiesen exponeros dignamente cuanto »siente mi corazon! Acaso os conmove-»riais, Milord, y tal vez muchos obgetos »cautivarian vuestra admiracion y vues-»tras graves meditaciones.

Tengo el honor, etc.

El conde de Las Casas.

Llegó la época del congreso, y me fui á Francfort en donde llegué casualmente el mismo dia que hizo su entrada el emperador Alejandro. Esta era seguramente una ocasion muy propicia para solicitar el favor de serle presentado; y su conocida afabilidad, la facilidad con que se

deja acercar, y quizás tambien la circunstancia particular que me concernia, debian hacerme esperar que lo obtendria fácilmente; por ello todos me excitaban ardientemente, diciéndome que era el medio mas seguro de conseguir mi obgeto, y me imputaron malamente de no haberlo querido probar; pero yo habia pensado maduramente allá á mis solas, el pro y el contra de semejante paso, y estaba muy lejos de ser de la opinion general sobre la probabilidad del resultado. ¿A qué podia conducirme semejante favor? Me preguntaba á mí mismo, ¿podia esperar el conmover con mi elocuencia el corazon de un soberano? Y aun cuando mis palabras hubieran tenido bastante fuerza para interesarle como hombre, la decision final ¿no debia emanar del concurso de los demas? Y ademas; en aquellos momentos tan cortos y ocupados, estaba yo bien seguro de hablar con la

regularidad como que escribia? ¿ Era prudente que le entregase inoportunamente, unos documentos auténticos que destinaba á todos los soberanos reunidos, lo mismo que hubiera podido entregar una peticion cualquiera. Si el emperador Alejandro se hubiese exprimido de mí sobre Napoleon, como era muy probable, de una manera que yo no hubiese podido contenerme de contradecirle ¿no podia suceder que yo hubiese irritado y agriado al que pretendia suavizar? Esta última consideracion me habia principalmente determinado, tanto mas, cuanto entre todos estos inconvenientes, no se me presentabu mas que una sola ventaja, que me era enteramente personal; cual era el insigne favor de accrcarme al primero de los monarcas, de hablar con el que Napoleon habia dicho en su peñasco: « Si yo muero él es mi heredero. »

Ademas este soberano sabia que yo estaba en la ciudad; me digeron que me habia mentado en una reunion, y yo sabia casi positivamente que debian haberle hablado de mí, y esto por una circunstancia bastante particular que no puedo menos de consignarla aqui. Mi habitacion en la posada en donde me habia apeado, precisamente estaba contigua á la de uno de sus generales que poseia su alta confianza y le veia á cada instante. La segunda ó tercera noche despues de mi llegada entró en mi aposento el dueño de la posada para decirme que este general estaba pronto á recibirme, y que tendria un verdadero placer en hablar conmigo como yo la deseaba. Estas palabras me causaron tanta admiracion que mi primera respuesta fué que le dijesen que seguramente se habia equivocado; pero luego reflexionando que acaso era una casualidad feliz que el cielo me propor-

cionaba, corrí precipitadamente detras del hombre que evacuaba su comision, y desde la puerta dije yo mismo que seguramente se habia padecido alguna equivocacion, pues yo no habia tenido el honor de pedir semejante favor: á cuyas palabras el general corriendo hácia mí como para detenerme, y mandado á sus edecanes que se retirasen, me dijo con mucha afabilidad y cortesanía, que equivocacion ó no se consideraba muy feliz de una casualidad que le proporcionaba el conocerme y hablar un rato conmigo. En efecto tuvimos una conversacion muy larga, y toda, como fácilmente puede pensarse, sobre Santa Helena.

Yo solo habia ido á Francfort para hacer depositar auténticamente todos mis documentos en cada una de las respectivas legaciones. Acabada esta operacion me volví prontamente á Manheim, siem-

pre para escapar al movimiento y á las intrigas de Francfort, endonde no dejarian muchísimos de ofrecerme acerca del congreso, servicios que decian poder ser muy importantes, proponiéndose ser agentes muy activos de mi negocio, cosa que, como era justo, hubiera debido pagar muy cara; y se ha visto que apenas tenia yo con que poder acudir á las primeras necesidades del hombre, por cuyos intereses nada seguros me pedian sumas inmensas. Pero mientras duró el congreso, y esperando alguna decision favorable de los soberanos quiso mi suerte que recibiese hasta en mi soledad de Manheim, nuevas pruebas de la maldad de sir Hudson Lowe, y de los malos tratos que proseguia egerciendo sobre sus víctimas: en Manheim me descubrió un artillero de un navío de la compañia de Indias que me entregó un enorme pliego del general Bertrand.

El conde de Las Casas á pesar de su extrema debilidad, divide su existencia entre los consuelos que envia á los activos de Santa Helena y los esfuerzos constantes que hace en Europa para su libertad. Infatigable en su nuevo empeño á pesar del mal éxito de sus instancias en el congreso de Aquisgran, al cabo de tres años las renueva á los soberanos reunidos en Laybach; pero fueron igualmente inútiles. Debian ser las últimas pues, los acentos del héroe de la fidelidad van á confundirse con las lágrimas que derrama en la tumba del grande hombre.

Sin embargo, cuando los soberanos se reunieron nuevamente en Laybach no pude resistir al deseo de hacer nuevas solicitudes y presentar una nueva súplica. Dirigí una carta á cada uno de los tres soberanos. Hé aqui la presentada al emperador Alejandro.

« Señor : se presenta una nueva ocasion solemne de poner á los pies de

»V. M. mis humildes y reverentes súpli-
»cas, y aprovecho de ellas con la mayor
»confianza.

»No temo hacerme importuno, mi »escusa y mi perdon tendran cavida en »el alma generosa de V. M.

»Señor, llamar en este momento vuestra atencion y la de vuestros altos aliados hácia el augusto cautivo que durante mucho tiempo llamasteis vuestro hermano y amigo; procurar distraer vuestra atencion sobre aquella víctima cuya cruel agonía tengo siempre presente, sé que es resonar la campaña lúgubre de la muerte en medio del júbilo y de los festines. Pero en esto, Señor, creo que á los mismos ojos de V. M. no hago mas que cumplir con un honrado y piadoso deber que para mí sera siempre una lisongera obligacion á pesar de cuantos peligros debiera arrostrar!.......

Señor, reducido á mi estado achacoso

debil, que á penas me permite reunir algunas ideas, á defecto de mis facultades mentales; me contentaré con reproducir literalmente la nota que dirigí á V. M. en Aquisgran (1); tanto mas cuanto las circunstancias siendo las mismas sin que nada haya variado desde aquella época, nada podria hacer mejor que reproducir á V. M. el mismo cuadro, los mismos hechos, raciocinios y verdades.

»Solo si, apesar de lo que yo entonces afirmaba y contra la opinion de los facultativos, la ilustre víctima existe todavía si ya no ha sucumbido al peso de sus males; no pudiendo menos de hacer notar á V. M. que esta prolongacion inesperada de su vida, que no es mas que la de su suplicio, quizás para V. M. es un beneficio del cielo que la providencia proporciona á vuestro corazon y á vuestra me-

(1) Véase esta nota á los soberanos aliados pág. 220

moria...... ¡Ah! Señor, si todavía es tiempo!!!....... ¡Pero el momento precioso á cada instante puede escapar *á todo vuestro poder*!..... ¡Y qué seria entonces el sentimiento tardio è impotente que no podria calmar vuestro corazon, ó restituir á vuestra memoria un acto magnánimo, generoso, una gloria la mas licongera, la màs moral y recomendable á la posteridad y acaso la mas bien entendida con que hubierais ilustrado vuestra gloriosa vida! Quiero decir el òlvido de las injurias, el desprecio de las venganzas, los recuerdos de la antigua amistad, en fin, el respeto debido á la magestad real, á un *ungido del Señor!!!*

»Señor, desde mi llegada á Europa, »separado de la sociedad de los hombres, »abandonado á los mas acerbos dolores, »fruto de mi residencia en SantaH elena, »y por decirlo en una palabra, ya medio »difunto, en mi triste soledad elevo dia-

»riamente mis manos hacia el Todopode-»roso, suplicándole se digne conmover el »corazon de V. M., é ilustrarle sobre una »parte tan esencial de sus intereses y de »su gloria.»

El conde de Las Casas.

¡Qué profecias contenian algunas de estas líneas! ¡Ah! ¡Apenas las habia escrito que ya no existia!...... ¡Ya habia cesado de vivir y sufrir! Leyendo el *Monitor* ví en él el fatal anuncio...... que aunque no debia sorprenderme pues tiempo habia que lo estaba esperando, no dejó de aterrorizarme, como hubiera podido hacerlo un acontecimiento inesperado que jamas hubiera debido suceder....... El dia siguiente recibí una carta de Londres con los detalles circunstanciados y las congeturas á que podian dar motivo algunas particularidades; y esta carta concluia diciendo: « El cinco de

»mayo á las seis de la tarde en el ins-
»tante mismo en que el cañonazo anun-
»ciaba la puesta del sol, su grande alma
»se separó de la tierra...... »

........Ya en adelánte no me quedaba mas que hacer que volver á mi patria. Atravesando la frontera, despues de esta segunda emigracion, no pude menos de recordarme las circunstancias de mi regreso cuando la primera. ¡Qué diferencia de sentimientos las distiguia! Entonces á cada paso me parecia andar entre una poblacion hostil; ahora solo creí entrar en el seno de mi familia.

Muy luego volví á ver á todos mis compañeros de Longwood; y al abrazarles no podia menos de hacer una dolorosa reflexion. Todo nos reuniamos de nuevo, pero el hombre por quien habiamos estado en aquel fatal peñasco, era el solo que se habia quedado allá; y esto me recordaba que él mismo nos lo ha-

bia dicho y aun tantas otras cosas!......

Todos estos testigos aculares me hicieron sabedor de los pormenores y circunstancias, de los malos tratamientos que desde mi ausencia siempre habian ido aumentando, y ví que la época que yo habia conocido no fué todavía la mas desgraciada.

Leí su última voluntad; vi mi nombre repetido tres ó cuatro veces de su propia mano!...... ¡Qué conmociones sentí!...... Seguramente que no necesitaba esto para mi recompensa, porque mucho habia que estaba gravada en mi corazon: ¡pero con todo, estos recuerdos eran muy apreciables y lisongeros!........ ¡Cuanto mas preciosos para mí que millones! y no obstante añadia sumas inmensas para sus mas allegados y mas caros.

Si algun dia les pagan, esto les interesará para siempre mas que á mí... De

otra parte me hubiera complacido á no considerarme mas que como un depositario : he querido aun anticiparme, pero he debido suspenderlo , porque mis medios no permiten hacer adelantos. Mi felicidad habiera sido muy grande si hubiese podido recoger algunos veteranos civiles y militares; en nuestras veladas de invierno hubiéramos hablado de sus batallas ó de su buen corazon....

En fin, gracias á la intervencion de uno de los mejores caracteres de la nacion inglesa, recivi los papeles que se me habian detenido en Santa Helena, sobre los cuales ya no contaba mas á pesar de todo el vigor de las leyes. En la situacion en que me habia encontrado, y con los sentimientos que este me habia dejado, me crei indispensablemente obligado á cooperar, puesto que tenia los medios para ello, á hacer conocer mejor al hombre que tanto habian descono-

cido; y á pesar de mi decantada salud, emprendí el trabajo. El cielo ha coronado mis esfuerzos, permitiéndome llegar al cabo, y concluir bien ó mal como lo hago en este instante. Si he conseguido conmover los corazones justos, si he destruido preocupaciones y vencido prevenciones, he conseguido mi obgeto mas caro y lisongero.

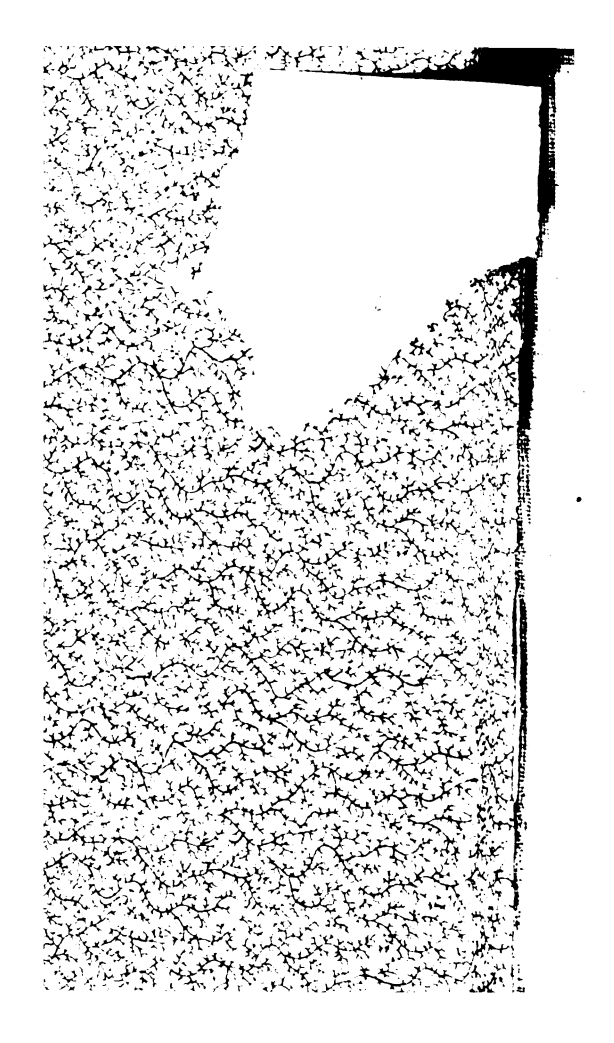
Passy 15 de agosto de 1823.

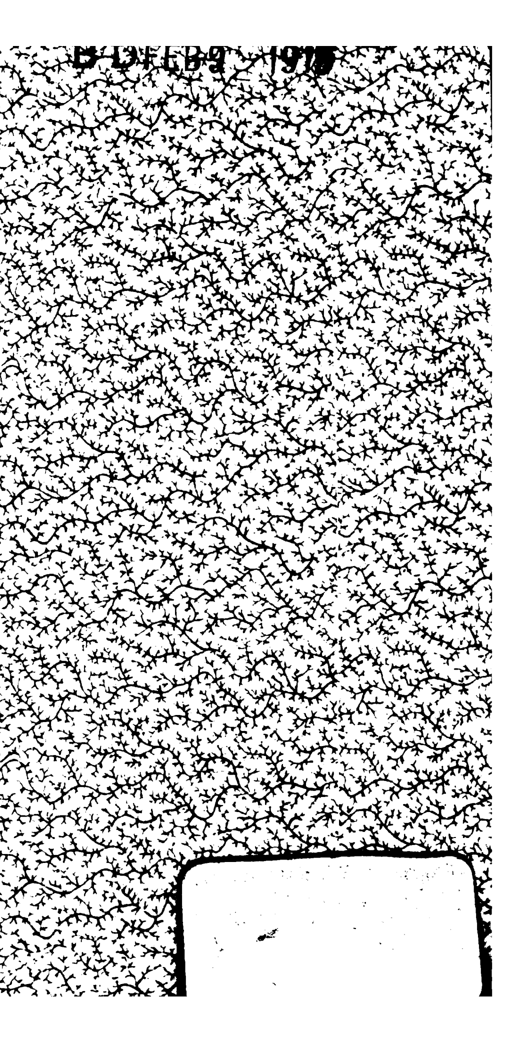
FIN.

INDICE.

Fin del indice.






FEB 9